



GG  
GIVE BIRTH

Audrey O'Hearn

LUCAS YO

**LUCAS Y YO**

AUDREY O'HEARN

ediciones **sm**

O'Hearn, Audrey  
*Lucas y yo* / Audrey O'Hearn ; tr. Mónica Villa – México  
Ediciones SM, 2008 [reimp. 2012]  
134 p. ; 21 x 13 cm. – (Gran angular ; 26)  
ISBN : 978-970-785-344-7  
1. Literatura canadiense. 2. Novela juvenil. 3. Embarazo – novela  
juvenil. I. Villa, Mónica, tr. II. t. III. Ser.  
Dewey 813 O4418

*Para Fred y nuestros niños*

Traducción. Mónica Villa  
Fotografía de portada Jupiter Images  
Diagramación: Marina Mejía Vázquez

Título original. *Me and Luke*  
© 1987 por Audrey O'Hearn  
Primera edición en Canadá por Greenwood Books Ltd.

Primera edición en español, 2008  
Sexta reimpresión, 2012  
D. R. © SM de Ediciones, S. A. de C. V.  
Magdalena 211, Colonia del Valle,  
03100, México, D. F.  
Tel.: (55) 1087 8400

Para conocer SM, su fondo editorial y sus servicios: [www.ediciones-sm.com.mx](http://www.ediciones-sm.com.mx)  
Para andar entre, hacia y con los libros: [www.andalia.com.mx](http://www.andalia.com.mx)  
Para comprar libros de SM en línea: [www.librenasm.com](http://www.librenasm.com)

ISBN 978-970-785-344-7  
ISBN 978-968-779-177-7 de la colección Gran Angular

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana  
Registro número 2830

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro,  
su tratamiento informático, o la transmisión por cualquier forma  
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,  
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito  
de los titulares del copyright.

Impreso en México / Printed in Mexico

## Uno

SONÉ que estaba en un ring de box peleando contra un tipo más alto y fuerte que yo que me propinaba una soberana paliza. Movía sus brazos con la regularidad de las máquinas del taller donde trabajo. Quiero decir, donde trabajaba antes de que me despidieran. De cualquier forma, esos brazos eran como pistones: uno lanzaba un golpe para romperme la cabeza y, cuando regresaba a su posición, el otro me lanzaba un puñetazo directo al estómago.

El calor era infernal. Una multitud malencarada cercaba el cuadrilátero con gritos y abucheos. Al principio regresaba cada golpe recibido, pero el tipo con el que peleaba era demasiado grande; y yo, más pequeño de lo que realmente soy. Aspiraba grandes bocanadas de aire saturado de sudor y polvo, y a pesar de que mi contrincante ocultaba su rostro en la sombra, yo sabía que era mayor que yo y que sonreía cada vez que me pegaba.

Levanté las manos para protegerme la cara, pero él me golpeó en las costillas, tan fuerte que caí en la lona. Tirado en el suelo, con los ojos cerrados, esperé que la campana sonara indicando el fin del asalto. Cuando sonó, volvió a sonar y siguió sonando, una y otra vez...

Mis brazos se sacudieron debajo de mi cobija, intentando destaparme la cabeza. Desperté, pero la campana seguía sonando.

“Es el timbre del teléfono”, me dije. Respiré hondo y profundo durante un minuto y saqué mi reloj del zapato que tenía junto a la cama.

Era la una de la mañana.

El teléfono no se escuchaba con frecuencia en esa miserable pensión. Los hombres de ahí no tenían amigos que les llamaran. Lo más seguro es que fuera un borracho que se había equivocado de número.

Las campanadas cesaron finalmente. Alguien golpeó mi puerta y dijo:

—Es para ti, Mateo.

Me puse los pantalones a toda velocidad y llegué a la puerta dando tumbos.

—Es una chica —dijo el viejo del cuarto de junto, parado en el pasillo, extendiéndome el auricular. Lo había saludado un par de veces, pero era la primera ocasión que escuchaba su voz áspera, como si no la usara muy seguido—. Me gustaría que todavía me llamaran a mitad de la noche —dijo, guiñándome el ojo con un párpado colgante antes de regresar a su cuarto arrastrando los pies. Cerró la puerta. La privacidad era un asunto importante en esta pensión.

El auricular, colgando, oscilaba en el sitio donde lo había dejado caer. Un foco de luz brillaba cerca del techo; podía ver unos números telefónicos escritos en la pared sucia. “Algun día, pensé, cuando no tenga nada que hacer, voy a marcar todos esos números”.

Ya sabía quién estaba del otro lado de la línea, así que limpié el auricular con mis pantalones, para hacer tiempo antes de decir algo.

—¿Sí?

—Mateo, soy yo, Lorena —susurró una voz—. Es hora. En unos minutos me voy al hospital. El taxi está esperando. Mamá fue por mi abrigo, por eso pude llamarte. ¿Vendrás? Tengo miedo.

—Sí, sí, claro —hice todo lo posible para sonar seguro.

“Tómalo con calma”, pensé. ¿Qué fue todo eso que nos habían enseñado en la clase de educación familiar? Nacen miles de bebés cada minuto, pero no míos. No de Lorena y míos.

—Llegaré tan pronto como pueda —le dije—. ¿Tu mamá me dejará verte?

—No le quedará de otra. Cuando entremos al hospital diré que tú eres el padre —Lorena no dejaba de sorprenderme cuando se decidía a tomar las riendas.

Colgué y regresé a mi habitación. Era un cuarto pintado de verde, con una cama, un tocador, un foco que parpadeaba de vez en cuando, cortinas rasgadas y una vieja silla de cocina. Las únicas cosas que la hacían mi habitación eran dos fotos encima del tocador: la de mamá y la de la abuela, y mi mochila —de la que se asomaban unos calcetines sucios y ropa interior— que estaba debajo de la ventana.

Me puse los calcetines y los zapatos, una playera y mi chamarra; saqué la cartera de abajo de la almohada y la metí en un bolsillo del pantalón. Salí y cerré la puerta. Ahí no había cerrojos. Pensé que antes de abandonar la pensión debería orinar, pero no quise hacer ruido. Me aguantaría hasta llegar al hospital.

Lorena vivía en Scarborough e iría a un hospital de ahí, así que me dirigí al metro, rezando para que todavía estuviera en servicio. Afuera estaba fresco, lo cual era agradable pues el verano había sido muy caluroso. Con seguridad había llovido por la tarde. En el suelo se veían envolturas de comida para llevar —que parecían papilla mojada— esparcidas en la acera junto al puesto de hamburguesas. La peste a grasa rancia y el humo de los tubos de escape, mezclados con la humedad, casi me hicieron vomitar.

Abajo, en la plataforma del metro, se sentía más el frío. A mi alrededor sólo había el tipo de gente que no me gustaba, muchos de ellos, rockeros vestidos con piel negra.

Me agazapé dentro de la chamarra y fui al puesto de pediátricos, aparentando leer los titulares. Confirmé la fecha

en las primeras planas: 17 de septiembre. Curioso, también era mi edad: diecisiete. Sería diecisiete años mayor que mi hijo y su cumpleaños sería el día diecisiete.

Sentí alivio cuando el metro salió finalmente del túnel. El vagón estaba vacío a no ser por un hombre, casi dormido, sentado al fondo. Mi cabeza no dejó de dar vueltas hasta que llegamos a la última estación. Por enésima vez traté de averiguar exactamente cuándo fue que Lorena y yo hicimos al bebé. Luego, sentí vergüenza —como si el hombre adviniera mis pensamientos— e intenté concentrarme en otra cosa.

Salí de la estación y caminé hacia el hospital. Estaba a un par de cuadras del departamento donde había vivido toda mi vida antes de mudarme al centro. Conocía a los niños que vivían en esas casas, ordenadas y cuidadas, por las que pasaba.

A esa hora casi no había tránsito, sólo taxis y patrullas. Ni siquiera busqué un camión, apresuré el paso y seguí caminado. Los policías suelen fastidiar si uno camina lento en la noche. Y no quería que me detuvieran. Me sentí un transeúnte, y supongo que eso era; sin trabajo, demasiado orgulloso para acudir a Asistencia Social, o demasiado estúpido por no hacerlo.

“¡Al diablo. Estás a punto de tener un hijo”, me dije. Mientras jalaba las pesadas puertas de vidrio que decían URGENCIAS, pensé: “¿Cuántos tipos podrán decir lo mismo?”.

—¿Lorena Mitchell? —le pregunté a la señora del recibidor—. Va a tener un bebé.

—Maternidad, cuarto piso, los elevadores, por el pasillo a la derecha —ni siquiera levantó la vista del periódico que leía.

Las cosas cambiaron cuando salí del elevador. Una enfermera que era un verdadero esperpento con el cabello gris metálico y anteojos del mismo tono, estaba sentada frente a un escritorio y no había forma de pasar sin ser visto.

—¿En qué lo puedo ayudar? —preguntó. El tono frío de su voz claramente me decía que un tipo de diecisiete años, con pantalones de mezclilla y tenis, no tenía nada que hacer en ese lugar.

—Busco a Lorena Mitchell —le dije, haciendo todo lo posible por sonar mayor. Deseaba que pensara que era un hermano de Lorena o algo así—. Va a tener un bebé —agregué, y lo único que obtuve como respuesta fue una mirada inexpressiva—. Acaba de llegar —intenté de nuevo.

En eso, una enfermera joven salió por unas puertas abatibles que decían PARTOS y caminó hacia el escritorio.

—Hay que llamar al doctor de Lorena Mitchell —dijo, y preguntó—: ¿Está en el edificio?

—¿Está bien? —interrumpí—, ¿puedo verla? Soy su... novio. Quería decir que era el papá del bebé, pero, de hacerlo, todo indicaba que el esperpento llamaría a la policía.

—Ah, tú debes ser Mateo —dijo rápidamente la enfermera joven—. Ha estado preguntando por ti. Seguro, puedes pasar a saludarla, pero no te quedes mucho tiempo. Es el cuarto 402, justo pasando esas puertas.

Entré a toda prisa antes de que cambiaran de opinión, pero me detuve afuera del cuarto. Primero, porque se escuchaban ruidos raros tras las puertas cerradas del final del pasillo. Segundo, porque la puerta del 402 estaba abierta y oí que la mamá de Lorena no paraba de hablar.

—Sólo tienes que aguantar un poco más, querida, y todo habrá pasado —decía—. En un mes lo recordará como un mal sueño. Una vez de regreso en la escuela, terminarás el año. Sólo vas a tener que estudiar un poco más.

Sabía que todas estas tonterías estaban enloqueciendo a Lorena y por eso tuve la fuerza para entrar y caminar directo hacia su cama.

—Hola, Lorena —le dije tan tranquilo como pude.

Se veía tan diferente. Su mamá había hecho todo lo posible para que no la viera en los últimos cinco meses y, a decir

verdad, para mí eso fue un alivio. No me imaginaba a Lorena embarazada y no la quería ver así. En mi cabeza, su imagen era la de una niña, adorable y bonita, que bailaba todas las canciones y jugaba en el equipo de voleibol de la escuela. Siempre que pensaba en ella, eso era lo que recordaba.

Hablé por teléfono con Lorena, pero no me preparé para verla con el vientre hinchado. Aunque la cubría una sábana, estaba horrible, diferente: su cara era pálida y brillante, y su largo cabello negro lo tenía enrollado atrás del cuello. Así, a pesar de estar a punto de ser mamá, parecía más joven que cuando salíamos, como una niña asustada, con los ojos del mismo color que las violetas de mi madre, tan abiertos que llenaban su rostro.

—Qué bueno que llegaste, Mateo —dijo con suavidad.

—¿Quién te dejó entrar? —gritó su mamá; sin embargo, casi al instante se dio cuenta de que no era el momento ni el lugar para hacerme la vida imposible. Como nunca pensé que fuera a salir del cuarto para dejarnos solos, tuve que contentarme con sostener la mano de Lorena.

—Aquí me voy a quedar —dije.

Fue entonces cuando el mundo se vino abajo. Lorena hizo un gesto y dio un grito muy fuerte. La vieja Mitchell corrió a la puerta y también gritó:

—¡Enfermera! ¡Enfermera!

La enfermera joven entró atropelladamente al cuarto. Apenas vio a Lorena, me dijo:

—Es mejor que salgas.

—Me quedo, si tú quieres —le dije a Lorena, aunque en realidad era lo último que quería hacer.

Nadie me hizo caso. La enfermera me empujó por el pasillo y me metió a una pequeña y escondida sala de espera. Era realmente acogedora: alfombra gruesa, cuadros de veleros y chimenea eléctrica con leños falsos.

Encima de una mesa de vidrio había una jarra llena de café, vasos desechables y un periódico. Me hundí en una silla y me quedé pensando. No sabía qué sentir. En ese último

minuto que estuve en el cuarto de Lorena, me di cuenta de qué tan culpable era de haberla metido en este lío y de que ella estuviera sufriendo por algo que hicimos juntos.

Decidí cambiar de pensamientos. Imaginé al bebé y lo que le esperaba. Lorena estaba decidida a darlo en adopción. Yo sabía que su madre había maquinado esa idea: digamos que para deshacerse de la evidencia y que todo el mundo olvidara lo sucedido. Y convenció a Lorena de que eso era lo mejor.

Unas semanas antes, Lorena y yo habíamos hablado un largo rato por teléfono sobre el asunto. Su madre trabajaba, así que yo siempre llamaba cuando tenía la certeza de que ella no estaba.

—Yo no sé nada sobre cuidar bebés —repetía Lorena—. Y mi mamá dice que no puede cuidarlo. Así que, ¿qué otra cosa puedo hacer que no sea darlo en adopción?

—Nos casaremos. Nos las arreglaremos —le dije. Pero no sonaba muy emocionado al respecto, ni siquiera lograba engañarme yo mismo.

—¡Pero no tienes trabajo! —ella sabía bien que yo no deseaba casarme y, aunque ella tampoco, creo que herí sus sentimientos.

Así que volvía al punto que me hacía sentir culpable. Lorena padecía en ese momento todo lo que uno ve en los programas de televisión cuando muestran el nacimiento de un bebé, y yo no sabía si la amaba o no. Por lo menos, no estaba seguro de que quisiera pasar el resto de mi vida con ella. De todas maneras, a mí el matrimonio me daba horror. Sólo había que ver a mi viejo, que nos abandonó cuando yo tenía siete años, justo cuando todo niño necesita un padre. Y ahora, ¡mi madre hacía lo mismo!

—¿Tu esposa está dentro?

Estaba tan inmerso en mis pensamientos que no vi al tipo que preguntaba parado junto a la puerta, hasta que lo escuché hablar.

—Ajá —le dije sin preocuparme por aclarar el asunto—. ¿Y la tuya? —me acordé de preguntarle a los pocos minutos.

—Ahora, descansando. Las contracciones son cada cinco minutos, así que vine a tomar un respiro —se sentó en una silla enfrente de mí, pero nunca se relajó.

—¡Ah, claro! —lo cierto era que yo no quería entablar una conversación sobre tener bebés—. ¿Cuántos hijos tienes? —le pregunté sin salirme del tema, pero en terreno más firme.

—Dos niños y éste es nuestro último intento de tener una niña. En estos tiempos, tres hijos son más que suficientes. Todo está tan caro.

Realmente se trataba de un tipo normal, serio. No muy grande, pero se comportaba como si tuviera por lo menos cuarenta años. Responsable, como se supone que debe ser un padre. Era agradable que quisiera así a su familia.

—Te ves contento —me dijo—. Seguro es tu primer hijo.

No podía decirle que mi sonrisa se debía a la idea de que probablemente él y su esposa habían planeado con un calendario en mano cuándo hacer a su bebé, y que el nuestro se aparecería sin decir “con permiso”. Y aun así, ambos estaban a punto de nacer.

Entonces se me ocurrió otra idea, que quizá si nuestro hijo era niña, y el suyo no, le gustaría adoptarla. Por como se comportaba, sabía que era el tipo de persona que la cuidaría. Pero cuando iba a sugerírselo, la mamá de Lorena entró al cuarto como sargento del ejército.

—Bueno. Pues ya terminó todo —anunció y se dejó caer en una silla junto a la chimenea.

Mi frente comenzó a sudar frío y el estómago se me hizo nudo. El hombre me veía y veía a la señora Mitchell; se dio cuenta de que estábamos juntos, por así decirlo, y dijo:

—Felicidades.

Pero la señora Mitchell no permitiría ni por un instante que alguien pensara que éramos familia. Se dirigió a mí.

—¡Cómo te atreves a aparecer aquí! —se inclinó hasta que su cara estuvo cerca de la mía—. No se te ocurra buscar a Lorena cuando la lleve a casa. Si lo haces, llamaré a la policía. Porque sí sabes que es menor de edad, ¿verdad?

—No. Si nos casamos, ya no lo sería —le contesté. El hombre se levantó, fue a la puerta, se detuvo y dio media vuelta. “Éste también la va agarrar conmigo”, pensé.

—Entiende esto de una vez, Mateo Wilson —la señora Mitchell no era de las que se acobardaban ante el público—, Lorena va a dar a ese bebé en adopción antes de salir del hospital, y luego iremos a casa y regresará a la escuela. Será una adolescente normal y feliz como antes de que tú le hicieras esto.

Ahí íbamos otra vez: el momento de los cuentos de hadas había llegado. Podríamos imaginar que Lorena y yo nunca habíamos hecho el amor; suponer que nunca tuvimos un bebé. A la señora Mitchell le gustaría creer que el bebé nunca había nacido, sólo que, en eso, un hombre con bata blanca entró a la sala.

—¿Señora Mitchell? —su voz sonaba cansada—. Su hija está bien, pero surgió una complicación menor. Ahora tiene la presión un poco alta, así que se va a quedar aquí un rato.

—¿Ves lo que hiciste? —me dijo entre dientes la señora Mitchell antes de preguntarle al doctor si podía ver a Lorena.

El doctor ni siquiera se volvió hacia mí, pero yo sabía que si no hablaba ahora, nunca vería a mi hijo.

—Soy el papá del bebé —le dije.

—Ah —no parecía impresionado.

Entonces me levanté, estiré las piernas y lo miré fijamente.

—Quiero autorización para ver al bebé y a Lorena —le dije—. Sé que ella me quiere ver. Es nuestro bebé.

Dejó de mirarme y se volvió hacia la señora Mitchell, luego regresó su mirada a mí. Asintió con los hombros.



—Ah, ya veo —dijo—. No sabía que tú estuvieras... involucrado. Está bien. Voy a dejar instrucciones para que puedas verla, y también al bebé —asintió con la cabeza mirando hacia algún lugar entre los dos y regresó al pasillo. En realidad no le importaba de quién era el bebé.

—¿Bueno, y qué es?, ¿niño o niña?

Para ese momento me había olvidado por completo del otro tipo. Miraba a la mamá de Lorena como si fuera un extraterrestre. Fue entonces cuando me di cuenta de que no sabía si era hijo o hija.

La señora Mitchell se tomó su tiempo, pero dijo finalmente:

—Es un niño —con un tono de “¿y qué esperaban?”.

El hombre de la sala se volvió a verme y tuve la certeza de que me daría una lección sobre responsabilidad y todo eso, pero, por el contrario, me apretó la mano y dijo:

—Buena suerte, muchacho.

Y nos dejó solos.

—Gracias. Espero que tengas una niña —le dije antes de que saliera del cuarto, y caminé detrás de él.

Seguí caminando y crucé las puertas hasta llegar al elevador. Eran las ocho de la mañana y lo único que quería era desayunar y hacerme a la idea de que tenía un hijo. Un empleado que trapeaba el suelo me dijo cómo llegar a la cafetería. Miré mi cartera y dije: “¡No me importa!, voy a celebrar comiendo huevos con tocino”.

Cuando terminé el desayuno, pensé que debía comprarle algo al bebé. Recordé que, en el vestíbulo del hospital, había pasado frente a una tienda de regalos con muchos de esos suaves osos de peluche y cosas que les gustan a los niños. Fui allá y escogí un perro azul con orejas caídas, cola blanca y ojos negros.

—¿No es adorable? —dijo la encargada del lugar—. Y sólo cuesta dieciocho dólares —rápidamente le puse el perro en las manos y salí corriendo de allí y del hospital.

¿A quién trataba de engañar, comportándome como un tipo común y corriente, con familia y dinero suficiente para comprar perros de mentiras de dieciocho dólares? No tenía caso creer que podía permitirme eso.

Pensar en las familias me trajo recuerdos de mis padres antes de que yo cumpliera los siete años, y me sentí aun peor. De manera que tenía que ser honesto conmigo mismo: “Mira, amigo, fuiste al hospital, supiste que todo salió bien, que tuviste un hijo que andará en algún lugar y tú no sabrás dónde. Déjalo así. ¿Quién necesita más líos?”.

Regresé a la pensión totalmente agotado. Me tiré sobre la cama y apenas mi cabeza tocó la almohada, me quedé profundamente dormido. Desperté a las cuatro de la tarde. El trozo de cielo que se asomaba entre la mugre de la ventana se iba oscureciendo.

El lugar era, en pocas palabras, una pocilga. Se trataba de una vieja casa en una calle deprimente, unas cuadras al oeste del centro. Casi todas las casas en el centro de Toronto fueron reconstruidas o demolidas para hacer casas nuevas. Pero no en esa calle. Hacía años que la pintura de las fachadas se había caído y los escalones de las entradas estaban chuecos. En la pensión vivían quince personas; por lo menos eran las que yo había contado, la mayoría hombres. Pero había algunos más que sólo llegaban a dormir y nunca salían de sus cuartos. La renta era económica. De hecho, el dueño esperaba que algún despistado le ofreciera una buena cantidad de dinero por el edificio. Yo no dejaba de pensar que había tenido suerte al encontrar ese sitio cuando perdí mi trabajo.

Como siempre, lo primero que hice al despertar fue buscar mi cartera debajo de la almohada. Cuando vi que traía puesta la ropa, y hasta los zapatos, recordé todo.

¡Vaya! ¡Tenía un hijo! De repente quería contárselo a alguien. Miré las fotos de mi tocador. ¿Mi mamá? Estaba en Glendale, California; eso fue lo último que supe de ella. Tendría

que aceptar una llamada por cobrar y, tal vez, no le daría gusto la noticia. No es que no supiera que Lorena estaba embarazada. Se enteró casi tan pronto como yo, pero es de la clase de personas que prefieren olvidar cosas como ésa.

En cuanto a la abuela, bueno, no creía que tuviera teléfono. Hacía mucho habíamos perdido contacto y aunque ella no me disgustaba, las cosas habían cambiado después de que mi padre nos abandonó. Antes de que mamá se mudara a California me dijo que la abuela se había jubilado y que pensaba irse a vivir a la cabaña de la bahía Georgian, en el norte. A mí me sonaba a cosa de locos, pero mamá dijo que la abuela iba a preparar la cabaña para el frío y que quizá tendría dinero suficiente para ir a Florida a mediados del invierno.

Sea como fuere, no tenía el número telefónico de la abuela. Así que sólo quedaban mis amigos, pero de seguro ya habían regresado a clases. Me fui de mi antiguo vecindario en julio. Cuando el conserje de mi edificio se enteró de que me habían corrido del trabajo, me dijo que un amigo suyo se iba a mudar, y que necesitaba que yo desocupara la habitación.

Me dio gusto mudarme. No podía pagar el departamento y desde que en la escuela se corrió la voz de que Lorena estaba embarazada, yo ya no me sentía a gusto con los compañeros con los que solía salir. Hubiera sido desleal de mi parte platicarles lo de Lorena. No era asunto suyo, pero cuando lo supieron, se enojaron conmigo por no decirles antes de que se enterara toda la escuela. Así que después de mudarme, no hice el intento de regresar, ni de hablarles por teléfono.

Pero pensé que a Brian le interesaría saber que tengo un hijo. Había sido mi amigo desde mucho antes que Lorena. Así que salí al pasillo y metí una moneda en el teléfono.

—¿Está Brian? —le pregunté a su hermana menor.

—No, no ha regresado de la escuela y se supone que debería estar cuidándome —dijo.

¡Diablos!, fueron monedas tiradas a la basura.

El único otro número que recordaba era el de John Belton. Lo marqué y cuando contestó, dije:

—Soy Mateo.

—¿Quién?

—Mateo. Mateo Wilson, iba contigo en Eastern el año pasado.

—¿Sí? —lo dijo como si no se acordará de mí.

—Hoy tuve un bebé —le dije—. Quizá podrías correr la voz. ¡Tengo un hijo! Pero en cuanto se lo dije, ya no sonaba como la gran cosa.

—¡Felicidades! y todo lo que suele decirse en estos casos trató de ser amable—. Y, ¿se parece a ti?

—No lo sé, no lo he visto.

—Bueno. Les diré a todos. ¿Vas a regresar a la escuela?

—No, la dejé para siempre. Ahora estoy en otro mundo, en el real, tratando de ganar dinero.

—Creí que te habían corrido del trabajo. ¿Conseguiste otro? —sonaba más interesado.

—Aún no, pero pronto saldrá algo. Ahora que todos regresaron a la escuela, tendrá que haber más vacantes —me di cuenta de que repetía lo que me habían dicho en la agencia de empleos.

—Bien, mira, tengo que irme, llegaron algunos amigos. Date una vuelta un día de éstos —hizo una pausa—. Trae a tu hijo —dijo, y se rió.

Después de eso no le llamé a nadie más. Me di cuenta de que el bebé sólo era noticia para Lorena y para mí. Pero, ¿y si alguien más me preguntaba cómo era? Me sentí como un idiota diciéndole a Belton que no lo sabía.

Sin embargo, una parte de mí aún me decía: "Olvídalo, ¿quién necesita más líos?". Pero no podía pasar el resto de mi vida sin saber cómo era mi propio hijo. Me preparé un sándwich y revisé mi cartera. Todavía conservaba dos boletos del metro para ir al hospital y regresar.

**EN** el hospital me encontré a diez tipos de diferentes fisionomías, complexiones y nacionalidades, todos amontonados en el elevador; tenían dos cosas en común: iban al cuarto piso y lucían enormes sonrisas en sus rostros. Se sentía un compañerismo entre ellos, como cuando formas parte del mismo equipo.

Cuando salimos del elevador, la mayoría desapareció por el pasillo, sin embargo, pude alcanzar a uno y, tomándolo del brazo, le pregunté:

—¿Dónde están los bebés?

—El mío está en su cuarto, con su mamá. ¿Acaso no sabes dónde está el tuyo? —era la clase de persona que sale en los anuncios de pañales, atendiendo a un bebé mientras su esposa está sentada, muy bien vestida, como para salir. Supongo que me veía algo estúpido, pues incluso me explicó que algunos bebés se quedan en el cuarto del hospital con sus mamás.

—¿Y dónde ponen al resto? —yo estaba seguro de que Lorena no había aceptado la locura de tenerlo en su cuarto.

El hombre señaló hacia el fondo del pasillo.

Rogaba que mi hijo fuera el único en el cunero para poder verlo sin tener que decir mi nombre, ni nada por el estilo.

Caminé hasta donde estaban las cunas y me asomé por la ventana; había cinco cajas de plástico transparente con ruedas,

todas tenían niños del tamaño de un muñeco. Conté, además, dos enfermeras y una enorme mecedora.

Otras personas se acercaron, al poco rato entendí de qué se trataba. Debías ir a un cubículo que está junto al cunero y decir tu nombre. Entonces, una de las enfermeras tomaría a tu bebé y lo levantaría junto a la ventana, o por lo menos, empujaría esa cosa con ruedas lo suficientemente cerca para que pudieras verlo. Esperé en la fila. Para entonces, ya éramos varios, y cuando llegó mi turno dije muy seguro:

—El bebé Wilson. Es un niño.

La enfermera buscó en la lista y dijo:

—No tenemos ningún Wilson. ¿Estás seguro de que ese es el nombre correcto? ¿Cuál es tu parentesco con la madre: hermano o cuñado?

Fijó su mirada en la siguiente persona de la fila como señal de que daba por terminada la consulta; sin embargo, yo no me moví.

—Es un niño, nació esta mañana —estaba a punto de decirle que era mi hijo, pero había muchas personas detrás de mí, todas escuchando y fingiendo que no lo hacían.

La enfermera suspiró.

—Éstos son los bebés que hay en el cunero: Musaretti, Jackson, Mitchell, Doran y Lee. Ningún Wilson.

—¡Mitchell!, ¡ése es! —grité y alguien soltó una carcajada—. El doctor dijo que lo podía ver —murmuré al tiempo que sentí cómo me sonrojaba.

—Ah, sí, Wilson —y miró otro pedazo de papel—. Acércate a la ventana y alguien te mostrará al bebé.

Tuve que esperar, pero, finalmente, la segunda enfermera levantó una tarjeta que decía “Bebé Mitchell”. Me pegué lo más que pude a la ventana para ver a mi hijo, ella desenvolvió la cobija para mostrármelo.

Era un chico de mirada inquieta, sorprendentemente pequeño. No podía creer lo pequeño que era. En lugar de cabe-llo, tenía una enmarañada pelusa amarilla. Estaba despierto

y me miró fijamente; sus ojos eran como los de Lorena, de color azul humo. Era un niño de verdad; agitaba sus puños, listo para enfrentar al mundo. Era, sin embargo, sólo un niño, como había millones, pero daba la impresión de que él sí tenía agallas.

Me dieron ganas de regalarle algo a Lorena, pero no llevaba nada. Busqué a mi alrededor, por si alguien había dejado tiradas algunas flores en el pasillo, pero no encontré nada. Tuve que preguntar en la recepción por el número de su cuarto. La enfermera frunció el ceño y apretó la boca.

—Su doctor me dijo que podía visitarla —le dije.

Y eso hizo que abriera la boca para decir:

—Cuarto 410.

Ahí estaba Lorena, sola, acostada y con los ojos cerrados. No podía acostumbrarme a ver su rostro tan brillante e imponente sin el maquillaje que normalmente usaba. Me paré junto a la cama, mirándola, viendo su delgadez ya sin el bebé.

—Hola —dije con la garganta seca.

Abrió los ojos.

—Hola, Mateo —contestó. Parecía estar atrapada, como un cachorro en una jaula, como si quisiera levantarse y salir corriendo; huir de mí.

—¿Cómo te sientes?

—Bien, estoy bien —dijo—. Un poco adolorida por los puntos, pero ya pude sentarme en la silla para cenar.

—¿Cómo está el bebé?

—Supongo que bien. No lo voy a ver, ¿sabes?, porque lo van a adoptar —y adelantó la quijada en un gesto desafiante cuando dijo eso.

¿Acaso no le importaba?, ¿o tendría miedo de verlo?

—¿Le pusiste nombre?

—Lucas. Me pareció que ese nombre combinaba bien con Mateo —esbozó una sonrisa.

A lo mejor sí, le importaba. A lo mejor, la postal familiar sí era posible: Lorena, yo y el pequeño. Entonces me atreví a decir:

—Mira, Lorena, ¿por qué no nos casamos y hacemos todo lo posible para que funcione? —Puse mi mano sobre la suya arriba de las cobijas. Pero la retiró de inmediato.

—Tú no fuiste el que estuvo embarazado nueve meses —dijo, haciendo un puchero—. Encerrada en la casa, jamás había estado tan aburrida. No, gracias. Nada de sentar cabeza y jugar a la mamá.

—Yo te ayudaría —interrumpí—, podríamos buscar a alguien que lo cuide mientras los dos trabajamos.

—¡Ajá!, así como me ayudaste los últimos seis meses. ¡Tuve que ir a la clínica prenatal con mi madre! ¿Cómo crees que me sentí?

—Eso no es justo. Fui contigo al centro de planeación familiar —lo que decía sonaba realmente ridículo en comparación con lo que ella había soportado. Pensé entonces que así no íbamos a llegar a ningún lado—. ¿Quieres que venga a verte otra vez?

—Como quieras —cerró los ojos y volteó la cabeza.

Estiré la mano para quitarle el cabello de la frente y dejé caer el brazo.

—Tómalo con calma —le dije al salir.

Regresé al hospital todas las tardes. Para entonces ya sabían en el cunero que iba a ver al bebé y, de inmediato, lo levantaban acercándolo a la ventana. Lo sostenían el tiempo que yo quisiera. En las tardes, las enfermeras no estaban tan ocupadas como después de la cena. Además, yo era el único que visitaba al pequeño Lucas, y supongo que les agradaba que alguien fuera a ver cómo agitaba sus puños en el aire.

Lorena nunca fue a verlo. La habían puesto sola en un cuarto, me dijo, para que no se sintiera mal cuando las otras mamás amamantaban a sus bebés. No podía imaginarme lo que ella estaba sintiendo, así que pronto le pregunté:

—¿No te sientes mal por abandonar al bebé?

—No —respondió.

Eso fue todo. Supe que estaba sola, que no tenía con quién hablar, aparte de las enfermeras que se asomaban de vez en cuando. Su mamá llegaba hasta la noche y su hermana sólo la visitó en una ocasión. Le rentaron una televisión. Ninguna de sus amigas fue a visitarla.

No sabía qué decirle, pero creí que lo menos que podía hacer era hablar con ella, en vista de que era mi culpa que estuviera allí. Me contaba lo que almorzaba día a día. A mí siempre me sonó de lo mejor; yo no estaba comiendo muy bien. Y entonces, más pronto que tarde, llegábamos al tema de la adopción de Lucas.

—Ya lo decidí —me decía con una voz susurrante.

—¿Te dirán quién se lo va a llevar? —le pregunté.

—No, no me dirán y no quiero saberlo. Quiero olvidarme de todo esto.

Pero si lo que quería era olvidar, yo no entendía por qué nunca me dijo que ya no la visitara. No entendía lo que aún había entre nosotros. Cuando la miraba, linda como era, allí recostada, con el cabello negro amarrado en una cola de caballo, un listón azul que combinaba con el color de sus ojos y una brillante bata rosa amarrada alrededor de su diminuta cintura, me sentía realmente mal de haberla metido en este lío.

—No me quiero casar —repetía con la mirada cansada, aunque yo no había vuelto a mencionar el tema del matrimonio.

En otra ocasión dijo:

—Si nos casamos ahora, estaré divorciada para cuando tenga dieciocho. ¿Quién quiere eso? Divorciada y con un niño antes de tener edad para votar —eso me sonó a palabras de la mismísima señora Mitchell, pero no dije nada. Me mortificaba más la idea de dar a Lucas en adopción que el asunto de casarnos.

—Llevo atada seis meses. Lo único que quiero es salir y divertirme un poco y comprar ropa nueva —parecía que quería matarme cuando dijo eso.

Cuando ocurría algo así, yo solía evadirla.

—Bueno, me tengo que ir. Nos vemos —pero regresaba la siguiente tarde, como si no pudiera mantenerme alejado.

En realidad iba a ver al bebé. Lucas se estaba convirtiendo frente a mis ojos en un hombrecito. Casi podía sentir la pelusa amarilla que cubría su cabeza. Era la misma pelusa que me salía arriba de los labios y en la barbilla cuando tenía quince años, y que insistía en rasurar. Mi cabello es ondulado y rebelde; sabía que Lucas tendría el mismo problema.

Me miraba como si estuviera dándole vueltas a todo en su mente, ¿cómo es que llegó a estar acostado en una caja transparente con ruedas, envuelto en una cobija azul? Su mirada era inteligente y se veía tan fuerte que pensé que de grande podría ser beisbolista. Cada vez que la enfermera lo levantaba, él me miraba fijamente.

Así fue como el cuarto día, cuando le di mi nombre a la enfermera, pregunté si podía cargarlo un rato. La enfermera joven fue a consultar a una de las que tenían mirada amenazante; ella me miró fijamente, pero al final decidieron que yo no iba a lastimar al niño y me abrieron la puerta del cunero. Hicieron que me pusiera una bata blanca y me dieron un cubrebocas. Entonces la más joven sacó a mi hijo y lo colocó en mis brazos, mostrándome cómo debía sostener su cabeza, y acomodó el resto de su cuerpo en la palma estirada de mi mano, de tal manera que quedara pegado a mi pecho.

Lucas me miró directamente a los ojos. De repente, supe que éramos él y yo contra todas las enfermeras, padres o maestros, contra quien fuera. Y recordé la mañana en que desperté y mi padre se había marchado.

Cuando devolví al bebé, fui a ver a Lorena para discutir el asunto de la adopción. No pensaba entregarle ese grandioso niño a cualquier pareja de inútiles que seguramente no lo cuidarían.

—Lo más importante es que tengo que dar mi consentimiento —me dijo Lorena, con una actitud de sabelotodo. Así que de inmediato supe que había estado hablando con su mamá por teléfono.

—Una vez que firme el consentimiento, lo que no puedo hacer hasta que Lucas cumpla siete días, se irá a un hogar temporal. La Asociación de Ayuda Infantil tiene parejas de padres que lo están esperando, y tan pronto como el juzgado lo apruebe, Lucas se irá a vivir con ellos. Incluso puede irse directamente del hospital.

—¿Así, sin más, se quedarán con nuestro hijo?

—Bueno, no. Tengo veintidós días para cambiar de parecer y Ayuda Infantil se hará cargo de él durante seis meses. Después hay un trámite final de adopción y, entonces sí, no me lo regresan aunque yo quiera, lo cual no está en mis planes —deslizó una mano tocando su estómago, ahora plano—. La trabajadora social me explicó todo lo que te he dicho —agregó frunciendo la nariz.

—¿Y yo qué?

—Si me lo quedara, tendrías que mantenerlo hasta que cumpliera dieciocho años; así que da las gracias de que la librarás fácilmente.

En ese momento dejé de sentir lástima por Lorena. Fui hasta la ventana y me asomé, apretando los puños dentro de los bolsillos del pantalón, intentando evitar que ella me viera.

—¿Y si no doy mi consentimiento para que lo adopten?

—¿Y eso a quién le importa? —contestó burlona—. La trabajadora social me dijo que mientras no estemos casados, es mi hijo, no el tuyo, y si estás pensando en causar problemas, Mateo Wilson, también me dijo que puedo demandarte por abusar de una menor, que soy yo.

Me salí y la dejé hablando. A la mañana siguiente fui a la oficina de empleos para ver si podía conseguir alguno.

Cuando mi mamá se casó y me dijo que se iría a California con un tipo, me pidió que los acompañara. Pero lo que

conocía de ese sujeto no me gustaba, por lo menos no lo suficiente como para mudarme a otro país. Así que dejé la escuela y salí a buscar trabajo.

El primer lugar que visité fue el taller de autopartes de Gill, a unas cuantas cuadras del departamento en el que vivíamos mi madre y yo. Allí había trabajado mi padre hasta que nos dejó. El viejo capataz seguía ahí. Era vecino del mismo edificio, así que me conocía y, apenas vio que asomé la cabeza entre las puertas de atrás de la tienda, se me acercó.

El capataz me llevó a una oficina pequeña y desordenada, y le dijo al gerente que mi padre había sido uno de sus mejores trabajadores y que recomendaba mi contratación. Me contrató, pero en lugar de darme el antiguo trabajo de papá en la cadena de ensamblaje, me encontré en medio de la cafetería, sirviendo sopa y manejando la lavadora de platos. Prometieron que me pondrían en el taller tan pronto como hubiera una vacante, pero antes llegó un contratista de alimentos que se hizo cargo de la cafetería y el negocio comenzó a caerse, de manera que me despidieron.

En cuanto conseguí el trabajo, le dije a mamá que no se preocupara, que se fuera, que podía cuidarme solo. Para ser honesto, creo que fue un alivio para ella que no quisiera ir a California. Por otra parte, irme con ella hubiera sido una manera de abandonar a Lorena.

Pero, sin trabajo, el dinero que mamá me dejó en una cuenta bancaria se terminó pronto. Había pasado las últimas semanas revisando anuncios de empleo en los periódicos, pero para cuando llegaba al lugar, alguien ya había ocupado el puesto. Hasta pagar la tarifa del metro se estaba convirtiendo en un problema.

En la oficina de empleos tuve que esperar algunas horas antes de que me entrevistaran, no podía dejar de ver un gran reloj que colgaba en la pared de la sala de espera, preocupado porque no llegaría a tiempo al hospital a la hora de visita. Por fin, una entrevistadora con lentes y zapatos bajos

gritó: "¡Mateo Wilson!". La seguí a un vil hueco entre paredes donde apenas cabían un escritorio y dos sillas.

Anotó todo lo que le dije.

—No trabajaste el tiempo suficiente como para acreditar—me dijo. Y se me quedó viendo a través de los lentes hasta que me dio vergüenza y comencé a leer los anuncios engrapados en la pared. "Busca trabajo o solicita asistencia social", decía uno de ellos.

—Lo mejor que puedes hacer es regresar a la escuela —me dijo muy decidida.

Quería decirle que era papá, pero me contuve.

—¡Nada de escuela! Lo que necesito es dinero para vivir. Como dice ahí: "trabajo o asistencia".

—Se supone que debes estar un año sin ir a la escuela antes de poder solicitar capacitación, pero puedo preguntar. De esa manera recibes un seguro de desempleo mientras vas a la escuela. A lo mejor se puede hacer una excepción. ¿Tienes algún interés en especial? —me preguntó. No se me ocurrió nada que contestar.

—En la escuela tuve buenas calificaciones en ciencias —logré decir.

—Es un principio. Voy a investigar y te hago una cita para la semana que entra. Mientras, sigue buscando trabajo y pide asistencia social si la necesitas —y dio por concluida la entrevista.

Salí de allí bastante deprimido. En la cartera sólo traía diez dólares, y la renta se vencía al final de la semana. En alguna ocasión había escuchado a unos hombres de la pensión que hablaban de una misión en la calle Queen, donde si te formabas te daban comida caliente. Así que fui para allá.

Cuando llegué, vi a unos tipos que arrastraban los pies sobre la acera; borrachos, viejos y sin dientes, unos; otros, jóvenes temblando en camiseta y pantalones de mezclilla, tan delgados que casi se podía mirar a través de ellos. Me di

cuenta de que no era parte de ese grupo, por lo menos no todavía. Tenía un pedazo de pan y un frasco de crema de cacahuete en un cajón de mi cuarto, así que decidí regresar.

El chino Wong, encargado de la pensión, vivía en un cuarto ubicado justo después de la entrada principal. Siempre dejaba la puerta abierta para asegurarse de que sólo los que habían pagado la renta pudieran pasar.

—Oye, te llegó una carta —gritó tan pronto me vio. Todo el tiempo estaba sentado en una enorme mecedora, mirando hacia la puerta, vigilaba y fumaba una pequeña pipa. Tenía algunos sobres encima de sus piernas. En ese lugar era imposible dejar el correo en la mesa del pasillo. Me entregó un sobre.

Era de mamá. Lo supe por el remitente, pero sólo asentí con la cabeza y dije:

—Gracias.

Esperé para abrirlo hasta que estuve en mi cuarto, con la puerta cerrada. La última vez que le escribí no le dije que había perdido el trabajo, sólo le conté que me mudé y le di mi nueva dirección.

Dentro del sobre había dos billetes de cincuenta dólares canadienses y una carta en la que me decía que el clima era maravilloso, y que ella y su esposo tenían un bonito departamento; que buscaría un empleo, que el tipo con el que se había casado estaba jubilado y recibía una pensión. Intuí que se estaba cansando de cargar con él todo el tiempo; sin embargo, no me pedía que fuera.

Yo sabía que en mi caso también debería conseguir un trabajo; guardé el dinero en la cartera y fui al hospital. Después de ver a Lucas, pensé en regresar a casa, pero cambié de opinión y bajé al cuarto de Lorena.

Su madre estaba allí. Se me olvidó que el lunes era su día libre. Cuando vi a la vieja bruja sentada junto a la ventana, sostenida por unas piernas gruesas como troncos y con las manos cavando dentro de la bolsa negra que llevaba

en el regazo, casi me di la media vuelta. Pero no estaba en mi naturaleza huir del peligro. Nunca he olvidado cómo huyó papá, y supongo que debo demostrar que yo no estoy dispuesto a hacer lo mismo.

—¿Has estado aquí todos los días a mis espaldas? —dijo a manera de saludo.

—¿Acaso Lorena me acusó? —le contesté.

—No tienes derecho legal de estar aquí. Si se te ocurre pasar por la casa cuando me la lleve, llamaré a la policía.

Lorena estaba sentada en la cama, en pantalones y con una camiseta. Se notaba de mal humor porque ninguno de los dos le estábamos poniendo atención.

—Te pueden acusar de abuso —amenazaba con su perorata la señora Mitchell.

—Ajá, sí, ya sé, me lo dijo su hija —murmuré entre dientes.

Intentaba concentrarme. Probablemente ésta era mi última oportunidad de arreglar las cosas para no perder a Lucas. Aunque no me dejaran verlo, si la señora Mitchell se quedaba con él, por lo menos sabría dónde estaba.

De hecho, le sonreí.

—¿Ha visto al bebé? —le pregunté—. Tiene un nieto adorable. Sus ojos se parecen a los de Lorena —yo hacía realmente un gran esfuerzo.

No tardó en reaccionar, por el gesto que hizo hasta se hinchó, cualquiera hubiera dicho que alguien la estaba inflando con aire.

—Jamás pondré mi mirada en un niño que le causó tantos problemas a mi pequeña —gruñó—. Y tampoco te quiero ver a ti.

Dirigió la mirada hacia Lorena, que se pintaba las uñas de color rojo sangre.

—¿No se lo quiere quedar? —le dije a la señora—. Yo lo mantendré. Lorena podría quedarse en casa un tiempo y cuidarlo; después yo pagaré una guardería —las palabras salieron como si llevara horas pensándolas. Odiaba el tono

de súplica en mi voz, pero no me detuve—. No las molestaré, será sólo para saber dónde vive y que está bien cuidado. Soltó una carcajada.

—Eres más tonto de lo que pensé —se burló—. Voy a hacer todo lo posible por olvidarme de la existencia de ese bebé y Lorena hará lo mismo.

Las dejé. Prefería estar muerto antes de permitir que esa mujer me viera llorar.

—Adiós, Lorena —fue lo único que alcancé a decir y salí disparado rumbo al elevador.

Al otro día, cuando regresé al hospital a visitar a Lucas, sentí que nunca más quería ver a Lorena. Me acerqué al cuanero y le mostré a la enfermera joven mi mejor sonrisa:

—Hola, ¿puedo ver al pequeño Lucas?

—No está en el cuanero —me contestó.

Sentí que el estómago se me caía al suelo.

—Lo han adoptado —susurré. No me atreví a decirlo en voz alta.

—No, todavía no —me sonrió. Para ser enfermera era buena persona. Ciertamente Lucas estaría bien mientras ella lo cuidara—. Su mamá pidió verlo, ya que mañana firmará el consentimiento. Lo llevé al cuarto hace unos minutos. Le está dando el biberón.

Salí entonces disparado por el pasillo y entré al cuarto de Lorena. No sé qué esperaba, encontrarme algo así como a la señora Mitchell gritándole a Lucas: “¡Abracadabra! ¡Desaparece!”.

Pero sólo estaba Lorena, sentada junto a la ventana, sosteniendo al pequeño en un brazo y con el biberón de leche en la otra mano.

—No tiene hambre —dijo. Su mirada era tan sutil como terciopelo azul—. Se queda dormido en lugar de tomar la leche.

—Creí que habías dicho que no sabías cómo cuidar a un bebé.



—Los últimos meses me la pasé cuidando niños. ¿Qué otra cosa podía hacer? —acariciaba la boca del bebé con el biberón.

—Pensé que no lo querías ver.

—No quería. Sólo que... no pude evitarlo.

Tuve que acercarme para escuchar lo que decía.

—Ahora que viste lo hermoso que es, ¿te vas a quedar con él? —en ese momento sentía que realmente la amaba.

Y de alguna forma, así era. Cuando salíamos, la esperaba junto a su casillero, y procuraba llegar temprano para ver cómo se acercaba a mí. Es tan pequeña que tenía que levantar el rostro para tocar el mío. No sé por qué, pero siempre me hacía pensar en rosas color rosa. Y cuando sonreía, era la chica más bonita del mundo.

Se sentaba delante de mí en la clase de matemáticas. Así que la podía ver sin que se diera cuenta. Es buena para las matemáticas; solía arrojar su cabello hacia atrás, enderezaba los hombros y se sumergía en una hoja de problemas aritméticos como si fuera lo que le diera más gusto en la vida.

Pero no la amaba hasta que la muerte nos separara. Todavía no amaba a nadie así.

Lorena se quedó mirando a Lucas un largo rato. Entonces se levantó, apretándolo fuerte. Ahora era ella la que tenía lágrimas en los ojos.

—No me lo puedo quedar, Mateo. Lo mejor para él es que lo adopten. Lo voy a llevar de regreso al cunero. Quería ver cómo era. ¿Sabes?, quizá algún día tendré a su hermano o hermana.

—Voy a pasar por el cunero. Yo lo llevo —ofrecí y acomodé ambos brazos debajo de él.

Lorena puso cara de alivio.

—También el biberón —me dijo mientras lo metía en la bolsa de mi chamarra.

Cuando salí del cuarto, mi intención real era regresarlo. Lo llevé hasta el cunero, pero vi que no había nadie. La enfermera joven de seguro estaba dentro.

Esperé un minuto y, entonces, sacudí el brazo que tenía libre para quitarme de la chamarra; envolví con ella a Lucas quedándome en mangas de camisa, y él, cubierto casi por completo, excepto por un pequeño hueco para su boca y nariz.

Dormía tranquilamente, como si confiara en mí. Incluso si en ese momento la enfermera hubiera salido, se lo habría entregado para, con seguridad, jamás volverlo a ver.

Pero ella no salió. El pasillo estaba vacío. Todas las vitas se habían ido. Caminé despacio rumbo al elevador, agarrando a Lucas bien fuerte, sosteniendo su cabeza como me habían enseñado; él seguía tranquilo. La enfermera del escritorio no volteó a verme; ya estaba acostumbrada a mi presencia. Presioné el botón del elevador y cuando éste se abrió, di un paso hacia delante. La puerta se cerró. Apreté el botón de la planta baja y aguanté la respiración hasta que se volvió a abrir.

Un grupo de personas esperaba para subir. Se amontonaron; apenas me dejaron espacio para salir. Sostuve entonces la chamarra con Lucas dentro y crucé la puerta principal del hospital.

## Tres

**C**ALCULÉ que tendría que pasar una hora antes de que alguien fuera al cuarto de Lorena a buscar al bebé. Habría unos momentos de confusión mientras revisaban el cunero para ver si estaba en una cuna equivocada y, sólo entonces, se darían cuenta de que me lo había llevado y llamarían a la policía. El único medio para localizarme realmente rápido era el número telefónico que le había dado a Lorena cuando me cambié a la pensión. Aunque existía la posibilidad de que ella no se lo diera a la policía, pero no aguantaría mucho, especialmente con su mamá cerca.

El tiempo era suficiente para regresar a la pensión y recoger mis cosas. Después debía desaparecer. No imaginaba adónde ir. Sin embargo, la idea de regresar al bebé, cuando aún era posible, nunca cruzó por mi mente. Era mío, y yo sabía que él podía confiar en mí. ¡Y quiza en nadie más!

—¿Encontraste trabajo? —me cuestionó Wong cuando pasé por el pasillo.

Crucé mis brazos alrededor de la chamarra y me acerqué a la escalera.

—Hoy no —le contesté, preguntándome cómo iba salir con todo y mochila. Seguro pensaría que me estaba fugando.

Después de cerrar la puerta y atorarla con la silla, acosté al pequeño Lucas en la cama y desarrollé mi chamarra. Ya estaba despierto. Parecía más pequeño que cuando lo visitaba

en el hospital, pero sus ojos me miraron directamente. Estaba seguro de que él sabía que yo era su amigo.

Miré mi reloj. Hacía treinta minutos que había salido del hospital. Entonces sonó el teléfono. Me pregunté si lo contestarían. Si eran del hospital, podía decir que dejé al bebé en una cuna y que no sabía más. Aparentar enfurecerme y culparlos por perderlo.

El teléfono dejó de sonar. Alguien debió contestar.

—Es para ti, muchacho —era la voz áspera del tipo de junto. Seguro no tenía nada que hacer además de contestar el teléfono—. Es un tipo —dijo y regresó a su cuarto arrastrando los pies y azotó la puerta.

“¿Un tipo? ¿La policía?”, me pregunté. Quité la silla de cocina y salí al pasillo, cerrando la puerta mientras pensaba. No, no podía ser la policía. Ésa no suele anunciarse.

—¿Hola? —dije tratando de disfrazar mi voz.

—Hola, Mateo. Soy Brian. Mi hermana me dijo que habías llamado. Me costó trabajo encontrar tu teléfono. ¿Qué pasa?

—Hola Bri. Disculpa, estoy un poco ocupado. ¿Puedo llamarte después?

—Claro, entiendo, los hombres que viven solos —se rió—. Pero tenemos que vernos pronto —y colgó.

Mi mano temblaba cuando dejé el auricular en el teléfono. Volví al cuarto para ver a Lucas. Hacía unos ruidos curiosos como de cachorro. Me pregunté si tendría frío.

Fue entonces cuando caí en la cuenta: ¿qué hacía yo con un bebé de una semana de nacido? Pero ya no había tiempo para pensar en eso.

—Somos tú y yo, chico —le susurré y lo envolví con la colcha de mi cama. Traía la cobija del hospital y cuando lo desarrollé estaba vestido con ropa para un muñeco, un traje de una sola pieza. Abajo, traía un pañal grande, pero supuse que se lo habían puesto hacía rato, porque estaba escurriendo. Todo estaba empapado: el pañal, la ropa y la cobija. ¿Cómo podía alguien tan pequeño orinar tanto?

Hasta yo sabía que tenía que cambiarlo o agarraría un resfriado apenas saliéramos. Lo más difícil fue quitarle el mameleuco, o lo que eso fuera. Mis manos eran tan grandes a su lado y temblaban tanto, y sus brazos y piernas parecían apenas del tamaño de mis dedos. Encontré las lengüetas del pañal y lo arranqué, arrojándolo en el cajón de mi tocador. Después pensé que si me detenían, podía ser una evidencia en mi contra. Así que lo saqué y lo metí en mi mochila. Desnudo completamente, Lucas parecía un pollo flacucho del supermercado.

Lo envolví con dos pares de mis calzoncillos y le puse otro par encima para amarrar los primeros. El cierre de mi pantalón tenía un seguro, así que lo usé para sujetar todo el envoltorio. Quedó un poco abultado pero, por lo menos, Lucas estaba seco. Entonces lo cubrí con una playera como si fuera cobija, y aventé todas mis cosas, incluyendo las fotos, dentro de la mochila. Volví a ver mi reloj. Calculaba que aún me quedaban veinte minutos antes de que el infierno se desatara.

Y cuando creía que tenía todo bajo control, Lucas empezó a llorar. Fue sólo un leve chillido, algo así como si jalara aire, hiciera un ruido y volviera a jalar aire. Pero si alguien lo escuchaba, sabría que algo raro estaba pasando en mi cuarto, porque en esa casa de mala muerte, repleta de viejos, no había ningún niño.

En algún lugar había leído que los bebés lloran si están mojados o tienen hambre. Lucas no estaba mojado, entonces deduje que tenía hambre. Metí mi dedo en su boca y lo chupó sin quitarme la mirada de encima, como si supiera que trataba de engañarlo. Entonces reconocí un bulto en el bolsillo de mi chamarra, donde Lorena había metido el biberón del bebé.

“¿No se supone que habría que calentarla?”, pensé. Decidí sostenerla un rato entre mis manos y la metí en su boca. Miré mi reloj. Le sobraban quince minutos a la cuenta regresiva.

Era necesario darse prisa; sin embargo, no tenía siquiera una vaga idea de a dónde ir ni qué hacer si lograba salir de la pensión.

Abrí mi cartera con una mano mientras sostenía el biberón con la otra. Ahí seguían los dos billetes de cincuenta dólares que mi mamá me había enviado. Lucas escupió el biberón, suspiró y se quedó dormido. Me tardé otro rato en amarrar las mangas de una playera alrededor de mi cuello, y la parte de abajo a mi cintura, como si fuera un cabestrillo. Acosté a Lucas dentro, con sus piernas abrazando mi cintura. Puse la mano detrás de su cabeza, metí el biberón en la bolsa de mi chamarra y, con el brazo que tenía libre, cerré el cierre dejando un hueco para que Lucas pudiera respirar.

De repente pensé que debía dejar una nota. Si no, buscarían a mi hijo por toda la ciudad. Saqué un lápiz de mi bolsillo y arranqué una hoja del calendario que colgaba detrás de la puerta. Escribí: “Me llevé a Lucas. Lo cuidaré bien.” Después, más arriba escribí “Lorena” y lo firmé: “Mateo Wilson”.

Pegué la nota en el tocador y levanté mi mochila. Nunca lograría pasar frente a Wong. Pensé: “¿Si le digo que sólo voy a la lavandería? No, para nada, los tipos que viven en posadas de mala muerte no van a las lavanderías. Cuando su ropa apesta, la limpian en el baño y la ponen a secar en sus cuartos”.

Otra opción era pagar la renta de la siguiente semana. Así no le importaría si me iba. Pero de cualquier manera se daría cuenta del bebé, además de que yo necesitaba todo el dinero.

Abrí la ventana y me asomé. Había un callejón debajo de la ventana que daba a la calle. Dejé caer la mochila tan silenciosamente como pude y recé para que estuviera allí cuando lograra salir.

—Hola, señor Wong —le dije al pasar por su cuarto.

—¿Recibiste una llamada sobre un trabajo? —me preguntó.  
—Puede ser —grité y cerré la puerta. Miré el reloj. En diez minutos sería una hora desde que salí del hospital. La revelación de mi suerte no podía durar mucho más.

Levanté la mochila y Lucas se movió; así que tuve que apretarlo más contra mí. Decidí que lo mejor era sacar de una vez cincuenta dólares en el callejón, en lugar de buscarlos después frente a otras personas. Con el billete y un boleto en la mano, corrí para alcanzar el metro.

Era la hora picó. Me dejé llevar por una ola de gente que empujaba y codeaba para abrirse paso por las escaleras y llegar a los andenes. Por un instante sentí pánico. ¿Y si me caía? ¡Pisarían a Lucas hasta matarlo!

Grité:

—¡Fíjate, imbécil! —Y logré hacer un poco de espacio a mi alrededor mientras seguía caminando. Luego me di cuenta de que sería mejor que nadie reparara en el hombre de cabello ondulado que traía un brazo dentro de una chamarra. De manera que, una vez dentro del vagón, me senté, me recargué contra un tubo y miré fijamente el suelo.

Lucas no hacía ruido. Supongo que el vaivén del vagón lo arrullaba. También la estación de autobuses estaba repleta de personas. Pedí un boleto para Midvale, deslicé los cincuenta dólares por el mostrador y pregunté a qué hora salía el autobús.

—Tendrás que apurarte si quieres abordarlo —me dijo el taquillero—. Andén seis. Lo están abordando ahora —seguía con suerte.

Desde la plataforma del andén traté de ver si quedaba un asiento junto a la ventana para mantener a Lucas alejado del pasillo, pero cuando subí al autobús ya todos estaban ocupados. Así que decidí jugármela.

—Disculpe —le dije a una señora con aspecto maternal—. Traigo el brazo en un cabestrillo. ¿Le molestaría dejarme sentar junto a la ventana?

Volvió a mirar hacia la ventana como si no me hubiera escuchado. Hasta pensé que estaba sorda. Pero un hombre joven que viajaba en el asiento siguiente me dijo:

—Puedes tomar mi lugar, yo me bajo en la primera parada —así que me senté junto a él y puse mi mochila en el piso entre mis pies. Lucas seguía tranquilo y caliente contra mi pecho—. ¿Hacia dónde vas? —me preguntó el hombre.

—Al norte —le contesté secamente. Luego pensé que debía ser más amable dado que me había cedido su lugar—. Estoy buscando trabajo.

—Es más fácil que encuentres trabajo en Toronto que en el norte, especialmente en esta época del año, con el invierno tan cerca. ¿Qué clase de trabajo buscas?

—Árboles de navidad —fue lo primero que se me ocurrió—. Mi tío tiene un vivero de árboles de navidad y necesita ayuda.

—¿En serio? ¿Y dónde los vas a vender? A lo mejor yo te compro uno.

Este tipo era tan amable que resultaba entrometido.

—Todavía no sé bien —le dije, y fingí un gran bostezo—. Creo que me dormiré un rato. Estoy agotado con este asunto del brazo —era claro que el tipo quería saber cómo me lo había roto, de manera que cerré los ojos y me recargué en el respaldo del asiento.

—¡Vaya! —sonaba realmente decepcionado. Tomó un periódico que traía debajo del brazo y cuando llegamos a un estacionamiento que daba a la carretera, se levantó sin decirse. Vi que un Volvo verde, con una pelirroja al volante, lo esperaba. Era la imagen de la vida perfecta. Probablemente tenían una casa nuevecita en algún vecindario rico, y una hipoteca de la que no podía dejar de hablar; a lo mejor hasta tenían hijos. ¡Dios!, ¿qué historia le habría contado a su chica si se hubiera dado cuenta de que yo cargaba un bebé de una semana dentro mi chamarra?

Casi suelto la carcajada. Toqué en la ventana y me despedí con mi brazo libre, pero, si acaso me vio, no quiso contestarme. Como nadie subió a ocupar su asiento, pude estirarme un poco. El brazo con el que sostenía a Lucas comenzaba a entumecerse; traté de estirarme de lado para que Lucas descansara sobre mi pecho. Justo cuando comencé a planear la posibilidad de dormir —con todo lo sucedido, estaba bastante cansado y aún faltaba una hora para llegar a Midvale—, sentí que una cálida humedad traspasaba mi camisa, goteando por mi estómago.

Eso sí que me despertó, aunque no parecía incomodar a Lucas. Agachado, en la esquina del asiento, con los respaldos protegiéndome atrás y adelante, bajé un poco el cierre de la chamarra para dar un vistazo al cabello amarillo. Tenía la cara volteada de lado. Así que su nariz recta y esas suaves bolas rosas que eran sus mejillas, resaltaban contra mi camiseta oscura.

Volví a recargarme, aunque algo húmedo y oloroso, y recordé cómo fue que comenzó todo. Eran las vacaciones de Navidad. Lorena y yo tratamos de conseguir trabajo en el centro comercial y en la oficina de correos, pero, aunque los dos teníamos ya diecisiete años, siempre se nos adelantaban chicos mayores de la universidad; o tal vez no nos esforzamos mucho. Después de todo, mi mamá estaba el día completo trabajando fuera, y también la señora Mitchell, de manera que por lo único que teníamos que preocuparnos era por la hermana de Lorena, que no dejaba de espiarnos; al menos eso era lo que decía Lorena.

Como lo repitió mil veces mi mamá una vez que sucedió: ¿cómo era posible que en esta época una chica se embarazara sin quererlo? Entendía lo que quería decir: que Lorena, por alguna desquiciada razón, pues tenía diecisiete años, no quería casarse, pero sí estar embarazada. Y eso significaba que todo era culpa de Lorena, y que de alguna u otra forma me había engañado para que la hiciera de padre. Y claro, la

señora Mitchell pensó justo lo contrario: que yo me había aprovechado de su inocente hijita.

Ninguna tenía razón. Simplemente sucedió, eso es todo. Empezamos a salir en septiembre, al entrar a clases. Los dos cursábamos el mismo grado en Eastern. Desde el año anterior me había llamado la atención, pero en ese entonces, ella andaba con otro tipo, así que sólo bailamos una que otra vez en las fiestas de la escuela y, si me la encontraba por casualidad en el centro comercial, pasábamos el día juntos y cosas así.

Lorena era realmente adorable. Es pequeña, supongo. Bueno, yo soy muy alto y tenía que inclinarme cuando bailábamos. Su cabello grueso, brillante y negro, lo usaba amarrado o suelto. Se veía fantástica de las dos formas, pero insistía en preguntar cómo lucía mejor.

El primer día de clases, Brian corrió la noticia de que Lorena había terminado con su novio durante las vacaciones de verano. Así que actué rápidamente, antes de que alguien me la ganara, puesto que es una cuestión de honor no acercarse a la chica de otro tipo. Al principio lo tomamos con calma: íbamos juntos a algunas cosas de la escuela y la acompañaba a su casa todos los días.

Pero entonces comenzó la atracción física, yo quería más y ella tampoco se contuvo. Los dos sabíamos que iba a suceder. Hasta hablamos de si debíamos conseguir pastillas o algo para mí, pero nunca lo hicimos. En ese momento lo único real era el tiempo en que estábamos juntos.

Y como no pasó nada después de la primera vez, probablemente creímos que a nosotros no nos sucedería, aunque sí sabíamos que a otros les había pasado. Lorena dijo que su tía había intentado tener hijos durante años y que nunca pudo.

—Supongo que soy como ella —me dijo.

Y, de repente, fue demasiado tarde.

Lucas dobló sus piernas, las enterró en mi estómago y comenzó con ese lloriqueo como de cachorro. No lo culpé;

yo también comenzaba a entumirme, y él, además, estaba mojado. Por suerte el autobús hacía tanto ruido, traqueteando por la carretera, que no me preocupé de que alguien lo escuchara. Me asomé por la ventana. Ya debíamos estar cerca de Midvale.

Era de noche. Por la ventana se veían estacas de pino, como manchas de tinta; pasaban a toda velocidad seguidas de espacios abiertos, punteados con las luces de las granjas y los faros que alumbraban fuera de los graneros. Un hombre en overol salió por la puerta de un establo y caminó lentamente hacia una casa. Después, desapareció de mi vista. Fue una sensación extraña saber que, una vez en su hogar, probablemente se sentaría a la mesa de la cocina para cenar, aunque yo no lo viera.

Lucas se movió un poco más y el lloriqueo se transformó en un grito. Decidí que lo mejor era toser realmente fuerte; la mujer que estaba sentada del otro lado del pasillo me echó una mirada fulminante. Busqué el biberón y vi que aún quedaba la mitad. Se lo daría tan pronto como bajáramos del autobús.

El conductor anunció la llegada a Midvale. Cuando me levanté para salir, Lucas se resbaló por debajo de mi chamarra antes de que pudiera sostenerlo. Aparenté que me acomodaba la ropa. Algunas personas me miraron y alguien se rió al fondo del autobús. Pero nada me importaba mientras Lucas no se pusiera a llorar. Tomé la mochila y salí del autobús en cuanto se abrió la puerta, como un maratonista cuando escucha el disparo de salida.

Me acordaba de Midvale. Vine con mamá varias veces a visitar a la abuela a su cabaña. Nos bajábamos del autobús e íbamos a comer hamburguesas a un restaurante agradable llamado Dominion Grill, en la calle principal. Aún recuerdo esas hamburguesas que cubrían todo el plato, y las papas fritas dentro de un gran recipiente desparramándose encima de la mesa. Luego, le hablábamos a un señor que la

abuela conocía y él nos llevaba a Sandy Beach a cambio de unos billetes.

Eso era algo imposible de hacer aquella noche. Lucas se pondría intranquilo en cualquier momento. De hecho, tenía que cambiarlo con urgencia.

El autobús me había dejado en el sitio donde la carretera y la calle Main se cruzan. Todas las tiendas estaban cerradas, excepto un minisúper al final de la calle. El hotel también estaba iluminado.

Algunas personas entraban por una puerta que decía: "Lounge". Conté a cinco esperando, pero lo chistoso fue que me dieron más miedo que las pandillas que vagaban por el metro. Me alejé de la calle Main y caminé un trecho por la carretera hasta llegar al patio de una escuela. Miré la hora. Pasaban de las siete. Estaba demasiado oscuro para que hubiera niños jugando en los columpios y en las resbaladillas.

Las luces de las casas circundantes iluminaban el patio, así que me acerqué al césped que estaba protegido por algunos arbustos. Me quité la chamarra, la extendí sobre el pasto y acosté a Lucas. Gritó tan fuerte que miré a mi alrededor, listo para envolverlo y salir corriendo. Estaba seguro de que alguien lo había escuchado. Le puse el biberón en la boca e hizo unos ruidos, como sorbidos bastante fuertes, pero yo prefería eso a sus gritos. Mientras lo tranquilizaba con el biberón, usé la mano que me quedaba libre para buscar en la mochila la última de mis camisetitas limpias.

Dentro estaba el pañal empapado del hospital, había humedecido todo lo demás, lo arrojé tan lejos como pude y acomodé a Lucas en unas camisetitas húmedas. Después, metí el resto de las cosas en la mochila. ¿Cuánta ropa se tenía que lavar para tan sólo un bebé?

Se me ocurrió que podía envolverlo en un suéter y cargarlo, pero existía el riesgo de que alguien me viera antes de salir del pueblo. Así que, cuando soltó el biberón, hice otro cabestrillo, ahora con el suéter, y me lo amarré al cuerpo.

Desde que veníamos en el autobús, traía la playera húmeda, pero yo no podía hacer nada al respecto. A Lucas parecía no importarle.

El perro de una casa vecina comenzó a aullar; metí el biberón ya vacío en el bolsillo y me tapé rápidamente con la chamarra. Una luz se encendió en el patio trasero de la casa y supe que en unos segundos tendría al perro mordiéndome.

Tenía tanta hambre que sentía que mi estómago se pegaba a mi espalda, y recordé el sabor de las hamburguesas del Dominion Grill, aunque habían pasado años desde la última vez que comí una. Pero entonces pensé en lo furiosa que se pondría la señora Mitchell cuando descubrieran que yo tenía a Lucas, y eso me dio energía para caminar por una calle lateral en dirección a la carretera, confiado en que conocía el camino a la casa de la abuela, y pidiendo que Dios nos ayudara si ella no estuviera.

Fue una caminata miserable de diez kilómetros. A cada paso me preguntaba qué hacía cargando a un bebé de una semana de nacido, en la total oscuridad, por una calle rural por la que sólo había pasado dos veces en mi vida. Mi mayor preocupación era que me atraparán. Entonces me pregunté si me encarcelarían por llevarme a Lucas.

No recordaba si alguna vez había conversado de la abuela con Lorena. Creía que no. De hecho, hablábamos de lo que pasaban en la televisión o de los compañeros de la escuela y casi nada de nuestras familias. Me contó que su padre era un vendedor que se la pasaba lejos de casa casi todo el tiempo y, cuando conocí a su mamá, no me sorprendió que así fuera. Supe también que tenía una hermana menor.

En la pensión nadie tendría la menor idea de a dónde había ido, eso era seguro. Sin embargo, la policía averiguaría muy pronto que mi mamá estaba en California. Brian, Belton y los demás chicos estaban enterados de ello. Cuando supe que se iba, hice mucho alboroto en la escuela, aparentando que me sentía orgulloso de que ella empezara una

buena vida; contaba que yo iría a California para visitarla y conocer chicas. Pero no sería tan fácil para la policía encontrar a mamá, porque ahora usaba otro nombre. Y ella, a lo mejor, no les contaría de la abuela. Uno nunca sabe lo que mamá puede hacer. ¡Dios!, ¿hice lo correcto?

Caminaba por una orilla de grava, lejos del pueblo; unas pocas luces de las granjas iluminaban mi camino. No había autos. Nadie iba a la playa a finales de septiembre aunque no hacía frío y el clima era agradable, suficientemente fresco como para que me sintiera cómodo caminando, y había un millón de estrellas.

Iba a sacar a Lucas de la chamarra para cargarlo un rato y poder mirarlo y hablarle, pero pensé en lo calentito y contento que estaba ahí dentro. En realidad sólo quería verlo para no pensar que lo mejor que podía hacer era dar media vuelta, subir a un autobús, regresar a Toronto y llevarlo al hospital. Y aceptar mi castigo, fuera el que fuera.

Es más, ni siquiera sabía bien a bien por qué me lo había llevado. Todo era culpa de Lorena. Si hubiera estado dispuesta a quedarse con Lucas, yo no me hubiera metido en este lío. Era tan indefenso que alguien debía alejarlo de las manos de personas que no son de fiar, que te hacen creer que se preocupan por ti y luego, ¡puff!, ni siquiera puedes encontrarlas.

Por lo menos dejé claro que cuidaría a mi hijo. Si tan sólo me lo pudiera quedar, él estaría bien.

Pasé frente a algunas cabañas, todavía a cierta distancia del mar. La casa de la abuela estaba justo en la playa, a cierta distancia del agua. Cuando la visitábamos me imaginaba que vivía en un barco.

No quedaba muy lejos del sitio donde la calle se encuentra con la playa, según recordé. Junto, en una gran casa blanca con terraza al frente, vivía un niño que se llamaba Tom. Cuando yo tenía diez años los dos salíamos a divertirnos. A las siete de la mañana tocaba en la ventana de mi recámara

## Cuatro

y nos dirigíamos hacia las colinas de arena, a explorar, brincar, correr y deslizarnos hasta que, casi agotados, regresábamos a la playa y nos metíamos al agua.

Ahí estaba la cabaña blanca, asomándose entre la oscuridad como una casa embrujada, apenas visible gracias a un foco que colgaba en la puerta trasera de la pequeña cabaña azul de junto; ésa era la casa de la abuela. Había una camioneta Toyota azul estacionada en la entrada.

Ahora que finalmente estaba ahí, me detuve y escuché mi corazón palpar; sentí que todo se me venía encima. Pero ése no era el estilo de Mateo Wilson. ¡Claro que no!, ¡adelante! Tenía que caminar hasta la puerta trasera y tocar fuerte.

—¿Quién está ahí? —se escuchó la voz de la abuela con un tono ligeramente de temor. Un perro ladró fuerte una vez—. ¡Quieto, King! —el ladrido se convirtió en una serie de gruñidos.

—Soy yo, abuela. Mateo, tu nieto —le grité, sintiéndome realmente idiota.

LA abuela abrió la puerta, pero ésta se encontraba asegurada con una cadena. Así que se asomó por la rendija mirándome a través de sus anteojos.

—¿¡Mateo! —dijo sorprendida—. ¡Pero si eres tú! ¿Y qué...? —quitó la cadena y abrió la puerta—. Entra, querido. Válgame Dios, ¿y qué haces aquí?

Resultó que el perro era un pastor alemán, algo viejo y nada amistoso, pero por lo menos no me saltó encima, guardó la distancia y se quedó como a la espera de alguna orden. No puedo describir lo bien que me sentí cuando entré en la acogedora cabaña, como un cachorro perdido que vuelve a encontrar su casa; dos cachorros, mejor dicho, si contamos a Lucas.

La última vez que vi a la abuela fue una Navidad que nos invitó a mamá y a mí a cenar pavo en su departamento. No había cambiado: su cabello era canoso, sus ojos azules y brillantes, no suaves y ahumados como los de Lorena, pero astutos, como si no estuviera dispuesta a aguantar tonterías de nadie. Y siempre se veía bien. Traía un conjunto deportivo color rosa.

—¿Saliste a trotar a la playa, abuela? —le pregunté con una sonrisa.

Ella no sonrió.

—¿Cómo llegaste hasta acá, Mateo? —me cuestionó con agudeza—. ¿Acaso ya tienes carro?



No pude contestar. Lucas despertó, probablemente por que hasta ese momento me quedé completamente quieto unos instantes, y comenzó a pegar de alaridos. Nunca lo había escuchado gritar tan fuerte.

Tengo que reconocer que la abuela supo controlarse. Estiró la cabeza, sus anteojos se deslizaron por su nariz y puso las manos en las caderas.

—Trajiste a ese bebé aquí —me reclamó.

Respondí a gritos, pues para entonces Lucas lloraba en serio.

—No sabía que supieras de él.

—Antes de irse a California, tu mamá me dijo que tu novia estaba embarazada. ¡Por Dios, saca a esa pobre criatura de ahí! —me gritó, y abrí mi chamarra, solté el suéter y puse cuidadosamente a Lucas en sus brazos.

—Supongo que olvidaste traer su fórmula.

Y al ver mi cara de incomprensión, añadió:

—Su leche. Lo que bebe.

—Ah, sí. Pero ya se lo tomó todo —saqué el biberón de mi bolsillo.

—Toma —me devolvió a Lucas—, voy por unas toallas para usarlas como pañales y tú lo cambias. Tengo mucha leche en lata y con agua hervida y un poco de azúcar, puedo prepararle algo —se hizo cargo de la situación en un instante, como si le diera gusto hacerlo.

No me preguntó nada hasta que Lucas estuvo seco y arrojado en una cobija suave. Sacó un cajón del tocador de un cuarto y lo puso en la mesa de la sala frente a la chimenea; lo cubrió con más cobertores y acostó a Lucas ahí. Él la miró una vez, cerró los ojos y se quedó dormido.

—He de reconocer que es adorable —murmuró para sí misma y luego se enderezó.

Yo me preparé para lo que creía que estaba a punto de venir, pero todo lo que dijo mi abuela fue:

—Debes estar muerto de hambre.

Y se puso a preparar sándwiches y té, que colocó encima de la mesa de la cocina. Eso me dio tiempo para echar un vistazo. La cabaña no era tan grande como yo la recordaba, pero era un lugar agradable. Tenía dos recámaras, un baño, cocina con estufa de madera y una mesa debajo de la ventana que tenía vista a la playa; además, había una sala con chimenea y un enorme calentador.

—Se ve que estás muy cómoda aquí, abuela —le dije, como si sólo hubiera pasado a visitarla.

—Mateo, no te molestes en disfrazar esta conversación —se sentó a la mesa frente a mí y se sirvió una taza de té—. Más vale que comiences a contarme todo desde el principio. Dime exactamente qué está sucediendo.

No había forma de esquivar su mirada inteligente. Comí los sándwiches dándole uno que otro trago al té y le conté lo que había sucedido desde Navidad: lo del trabajo antes de que mamá se fuera, cómo me despidieron a finales de julio, y lo de mudarme al centro a una pensión. Después le dije lo que había ocurrido en la última semana. Y mientras hablaba, no podía dejar de pensar que jamás nos permitiría quedarnos en su casa.

Me escuchó hasta el final. Sabía cómo escuchar, algo que mamá nunca aprendió —si querías contarle algo, te interrumpía a la primera oportunidad con un cuento que nada tenía que ver con lo que tú tratabas de decirle—. Pero la abuela no lo hizo así: ella me escuchó atentamente. Y cuando terminé mi relato, cerró los ojos un momento, como si pensara con más claridad al no verme.

—Bueno, claro que puedes pasar la noche aquí —dijo lentamente, como no queriéndome dar muchas esperanzas—. Pero lo que hiciste va contra la ley, me parece. Por lo menos, ya causaste muchas molestias al hospital, a Lorena y a su mamá.

Fue un alivio que no me dijera: “Lo primero que vas a hacer mañana temprano es regresar a ese bebé”. Por el contrario, dijo:

—Hay un buen abogado joven en el pueblo. A lo mejor podemos pedirle ayuda. He querido conseguir una línea telefónica antes del invierno, pero aún no la tengo. ¿No deberías hablarle a alguien, a Lorena, por ejemplo, o al hospital, para decir que tú y el bebé están aquí?

—Dejé una nota —le contesté de inmediato—. Saben que yo lo tengo y que está bien —pero no le dije que en la nota no había escrito adónde me lo llevaba.

—Bueno, supongo que si saben que está aquí, pueden venir por él si quieren —dijo, dudándolo un poco. Y entonces sonrió cariñosamente—. Me da gusto verte. Nunca me había quedado en la playa en esta época del año y me alegra tener compañía. No hay nadie a varios kilómetros a la redonda. La casa de junto también estuvo vacía durante el verano. La quieren vender, pero eso les está costando trabajo, hay que cambiar todo el sistema de drenaje. Y claro, por dentro se cae a pedazos.

Comenzaba a divagar un poco, como lo hacen las personas que llevan tiempo sin hablar con alguien. Ya había notado que algunos de los que vivían en la pensión hacían lo mismo, hasta me agarraban de la chamarra en el pasillo para detenerme y desahogarse de todo lo que traían guardado.

De pronto, la abuela se detuvo como si leyera mi mente.

—Debes estar cansado. Ahora duermes bien. Yo me encargo del bebé si despierta.

Dejé la puerta del cuarto abierta para que entrara el calor de la sala. Lo último que vi antes de dormir fue a la abuela, en su conjunto rosa, sentada en una silla de mimbre, con los brazos cruzados y mirando fijamente a Lucas.

Creo que el bebé lloró durante la noche, pero la abuela debió de cuidarlo porque, aunque en algún momento desperté, me volví a dormir. Ya era de mañana la siguiente vez que abrí los ojos. Por un instante creí que estaba en la pensión otra vez, y no entendía cómo entraba tanta luz del sol en el cuarto.

Me levanté, me vestí y fui a la sala. Lucas dormía en el cajón, pero se había girado un poco, así que el calor de la chimenea le daba directamente. King hacía guardia en la puerta que da a la playa. Observaba todos mis movimientos sin hacer ruido, como si supiera que no debía despertar a Lucas.

Nunca tuve un perro y, a decir verdad, no sentía especial interés en acercarme a él. Abrí la puerta y, en el último momento, lo llamé:

—¿Vienes, King?

Cruzó la cocina silenciosamente y salió conmigo. Él se fue por su camino y yo rodeé la cabaña en dirección al agua.

Allí estaba el mar, azul y verde, resplandeciente como una enorme gema —excepto porque se movía—, recolectaba las olas que chocaban contra la playa. Era tan hermoso que me quedé sin aliento. Pateé una piedra con mi tenis lo suficientemente duro para que doliera, tan sólo para asegurarme de que no estaba soñando, acostado en la cama de esa deprimente pensión.

Había agua por todos lados, hasta donde alcanzaba a ver, excepto detrás de la cabaña de la abuela. Sabía que al sur estaban las colinas, y al norte, más playas, pero la neblina ocultaba todo. Hacia el oeste, tan sólo agua y cielo. King se acercó a mi lado y los dos nos quedamos quietos unos instantes. Rezaba para que Lucas y yo nos pudiéramos quedar ahí, en ese hermoso y tranquilo lugar, por lo menos un tiempo.

De regreso en la cabaña, preparé el té para que la abuela viera que no era un inútil, y que no iba a ser una carga para ella. A los pocos minutos se levantó, ahora vestida con un conjunto deportivo azul.

—Voy a hacer una lista de lo que necesitamos para Lucas —dijo en un tono profesional. Se colocó los anteojos y se sentó con papel, lápiz y una taza de té en la mesa de la cocina—. Apenas terminemos de desayunar voy al pueblo a conseguir las. También pasaré a la oficina de correos para revisar si tengo correspondencia y compraré el periódico.

No mencionó nada del abogado, pero pensé que quizá también iba a eso y no me lo quería decir.

Observé su rostro, tratando de adivinar qué pensaba. ¿Llamará a la policía? No podía creer que hiciera toda esa farsa de la lista de cosas para el bebé si no iba a permitir que nos quedáramos. O, ¿lo hacía sólo para mantenerme ahí mientras llegaban?

King gruñó y después lanzó tres fuertes ladridos.

—Alguien viene —dijo la abuela, y unos minutos después, escuchamos que tocaban en la puerta de atrás. Mi primer impulso fue tomar a Lucas y salir disparado por la otra puerta, pero la abuela movió la cabeza y fue a ver de quién se trataba.

—Hola, Jim —escuché que decía—. Ven, entra, tengo compañía. Mis dos nietos. Los niños de mi hija: Mateo y su hermanito, Lucas.

Jim Benson era un tipo grande, como de la edad de mi mamá, unos cuarenta años o un poco más. Estaba casi totalmente calvo, le colgaban unos mechones de cabello castaño por encima de los oídos y detrás del cuello. Era puro músculo debajo del pantalón de mezclilla y la camisa a cuadros.

—Le echaba una ojeada a la casa de los Morrison aquí junto y se me ocurrió venir a visitarte y ver cómo estabas —le dijo amablemente a la abuela.

Se sirvió té, tomó una taza de las repisas junto al fregadero como si hubiera estado en la cabaña muchas veces. Ese fue el momento que Lucas eligió para despertar, primero tomando aire y, después, cuando se dio cuenta de que no estaba dormido, con un buen alarido.

Jim Benson jaló una silla de la cocina y se sentó a horcajadas, mirando con ojos astutos cómo la abuela se acercaba al cajón-cuna y levantaba a Lucas, recargándolo en su hombro para acariciar su pequeña espalda.

En la mirada de Benson había algo más que curiosidad, como cuando alguien planea tomar ventaja de una situación.

No sé por qué pensé eso. Era muy agradable y se veía que la abuela se llevaba bien con él. Pero yo había visto esa mirada en los tipos que vagaban por los arcos que estaban cerca del departamento, y también en los más jóvenes de la pensión.

—Entonces, ¿dónde está tu mamá? —me preguntó de pronto, dándose vuelta sobre la silla de la cocina para mirarme fijamente.

—En California —dije brevemente.

—¿No te había contado que mi hija se volvió a casar, Jim? —le preguntó la abuela—. Su nuevo esposo se la llevó a California. Así que los muchachos se van a quedar conmigo, por lo menos un rato, hasta que tenga todo listo, entonces se van a ir para allá. Ya sabes, cuando el bebé tenga edad suficiente para viajar.

La abuela sí que estaba armando un buen cuento de todo esto.

—El bebé es demasiado joven como para dejarlo, ¿no? —preguntó Jim con cara de que no creía una palabra de lo que escuchaba.

—Sí, claro, mi yerno tenía que irse a California y mi hija lo acompañó, dado que el bebé está bien y sano. Ayer los traigo —dijo tranquilamente. Todo ese tiempo sostuvo a Lucas con una mano mientras calentaba el biberón con la otra.

—Dámelo, abuela, yo lo cargo —no me gustaba estar sentado del otro lado de la mesa, frente a este hombre que quería saber tantas cosas.

—¿Vino en carro? —cuestionó Benson—. Ayer no vi que pasara un carro desconocido frente a mi casa.

—Jim vive en la calle que llega a la playa —me explicó la abuela, sin contestarle—. Él es de aquí; los visitantes del verano no se las arreglarían sin Jim. ¿Has tenido suerte con la venta de la casa de los Morrison?

—Ninguna, y ya terminó la temporada. Están desesperados, no pueden pagar ni los impuestos ni la energía eléctrica. ¿Sabes?, Morrison perdió su trabajo. Hasta bajaron el precio

de la cabaña, pero nadie la quiere. ¿Vas a regresar pronto a la ciudad?

—No, estoy decidida a quedarme este invierno. Y ahora tengo compañía. Es otra de las razones por las que mi hija dejó aquí a los muchachos. Mateo, dale de comer a Lucas y tranquilízalo mientras voy al pueblo por las cosas que necesitamos —me pasó rápidamente al bebé y el biberón, y desapareció en su recámara.

—¿Tienes trabajo, Mateo? ¿O vas a ir a la escuela en Midvale? —Jim lanzó la pregunta.

—Me gustaría trabajar. ¿Sabes de algo disponible por aquí? —le contesté.

—Tengo un contrato para talar los árboles de la zona de reforestación que está cerca de aquí —me dijo, y entonces entendí el porqué de la pregunta. Jim Benson no era la clase de persona que habla sin motivo alguno—. Me serviría la ayuda de un joven fornido como tú. Pago en efectivo. Sin contrato, nada.

“¿Cómo es que supo que me llamaría la atención?”, me preguntaba.

—Seguro —le dije—, ¿cuándo empiezo?

—Te veo en mi casa el lunes, a las seis de la mañana. Tu abuela te dirá dónde es. Bueno, ya me voy. Nos vemos, Clara —gritó en dirección a la recámara de la abuela. Y antes de cruzar la puerta me dijo:

—Haz eructar al bebé o lo lamentarás.

Saqué rápidamente a Lucas del cajón-cuna donde lo acababa de acostar.

—¿Qué quiso decir con eso de que lo hiciera eructar? —le pregunté a la abuela cuando vi que Benson se había ido.

—Recárgalo contra tu hombro y palmea suavemente su espalda. Más vale que aprendas desde ahora. También tienes que cambiarlo. Usa las toallas suaves. Y no lo acuestes hasta que no escuches un eructo fuerte y claro. Sabes cómo suena eso, ¿verdad? —y se fue.

No me salía tan mal el asunto del pañal, aunque Lucas no dejaba de mover sus pequeñas y flacas piernas como si anduviera en bicicleta.

—¡Las cosas están mejorando, amigo! Los dos estamos secos y ya comimos. Todo un avance en comparación con la noche de ayer.

Di unos cuantos pasos de baile por la cabaña, sosteniendo a Lucas y frotando su espalda, pero todo lo que obtuve fue que le diera algo de hipo. La abuela regresó del pueblo con el periódico de Toronto, además de pañales, ropa para bebé, leche y biberones de plástico desechables.

—Ahora todo es desechable —se quejó.

Pero era evidente que se había divertido consiguiendo todas esas cosas. Tan pronto como pude, hojeé discretamente el periódico de la primera a la última página, y en la tercera sección encontré este breve párrafo: “Un bebé de una semana fue sacado del hospital Scarborough por su padre. La policía está en el caso, pero no se han dado nombres porque ambos padres son menores de edad.”

—Mañana vendrán de la compañía de teléfonos —me dijo la abuela mientras guardaba las cosas de Lucas—. Pensé que con el bebé aquí, lo mejor es tener un teléfono. También conseguí un asiento de bebé para la camioneta.

Me sorprendí de lo rápido que pasaron los siguientes días. Había más cosas que hacer en la cabaña de lo que uno se hubiera imaginado, como cortar madera para la estufa de la cocina, aunque casi no la necesitábamos pues el clima era cálido y soleado. La abuela también tenía ventas para tormentas, que era necesario colocar para pasar el invierno.

—¿Sabes manejar? —me preguntó la primera noche durante la cena.

Cuando negué con la cabeza, me dijo:

—Entonces habrá que llevarte por los caminos del campo. Podemos amarrar a Lucas en su asiento. Y la próxima

vez que vayamos al pueblo, sacamos tu permiso provisional para conducir.

La cabaña era acogedora y parecíamos una familia. Una familia rara: una señora grande, un bebé pequeño y yo. Afuera, todo era tan hermoso, como la foto de un libro, nada más que en vivo, con aire para respirar profundamente, el sol que te tocaba, y el agua que te acariciaba. Todas las mañanas iba a la sala, me paraba junto a la ventana y contemplaba la bahía. Los colores nunca eran iguales. Las mañanas eran sobre todo azules, pero una solitaria nube que cruzara frente al sol podía darles una tonalidad azul oscuro o gris. Cuando el viento azotaba las olas, el agua se tornaba verde esmeralda. Y más tarde, a medida que el sol se inclinaba hacia el horizonte occidental, parecía plata fundida que se extendía sobre el mar.

En lo que duró el viaje a Midvale y la caminata hasta Sandy Beach, mi vida cambió totalmente. No sabía qué tanto necesitaba una buena comida hasta que me senté a disfrutar los guisos de la abuela. Las últimas dos semanas en la pensión sobreviví con pan, crema de cacahuete y un bote de leche. Las cejas de la abuela se alzaron cuando vio que me serví no dos, sino tres veces puré de papa y guisado, pero no dijo nada, sólo fue al pueblo y trajo más comida. De seguro le estaba costando una fortuna, pero no podía dejar de comer.

Pasar el día con la abuela y con Lucas era toda una novedad. No había lugar en la cabaña para estar solo, a menos que te encerraras en una recámara. Lo hice varias veces, pues me había acostumbrado a estar solo en la pensión.

Quería aprender a cuidar a Lucas, no me gustaba que la abuela tuviera que encargarse de todo. La primera vez que me enseñó a bañarlo en una vasija para lavar platos, encima de la mesa de la cocina, fue algo muy divertido. La abuela se comportó como si bañar a un bebé no más grande que un balón de fútbol fuera toda una hazaña. Primero, acomodó en una charola una serie de botellas pequeñas y frascos

llenos de algo que no sé qué era; después, se arremangó la blusa y amarró una toalla grande alrededor de su cintura. La temperatura del agua tenía que ser exactamente la adecuada. Cualquiera hubiera creído que era un experimento de ciencias, ya que una y otra vez metía su codo en el agua mientras yo sostenía a Lucas, envuelto en una toalla para que no le diera frío. La abuela había calentado la cocina con la estufa tanto que me sentía hervir.

Cuando lo metió suavemente en el agua y le untó burbujas de jabón, se volvió tan resbaladizo que fue necesario que lo sostuviéramos los dos para sacarlo. Acabamos tan mojados como Lucas. A él parecía no importarle todo ese ajeteo. Juraría que se resbaló a propósito sólo para divertirse.

Aunque no lloraba con tanta frecuencia como otros bebés que recordaba del edificio de departamentos, sí que podía hacerlo fuerte y claro cuando yo dormía más profundamente, alrededor de las tres de la mañana. Las primeras noches la abuela se levantaba para atenderlo, mientras yo daba vueltas sobre el colchón, entre las sábanas limpias que olían a luz del sol, y me quedaba todavía más dormido que antes, al recordar que no estaba en la pensión. Tengo que admitir que en ese entonces no sentía celos de la abuela por encargarse de Lucas.

La tercera noche, sin embargo, me dijo:

—Si Lucas se despierta, tendrás que levantarte. Yo necesito dormir una noche entera.

Me dio tanto miedo que nos echara que no dormí, esperando el primer grito. Lucas se veía furioso como el demonio, con la cara roja, la frente arrugada hasta los ojos y tirando golpes con sus pequeños puños a todos lados del cajón. Le susurré:

—Tranquilo, amiguito.

Y entonces desapareció toda esa furia. Abrió un ojo y después el otro, moviendo su puño en dirección a su boca. Cuando lo levanté, sabía que deseaba que lo abrazara.

Después de que le di de comer, lo acerqué a la ventana principal. Aunque la abuela no dejaba de decirme que aún no veía bien, yo juraría que miraba las olas que tocaban la playa bajo la luz de la luna. Tenía los ojos serenos. Puse mi dedo en la palma de su mano y lo encerró en su puño tan fuerte como pudo.

La abuela y yo nos llevábamos bastante bien. Yo siempre había creído que era la clase de persona en la que se puede confiar. Su esposo murió en la guerra y ella sola se encargó de mamá. Cuando papá nos abandonó, pidió unos días de vacaciones para quedarse con nosotros, pero luego se peleó muy fuerte con mamá, porque consideraba que estaba saliendo demasiado por las noches. Entonces mamá le dijo que se fuera, que yo ya era suficientemente grande para estar solo. Después, la veíamos sólo en ocasiones, como Navidad, aquí en la cabaña. Nunca culpé a mamá por sus salidas. No era divertido estar encerrada en la casa con un niño.

Y la abuela no era de las que se lamentaban. Nunca dijo nada sobre mamá, retomó nuestra relación desde esa noche que aparecí en la puerta de la cabaña y de ahí en adelante todo fue como nuevo.

Jim Benson seguía sin caerme bien, pero de cualquier forma acepté su oferta de trabajo. Necesitaba obtener dinero rápidamente para hacerme cargo de Lucas. La abuela, junto con Lucas, que parecía un bulto en el asiento para auto, me dejaron el lunes temprano frente a la granja de la familia Benson, tal como lo habíamos acordado. Aún estaba oscuro, pero había suficiente luz en la casa. Caminé por un sendero de tierra, atravesando campos tupidos con algo parecido a los árboles de navidad. Pensé que ese lugar era donde iba a trabajar. Apreté la bolsa de mi almuerzo con una mano y con la otra toqué en la puerta lateral.

Desde algún sitio detrás de la casa, un perro ladró y un joven salió del establo para dirigirse hacia donde yo estaba.

—Hay que levantarse temprano en el campo, las vacas no duermen durante el trabajo —me gritó. Sus palabras eran suficientemente amables, pero entendí que pensaba que era un tipo alzado de la ciudad que nunca encajaría en una granja.

—¿Eres tú, Mateo? —se asomó Jim por la puerta de la casa—. Entra y toma una taza de café. Nos vamos apenas Charlie termine de ordeñar —y entonces le gritó a Charlie—: ¡éste es Mateo Coulter!, el nieto de la señora Coulter.

Decidí no corregir lo del nombre. La cocina de la casa era enorme, debía de ocupar la mitad de la planta baja. Era bonita, limpia y reluciente. Un enorme gato anaranjado estaba sentado sobre una mecedora al lado de la estufa de madera. Tomé una taza grande de buen café fuerte y comencé a ser más amistoso con Jim Benson.

Jim, Charlie y yo nos apretujamos dentro de la cabina de una camioneta de carga justo cuando el sol comenzaba a mostrar una luz rosa aperlada en el cielo del este. Pasamos los árboles de navidad y salimos al camino.

—Si sigues aquí en un mes o más, podrías darme una mano para cortar estos árboles —dijo Jim, lanzándome una mirada perspicaz.

Sujeté mi bolsa de almuerzo y esperé a ver adónde me llevaba. Era a unos veinte kilómetros de la playa, en dirección contraria a Midvale.

—Casi toda la tierra de aquí es buena para los pinos —me dijo Jim cuando, finalmente, nos detuvimos en un atajo de grava rodeado por pinos que se extendían hasta donde alcanzábamos a ver—. Tengo un permiso para talar los árboles en esta parcela —me explicó—. Pago una cuota y puedo aprovechar los árboles hasta donde está permitido. Después corto la madera y la vendo como leña para fuego. No es un mal negocio. El dueño de la tierra es el gobierno.

Nos bajamos de la camioneta y sacó dos sierras mecánicas que traía atrás.

—Hoy ayuda a Charlie —me dijo—. Los que podemos cortar están marcados con una tira roja de plástico.

Charlie alzó una sierra sobre los hombros y se dirigió con pasos seguros por un sendero terroso sin voltear a verme. Arrojé mi bolsa de almuerzo dentro de la camioneta y corrí tras él.

Era un trabajo realmente duro y yo no estaba en condiciones para hacerlo. Sólo talábamos árboles pequeños. Mientras yo los sostenía, Charlie encendía el motor de la sierra y los cortaba.

Tenía que empujar con todas mis fuerzas para contener el poder de la sierra. Un par de veces Charlie se acercó peligrosamente a mis piernas.

—Cuidado —gruñía y se iba a otro árbol, dejándome atrás para que arrastrara el que acababa de cortar, lo llevara al claro y lo subiera a la camioneta.

Jim trabajaba en la siguiente hilera de árboles hacia abajo y, cuando regresé corriendo del claro para alcanzar a Charlie, vi que el árbol que cortaba no tenía la tira roja. “Quizá se las quita antes de cortar”, pensé.

Pero más tarde, una camioneta de recursos naturales de la provincia entró al claro. Un joven con bigote, que vestía una camisa verde oscuro, salió y fue a hablar con Jim.

—Cortaste árboles que está prohibido talar —escuché.

—¡Oh!, seguro el chico los cortó por error —le dijo Jim tan tranquilo—. Unos árboles aquí y allá no harán gran diferencia.

—Bueno, échale un ojo a lo que está cortando —dijo el tipo y se me quedó mirando.

Quería decir algo, pero no lo hice, pues en realidad necesitaba el trabajo. Antes del mediodía los hombros ya me dolían. Para cuando empacamos y nos dirigimos a casa, también mis piernas estaban adoloridas, la espalda me estaba matando e incluso los ojos me ardían por el viento, el sol y el polvo de la madera.

—Más vale que uses las gafas protectoras, tus ojos están rojos —rompió Charlie el silencio—. Y unos guantes gruesos —me miró de arriba abajo como si yo fuera basura—. Apuesto a que nunca habías trabajado tan duro desde el día que naciste.

—Serás bueno, Mateo, una vez que te acostumbres —Jim me había alcanzado y puso su brazo sobre mi hombro.

No sabía qué me molestaba más: la hostilidad declarada de Charlie o la empalagosa amabilidad de su padre.

El trabajo me gustaba, a pesar de mi adolorido cuerpo y de la compañía de Jim y Charlie —de la cual podía prescindir—. Al principio me pareció demasiado silencioso, especial. Pegaba un brinco siempre que la brisa hacía cascabelear las hojas muertas. Pero entonces, comencé a escuchar algunos sonidos en el silencio, como si mi oído se hubiera agudizado: crujidos de animales pequeños, peludos y tímidos del bosque; repentinos alaridos que indicaban que una urraca azul había venido por piñas.

Me gustaba el olor de las agujas de pino y de la madera fresca, el azul claro del cielo y el dulce calor del sol, el aire que no traía ningún aroma artificial. ¡Dios!, hasta me empezó a gustar la sensación del cuerpo adolorido por el trabajo. Cuando vivía en la pensión, odiaba pasar horas acostado en mi cama sin hacer nada.

—Iremos mañana otra vez —dijo Jim cuando bajé de la camioneta al final de su calle—. Aquí dependemos del clima. Hay que hacer todo lo que podamos mientras el clima lo permita.

Al día siguiente, Lucas cumpliría dos semanas de vida; en ese tiempo nadie vino a buscarlo. No podía creer que todo hubiera sido tan fácil.

## Cinco

LA única explicación era que la policía aún no se había enterado de la existencia de la abuela, aunque en el viejo edificio de departamentos había quienes la conocían; y quizá alguno de los inquilinos más viejos hasta llegó a verla. Por otro lado, los vecinos de ese edificio eran personas discretas, especialmente cuando se trataba de hablar con la policía.

¿Y mamá? Si le hablaban por teléfono, quién sabe qué les diría. La policía imaginó, probablemente, que me había llevado a Lucas con ella. Tal vez enviarían a la policía de Glendale para interrogarla. Eso le encantaría al tipo con el que se casó.

Pronto pude encargarme de Lucas. Junto con la abuela, los tres entramos en rutina tan rápido como si siempre hubiéramos vivido así. A mi regreso del trabajo, tras caminar de la granja de los Benson, Lucas se despertaba. Mientras la abuela hacía la cena, yo caminaba por la playa, cargándolo, con King detrás.

Me sentía tan seguro de tenerlo que, incluso, imaginaba a Lucas un par de años mayor, corriendo tan rápido por la playa que yo tendría que ir a toda velocidad para alcanzarlo. Pensé que debía ponerme a afinar mi natación para poder enseñarle a Lucas. Años antes, en una ocasión que vine a la cabaña con mamá y papá, la abuela me compró lo que ella llamaba “alas acuáticas”, pues yo tenía miedo de ir más

allá de donde el agua me llegaba a la cintura, porque las olas de la bahía podían cubrirme totalmente con el mar picado. Pero ella me colocó los artefactos en la parte de arriba de mis brazos y entró al agua conmigo. Fue algo mágico. Pude chapotear y brincar en las olas, y rebotaba como corcho. A lo mejor esas alas todavía estaban en algún lugar de la cabaña.

El viernes temprano, durante el desayuno, la abuela dijo:

—No deberías pasar todo tu tiempo libre con una vieja y un bebé. Hoy hay un baile en la arena del pueblo, ¿por qué no vas?

—No tengo cómo ir —le contesté de inmediato. No quería quedarme solo como dedo pulgar en un baile de pueblo pequeño.

—Charlie Benson va a ir. Le voy a pedir que te lleve —no había manera de detener a la abuela una vez que tenía una idea. Colocó a Lucas en su asiento y me llevé en la camioneta hasta la casa de la granja. Pude oír que Charlie le contestó:

—Ajá, seguro —antes de entender del todo lo que la abuela le pedía.

Después del trabajo, cuando me bajé de la camioneta, Charlie murmuró entre dientes:

—Nos vemos aquí antes de las ocho.

No podía decirle que no a la abuela, así que al cuarto para las ocho estaba en la casa de la granja con la única camisa decente que la abuela había rescatado de mi mochila. Charlie también lucía muy elegante. Era grande y tosco, pero tengo que admitir que era bien parecido. Supuse que conocería a todas las niñas del pueblo y que me presentaría a algunas, por lo menos a las feas.

Pagamos los boletos de entrada y nos sellaron el dorso de la mano como contraseña. Así, para cuando entramos en la arena, ya me estaba emocionando el asunto. No iba a un baile desde que salía con Lorena, es decir, hacía mucho, mucho tiempo.



—Nos vemos en la camioneta cuando esto termine —me gritó Charlie de paso y me dejó solo.

Tomé las cosas con calma, decidiendo qué hacer. La banda era buena. Era mejor cuando tocaba rock pesado, pero la mayoría eran canciones para bailar. Lo que me llamó la atención fue que la gente se la pasaba bien. Nadie se veía aburrido. Los hombres seguramente habían trabajado duro todo el día y aun así bailaban con tantas ganas, que parecía que en cualquier momento las vigas del techo exudarían vapor.

Entre la multitud de más o menos sesenta personas no había muchas mujeres solas. Me di la vuelta cuando vi a unas *groupies* que me observaban, secreteándose y riéndose. Una de ellas chifló. En una silla, junto a la puerta, estaba sentada una rubia bastante bonita. Me dirigí hacia ella, pero el tipo que sellaba las manos estiró su brazo y la acarició. ¡Oops!

Incluso tenía miedo de hablar con cualquier chica que conociera a todo el pueblo. Podría contarles sobre mí y entonces, empezaría las preguntas acerca de quién era y de dónde venía. Ya pensaba que no había sido buena idea haber ido. "Podría sentarme a escuchar la música", pensé, pero ¿durante cuatro horas? Así llamaría más la atención que bailando. Me quedé parado en la orilla de la pista de baile y, a propósito, decidí buscar a la chica más solitaria del lugar.

—¿No eres de por aquí verdad?

Creo que hasta salté cuando habló, estaba detrás de mí. Era una chica de apariencia muy saludable. No quiero hacerla menos por eso. También era muy guapa, casi tan alta como yo, de manera que eché una mirada para ver si traía tacones o zapatos bajos. Su cabello era castaño, brillante y corto, y su piel, bronceada en tono claro. Su apariencia era la más opuesta a la de Lorena.

—Siempre uso zapatos bajos en los bailes —dijo con una sonrisa de oreja a oreja. También era lista.

—¿Quieres bailar? —le pregunté en ese momento, sin saber qué era lo que se acostumbraba en Midvale—. Soy el nieto de la señora Coulter, me llamo Mateo, Mateo Coulter. También la dejé pensar que ése era mi nombre.

—Pam Kelly —dijo, dándome su mano firme y fuerte. Era buena bailarina. Me di cuenta de que se estaba reprimiendo un poco y que, con un mejor bailarín, sería todo un espectáculo. No es que me hiciera sentir que no era bueno, sino que se acopló a mi forma de bailar.

—Tengo adolorida la espalda —le dije.

—¿Por qué tengo la idea de que eres un chico de la ciudad? —sonrió.

—¿Se nota tanto?

—¡Bah!, supongo que no puedes evitarlo.

Después de eso me relajé un poco e, incluso, traté de lucirme. La banda se tomó un descanso de veinte minutos, así que le compré un refresco en el puesto que pusieron los scouts de Midvale. Nos sentamos solos, en unas sillas plegables bastante duras, recargados contra la pared. No hablamos, pero cuando terminó su refresco, tiró el envase en un basurero cercano, se levantó y estiró las manos hacia mí.

—Vamos, chico de la ciudad. Quiero bailar contigo.

Sin duda me atraía. Bailamos todo el tiempo y nadie se acercó para hablarnos. Finalmente, como si supiera lo que yo pensaba, me dijo:

—No suelo venir a estos bailes. Tuve una pelea en casa, así que decidí venir. Pero me da gusto haberlo hecho.

Sus ojos eran transparentes, café claro, y veían directamente a los míos cuando lo dijo. Comencé a percatarme de que muchas personas salían discretamente y regresaban armando mucho más alboroto que cuando habían salido.

—Hay mucha bebida afuera. Ésa es una de las razones por las cuales no vengo —dijo Pam cuando vio a Charlie tropezarse con una silla y arrojarla contra la pared—. Y no quiero quedarme hasta muy noche. Me iré pronto.

La acompañé por unas calles oscuras hasta llegar a una casa de ladrillos pequeña y vieja. Cerca de la acera, nos despedimos:

—Gracias por traerme a casa, Mateo. Seguro nos veremos por ahí, si es que te vas a quedar con Jim Benson.

—Sí, nos vemos —le dije, sin saber qué más decir, pero cuando regresé a la arena no dejaba de chiflar de gusto. Con sorpresa, me di cuenta de que no había pensado en Lucas desde que salí de la cabaña.

Tuve que llevar a Charlie a su casa. Por suerte, la abuela me había sacado unas cuantas veces a manejar. Estacioné la camioneta junto a la granja y empujé a Charlie dentro de la cocina. Los Benson nunca cerraban su puerta. No creo siquiera que se acordara de cómo llegó a su casa.

Desde que Lucas y yo aparecimos por la playa, los días habían estado soleados y cálidos, y las noches, frescas; lo suficiente para prender la chimenea y cubrirnos con una cobija. Pero el domingo el clima cambió abruptamente.

—Te das cuenta por el agua —dijo la abuela. Y tenía razón. El movimiento de las olas era diferente, como si el agua estuviera intranquila—. Suelo cerrar la casa a partir del Día del Trabajo, así que nunca he visto una tormenta, pero me han contado que son espectaculares —la abuela se veía contenta.

De alguna manera, estaba seguro de que ella no se hubiera quedado tanto tiempo aquí, en la cabaña, si no hubiera ramos llegado Lucas y yo. Principalmente, Lucas. Si alguna mujer adoraba a un niño, era la abuela. El bebé siempre olía tan cálido y dulce, como los panecillos que preparaba la abuela en el horno, o como las sábanas y toallas que colgaba afuera para que se secaran. Aunque todo fuera desechable, el lavado de la ropa de Lucas nunca terminaba. Y ahora que yo trabajaba, la abuela era quien se levantaba casi todas las noches cuando Lucas lloraba, puntual como reloj, justo a las tres.

Me daba cuenta de que sin ella habría tenido que devolver a Lucas. Yo solo nunca hubiera podido encargarme de él y, al mismo tiempo, trabajar y ganar dinero para vivir. Pero no estaba tan agradecido con la abuela como debiera. La verdad es que todavía se retorció algo en mi interior cuando la veía cargando a Lucas, meciéndolo, cantándole. Yo quería ser todo eso para él; quería ser responsable de Lucas.

En la tarde, el viento aulló alrededor de la cabaña, golpeando las ventanas con arena, arrancando las hojas rojas del arco que la abuela tenía a un lado de la puerta trasera, columpiando los cables de la luz como si fueran cuerdas para saltar. El agua, de intranquila se volvió furiosa, las olas rompían cada vez más duro y fuerte hasta el grado que, si estábamos junto a las ventanas que dan a la playa, ya no nos escuchábamos.

—Uno se suele quedar sin electricidad durante estas tormentas. Así que lo mejor es que pongamos un poco de carbón en la estufa para toda la noche y nos metamos en la cama —dijo la abuela tranquilamente—. Voy a dejar mi linterna cerca por si debemos despertarnos por Lucas.

Pensé que me quedaría despierto toda la noche porque, de alguna manera, el clima se convierte en parte de lo que respiras cuando se vive junto al agua, pero me quedé profundamente dormido y desperté en la mañana con el ruido de un trueno. Me levanté y fui a sentarme al lado de Lucas, por si se despertaba asustado. La abuela siempre lo recordaba de lado, con una sábana enrollada contra su espalda, pues decía que si dormía boca arriba tendría gases. La pelusa amarilla aún cubría su cabeza, aunque la abuela dijo que se le caería y le crecería nuevo cabello. Decidí no discutir con ella; sin embargo, yo sabía que esa pelusa era todo su cabello. Tenía la cabeza mucho más grande que cuando nació. Las protuberancias de su frente estaban desapareciendo. Recostado de lado, no parecía que su cara fuera a lastimarse con sólo tocarlo con un dedo, como al principio.

King caminaba por la cocina como hacen los tigres en el zoológico, pero cuando abrí la puerta para que saliera, me lanzó una mirada llena de indignación y se acostó junto a la estufa. Arrimé una silla cerca de la ventana de la sala y observé cómo la tormenta cruzaba la bahía y se acercaba a nosotros. El viento había amainado, así que el agua estaba silenciosa; no obstante, era una quietud peligrosa, nada pacífica. Nunca antes le había puesto tanta atención a una tormenta.

Casi me estalla la cabeza. Los relámpagos llegaron como navajas zigzagueantes, como astillas de vidrio arrojadas contra el cielo. Los truenos chocaban a nuestro alrededor, haciendo temblar la cabaña. Lucas se despertó sobresaltado y lo levanté antes de que se asustara. Lo envolví en la cobija azul con elefantes amarillos y lo recargué en mi brazo para que también pudiera ver la tormenta. No lloró, ni con el crujido del trueno, a pesar de que creí que ese estruendo me rompería los tímpanos. Sin duda, tenía agallas.

Siempre que aparecía el fulgor del relámpago, observaba que el agua hervía haciendo olas espumosas sin patrón alguno, que chocaban entre ellas y se unían para arrojarse aún más adentro de la playa, más cerca de la cabaña. Para entonces, la abuela estaba despierta y junto a nosotros.

—¿Te preocupa que el agua se lleve la cabaña? —bromeé.

—Hasta ahora el mar nunca ha llegado a la cabaña— dijo—. Y tiene treinta años. Pero ahora hay menos playa que cuando la compré. Me asusta pensar en lo que podría pasar más adelante si el nivel del agua sigue subiendo, pero hoy estamos seguros. Es algo que está por verse.

Sin pensar, estiré el brazo y la abracé, acercándola a Lucas y a mí. Pero rápidamente quité el brazo, no era de éstos que se ponen empalagosos con las personas.

La tormenta duró más o menos una hora, fustigando las ventanas con lluvia, tanto que nos obligó a hacernos para atrás. La abuela dijo unas cuantas veces:

—Mejor voy a preparar café.

Pero no se movió de la silla que había acercado. Lucas debía estar gritando por su biberón de las tres de la mañana; sin embargo, permanecía pegado a mí, observando mi cara con su intuitiva mirada azul. Aunque King sí se movía: iba y venía de la cocina hacia la sala.

Cuando la tormenta acabó, comenzó a caer una lluvia constante. Eso significaba que no tendría trabajo durante unos días. La abuela, no obstante, me puso a colocar una clase de cubierta de vinilo en algunas ventanas de la cabaña y mientras lo hacía, pensé en Pam Kelly.

Después del almuerzo, sonó el teléfono. La abuela todavía no se acostumbraba a tenerlo en la cabaña, así que pegó un salto antes de levantar el auricular de la pared.

—Sí, Jim —dijo. Entonces hubo un breve silencio mientras ella escuchaba con atención—. ¿Hace cuánto tiempo? ¿Qué te hace pensar que vienen hacia acá?

Lo que sea que le hubiera contestado, la hizo palidecer, a pesar de su bronceado característico.

—Gracias por avisarme, Jim —añadió con tino prudente, antes de colgar.

Entonces me dijo:

—Jim Benson acaba de ver pasar una patrulla frente a su casa en dirección a la playa. Dice que sospecha que podrían estar buscándolos, a Lucas y a ti.

Mi mente se quedó en blanco. Estaba tan seguro de que la había librado. La abuela no levantó ni una ceja. Se acomodó los anteojos en la nariz y dijo:

—Envuelve bien a Lucas y llévatelo a la casa vacía de los Morrison. Jim deja la llave debajo de la puerta del cobertizo de la bomba del agua. Quédate allí unos diez minutos después de que la policía se haya ido. Yo averiguaré de qué se trata.

Entonces sí que me puse en movimiento. Rápidamente envolví a Lucas en una cobija gruesa, cubriéndonos con una vieja gabardina. Cuando salía, la abuela dijo:

—Curioso que esperaran hasta ahora para venir, si sabían que estabas aquí. Voy a guardar los pañales y los biberones de Lucas en el armario.

Ella pensaba que todo el mundo tenía conocimiento de que yo había traído a Lucas con ella. Y yo dejé que pensara eso. No había sido completamente honesto con la abuela. Así que me preguntaba si cuando lo descubriera, se enfurecería tanto como para entregarme, para no meterse en problemas por proteger a un criminal.

Encontré la llave justo donde la abuela dijo que estaría, abrí la puerta y entré a un sitio que parecía un granero. Hacía más frío que en una tumba; abracé a Lucas con fuerza para mantenerlo cálido. Recorrí la cocina, encontré una estufa destartalada y un refrigerador sin puerta, varias botellas de cerveza vacías amontonadas en el piso, viejas latas de pintura, sillas plegables y latas de líquido para encender parrillas. Llegué a un cuarto desde el cual podía ver la entrada de la casa de la abuela. Llegó una patrulla de la policía local con dos policías en el asiento de adelante.

Leyeron unas hojas antes de salir, ajustaron sus sombreros y caminaron lentamente hacia la puerta trasera de la cabaña. Miraron dentro de la camioneta y, en ese momento, me acordé del asiento de bebé. Fue una eternidad el tiempo que estuve parado detrás de la cortina esperando a que se fueran. Tampoco me podía quedar quieto porque Lucas lloraría.

—¡Oye!, no te preocupes, todo va a salir bien. Si vinieron por nosotros, sólo tendremos que irnos a otro lado. Tu viejo se va a encargar de ti —a pesar de lo asustado que estaba por los policías, no pude evitar reírme cuando me llamé viejo.

Cuando los agentes ya se iban, la abuela estaba con ellos. Tan sólo traía los hombros cubiertos con un viejo suéter, así que no se la iban a llevar. Se detuvieron frente a la camioneta y ella les dijo algo, señalando el asiento de bebé. Luego, inclinaron sus sombreros y regresaron a la patrulla. Me había

dicho que esperara diez minutos, por si regresaban, supuse, de manera que me quedé allí hasta que no pude más.

—¿Qué dijeron? ¿Era acerca de Lucas? —le pregunté tan pronto crucé la puerta. Me quitó al bebé y se sentó junto a la estufa de madera.

—Las autoridades no saben que trajiste aquí a Lucas —pronunció las palabras con dificultad, tan furiosa que sus anteojos parecían enviar señales de humo.

—¿Por qué lo dices, abuela? —traté de sonar como si eso fuera toda una novedad para mí.

—No nací ayer. Esos oficiales sólo estaban haciendo averiguaciones. Me preguntaron si había leído la noticia de un joven que se llevó un bebé del hospital de Scarborough. No supe qué...

Decidí interrumpirla para llegar a lo importante:

—¿Se van a llevar a Lucas?

—No. No todavía, por lo menos —le quitó a Lucas la cobja y lo recargó contra su hombro, acariciando su espalda. Su cabeza rebotó un poco y hundió sus rodillas como si quisiera treparse en el hombro de la abuela.

—Míralo, ¿puedes creerlo? ¡Cada vez está más fuerte!

Sabía que si algo podía calmarla era cargar a Lucas un rato, así que me serví un vaso de leche y esperé. Para cuando volvió a hablar, estaba más contrariada que enojada.

—Les dije que yo no sabía nada del asunto de sacar a los bebés de los hospitales, que mis dos nietos se estaban quedando conmigo. Es lo que he dicho a todos, porque es más fácil que entrar en explicaciones. Les he mentido a mis vecinos, ¡y ahora le mentí a la policía!

—¿Qué te contestaron?

—No mucho. Me escucharon y miraron alrededor como inspeccionando y no dijeron una sola palabra de lo que sabían.

—¿Crees que Jim Benson los llamó?

—No, no —la abuela se asombró—. La gente de aquí no habla, por lo menos no lo hará mientras sepan que Lucas

está bien atendido. Creo que saben que algo está pasando y que la policía lo sabe, pero nada más. Y no dudo que ellos regresen, aunque la próxima vez vendrán acompañados de Ayuda Infantil. Eso es lo que creo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Está dormido. Lo voy a acostar un rato. Suele despertarse cuando pongo mi telenovela favorita y la vemos juntos —su rostro enrojeció—. No, no quiero que se vayan —en ese momento comprendí que la razón por la que no había hablado de ir con el abogado era que, como yo, no quería correr el riesgo de perder a Lucas.

Cuando cambió el clima, regresé a trabajar con los Benson. Me pagaban en efectivo y yo le entregaba gran parte a la abuela para pagar todo lo que me comía. Charlie Benson casi no me hablaba, a no ser para decirme, después de correr algunos árboles:

—Llévate éstos a la camioneta.

Siempre parecía que Jim cortaba a escondidas árboles que no tenían la tira roja. Así que había tiempo de sobra para meditar.

Pensé en mi padre. Los domingos por la mañana eran nuestros mejores momentos juntos. Papá era de los que se levantan temprano y no le gustaba estar encerrado en el departamento todo el domingo. De hecho, odiaba vivir ahí, cosa que nos repetía a mamá, a mí y a quien se dejara. Supongo que era demasiado grande como para estar enjaulado, era tan alto y corpulento que siempre revisaba la silla en la que se iba a sentar antes de hacerlo. Era un pescador de la costa este, y había llegado a Toronto con la consigna de acumular dinero.

—Y yo fui el pez que atraparon, Mateo —me comentaba, pero yo sabía que lo decía para que lo oyera mamá. Eso era lo suyo, hablar por medio de mí, nunca de frente, así casi no los escuchaba pelear.

Los domingos me levantaba temprano para que no se fuera sin mí, porque eso hacía si yo me quedaba dormido.

A veces íbamos a la pista de carreras. Nos dejaban entrar a ver a los chicos que paseaban a los caballos alrededor de la pista, entre la neblina fresca y gris que emanaba del lago Ontario. Otras veces, paseábamos en tranvía, sólo por el gusto de hacerlo, y atravesábamos la ciudad por la calle Queen.

—Es mejor que viajar en tren —decía papá, estirándose en una banca al fondo del vagón—. Ves más personas.

Todo el mundo lo conocía. Su rostro era fuerte, anguloso; el cabello, ondulado, como el mío, y sus ojos eran amables. Las tardes de verano, en lugar de quedarse a ver la televisión, se sentaba en la banca del paradero del camión, a mirar a las personas y pasar el rato con ellas. Si llegaba alguien que no lo conocía, lo remediaba haciéndole conversación.

—Llévame a un bar —le decía mamá—. También allí hay personas con las que puedes hablar.

—¿Quién quiere sentarse en un lugar encerrado y respirar aire lleno de humo?

No es que el aire de la ciudad estuviera muy limpio, pero supongo que se alcanzaba a oler el agua del lago.

Una mañana de domingo, cuando tenía siete años, me levanté y mamá me dijo:

—No te molestes en buscar a tu papá. Se ha ido —al principio creí que se había ido ese domingo sin mí—. ¡Se ha ido para siempre y no va a regresar nunca! —esto último lo gritó y corrió a encerrarse en su recámara, azotando la puerta. Nunca comentó nada más. A los niños de la escuela les dije que mi papá había muerto. Y más adelante, me dio gusto que se hubiera ido, ¿quién lo necesitaba?

Pero desde que Lucas apareció en mi vida, cada vez que pensaba en mi padre, me enfurecía. Quería encontrarlo y golpearlo hasta dejarlo tirado en el suelo. Quería encontrarlo y preguntarle: ¿Por qué me abandonaste? ¿Por qué te fuiste una mañana de domingo? ¡Se suponía que eso era algo que compartíamos!.

UNA noche, durante la cena, le pregunté a la abuela si conocía a Pam Kelly. Lo pensó un minuto y afirmó: —Sí. La conozco, es la hija de Pete Kelly. Trabaja en la carnicería de su padre. Es una chica guapa pero, en mi opinión, cree que es demasiado buena para Midvale. Aunque no he conocido a tanta gente en Midvale. Conozco a los que viven en la playa durante el verano.

Me di cuenta de que quizá para la abuela la vida en la playa era muy solitaria cuando todos regresaban a sus casas. Claro que cuando mi mamá se casó, vivió sola. Pero trabajaba como vendedora en una tienda de ropa, así que allí seguramente hablaba con mucha gente. Me pregunté si alguien, además de Jim Benson, vendría a visitarla. Para mí era perfecto que no vinieran personas a entrometerse, pero me dio gusto por ella, cuando un sábado por la mañana, escuché que alguien tocaba en la puerta trasera.

—¡Vaya! Entra, Bert, me da gusto verte —la abuela parecía realmente nerviosa y se sonrojó—. Es mi nieto Mateo, del que te había platicado. Y su hermanito Lucas —puso la mano sobre mi brazo—. Mateo, él es mi buen amigo Bert Danko.

Cuando le estreché la mano noté que saludaba con seguridad, pero en un principio me pregunté qué quería ese hombre con mi abuela. En una ocasión, cuando le dije que me preocupaba que Lucas y yo estuviéramos abusando

de su hospitalidad, respondió que no me preocupara, que recibía una buena pensión de la tienda. Yo sabía que la cabaña y la camioneta pertenecían a mi abuela, ese viejo Bert bien podía ser un estafador en busca de ancianas que tuvieran un poco de dinero.

Parecía un Santa Claus chaparro y rechoncho, con cabello blanco y una barba también blanca, bien cuidada. Tenía, por lo menos, la misma edad de mi abuela, quizá era mayor. Siempre que caminaba lo hacía con prisa y noté lo aguda que era su mirada cuando vio a Lucas durmiendo en la cuna nueva que le había comprado la abuela.

—Clara, me da gusto verte. ¿Lista para venir conmigo a Florida después de Navidad? —vio que la abuela me miró directamente y sin perder la compostura siguió hablando—. Por supuesto, sé que ahora tienes compañía —y cambió el tema—. Vi el carro de Morrison en la calle de Benson cuando venía para acá. ¿Aún no ha podido vender esa monstruosidad?

—Hasta ahora no ha tenido suerte. No la podrán vender sino hasta la primavera. No hay mucha gente que la venga a ver.

—Pues será demasiado tarde para Morrison. Por lo que he escuchado, está casi en bancarrota.

Lucas se despertó en ese momento. Estaba desarrollando un buen par de pulmones, y Bert pegó un brinco cuando el bebé soltó su primer alarido que significaba: “Hola, aquí estoy, despierto y con hambre”. Puse el biberón en una olla con agua caliente, levanté a Lucas y lo cambié, dándole a la abuela tiempo para estar con su amigo. Por lo que escuché mientras entraba y salía de la cocina, entendí que Bert había estado hospedado con su hija en la ciudad y acababa de regresar a su cabaña. Parecía más que dispuesto a continuar su romance con mi abuela. Si tenía cabaña propia, entonces no buscaba techo ni comida gratis. Después de todo, la abuela era guapa. Quizá el viejo estaba enamorado de ella.

A veces me preguntaba por qué la abuela no se volvió a casar, pues mi abuelo murió joven. Mi mamá creció sin padre, igual que yo. Ya iban dos generaciones. Bueno, Lucas no iba a ser la tercera, ni de chiste.

Me causó cierta sorpresa saber que la abuela tenía vida personal, aunque tampoco me gustaba que estuviera sola. Sin embargo, si se iba a Florida con Bert no habría lugar para Lucas ni para mí.

La relación de la abuela con Bert y la amenaza de la visita de la policía dándome vueltas en la cabeza, hicieron que tuviera nuevamente esa pesadilla de la pelea de box, por primera vez desde que nació Lucas. Así que para distraerme decidí caminar al pueblo y buscar a Pam. Pensé ir con Lucas; la abuela había comprado una cangurera magnífica para llevarlo, pero sentí que no era buena idea presentarse en la casa de una chica con el bebé de otra.

En el camino al pueblo pensaba qué carro me gustaría comprar cuando tuviera suficiente dinero. Uno usado, de dos años, bien tratado. Algo más bonito que una furgoneta, claro.

Para encontrar a Pam fui a la arena y seguí el camino que tomamos la noche del baile para llegar a su casa. Una vez en la acera de enfrente, me detuve sin saber qué hacer. Tal vez había ido a la iglesia. Ahora que estaba ahí no estaba muy convencido de intentar conocer de nuevo a una chica.

Entonces Pam abrió la puerta y salió. Traía puesta una chamarra de ante café claro y se veía maravillosa. Caminó rápidamente en dirección a la calle Main.

—Hola —le dije.

Se volvió, furiosa al principio, pero al reconocermme relajó el rostro y puso tal sonrisa que me hizo sentir realmente bien.

—Hola. ¿Qué te trae al pueblo, chico de ciudad?

Luego me dijo que sólo había salido a pasear, así que la acompañé. Caminábamos al mismo ritmo; tenía piernas largas.

—Entonces, ¿qué cuentas?

—Mateo, estoy harta de este lugar —se soltó—. No se puede tomar un café con alguien sin que todo el pueblo lo sepa. Me estoy ahogando. Tengo que irme, aquí no tengo futuro. Casarme, sentar cabeza y tener hijos, eso es todo a lo que puedo aspirar aquí.

—Oye, tranquila —dije y engarcé su brazo con el mío—, acabo de llegar, ¿recuerdas? ¿A qué se debe todo este malestar?

Dimos vuelta en Main y cruzamos el pueblo; pasamos la sala de billar, el restaurante chino, la tienda de descuento y una peluquería con una de esas sillas antiguas de cara a la ventana para que uno no se pierda lo que sucede afuera mientras se corta el cabello. Había gente en las calles: hombres, mujeres y niños arreglados; estos últimos se veían realmente tristes e incómodos con los zapatos de vestir y la ropa tiesa. Las campanas repiquetearon justo cuando caminábamos frente al edificio de ladrillo rojo de la iglesia. Algunas personas saludaron:

—Hola, Pam.

Y se me quedaban viendo.

Cuando dejamos atrás el pueblo y llegamos a un costado de la carretera, Pam me contó que en junio había terminado la preparatoria con buenas calificaciones, y que luego quiso conseguir trabajo.

—Quiero ir a la universidad —dijo—. Pero aunque consiga un préstamo para estudiante, no puedo pagar la colegiatura, los libros y un lugar para vivir.

—¿Tus papás no te pueden ayudar?

—No quieren que vaya a la universidad. Tenemos una carnicería en el pueblo y no somos precisamente ricos. Tengo un hermano menor y mis padres están ahorrando para que estudie leyes. Si tan siquiera dijeran que se sienten orgullosos de mí por querer continuar, o si se interesaran en lo que quiero hacer... pero no, todo es la carnicería y cuando me case, mi esposo y yo seguramente la heredaremos —pateó la grava con los pies, enviándola a la zanja que estaba junto.

Nos quedamos ahí, de pie, un minuto. Después dimos la vuelta y regresamos a Midvale.

—La abuela dice que estás trabajando en la carnicería.

—Trabajo en el mostrador. Y está bien, por lo menos hablo con la gente. Casi todo el pueblo nos compra la carne. Pero yo quiero algo más —se detuvo.

Pensé que si había terminado la preparatoria, entonces era mayor que yo.

—¿Tienes dieciocho, diecinueve?

—Diecinueve —me dijo, fijándose en mi reacción.

A decir verdad me sentía bastante bien. Ahí estaba, pensando en tener un auto propio. Tenía enfrente a una maravillosa chica mayor que yo, y el dinero que ganaba con Benson comenzaba a juntarse en mi bolsillo. Me sentía realizado.

—¿Qué te parecería una enorme hamburguesa de Dominion Grill? —le dije cuando regresamos a la calle Main.

Se rió.

—¿Cómo sabes de Dominion Grill? Eres todo un misterio, Mateo. Vamos, no he parado de hablar de mí, ahora es tu turno.

Nos sentamos frente a frente, en una mesa de plástico con sillas de madera. Las hamburguesas eran casi tan grandes como las recordaba. Los niños, que corrían por todos lados, eran apartados de las puertas abatibles de la cocina por el personal del restaurante; otros tiraban vasos de leche en el piso o se resbalaban de sus sillas ante los ojos de las pobres meseras.

—¡Niños! —se quejó Pam—. ¿Por qué no los dejan en su casa?

Casi me entrego por completo a sus ojos de color marrón. Casi le cuento de Lucas y Lorena, y todo lo demás. Pero no lo hice.

—Estaré viviendo por un tiempo con mi abuela en su cabaña que se encuentra junto a la playa —le dije—. Yo y mi hermanito Lucas.

—¿Te vas a quedar después de la Navidad? —no esperó mi respuesta—. Porque, Mateo, yo me iré de aquí. Papá me ha estado pagando por trabajar en la carnicería y tengo ahorrado lo suficiente para un boleto de avión al oeste. Voy a irme de Midvale para siempre —sus ojos brillaron y ladeó la cabeza—. ¿Quieres venir conmigo?

No supe bien si lo estaba diciendo en serio. Estaba tan emocionada que yo me sentí igual. Su rostro parecía iluminado por dentro. Tenía un brillo de salud y limpieza, lo cual no suena sexy, pero lo era.

—¿Qué tan lejos al oeste? —le pregunté!

—¿Vancouver? No me importa, si tú sabes de un lugar especial, iremos allí.

—A cualquier lugar menos California —dije rápidamente.

—¿Tienes algo en contra de California?

—Mi mamá vive allí, también su esposo.

—Ya veo, ¿y cuándo va a venir a recoger a tu hermano?

—Pues no lo sé —también a mí me estaban dando ganas de comenzar una nueva vida, como a Pam. Tuve que preguntarle—: Crees, es decir, ¿lo podríamos llevar con nosotros?

—¿Acaso estás loco? —chilló.

Todos los que estaban en Dominion Grill voltearon a ver nos. Bajó la voz y, entre dientes, dijo:

—De por sí nos las vamos a ver negras como para andar cargando con un niño. Y, a todo esto, ¿cuántos años tiene?

—Oh, es sólo un bebé —no era el momento para decirle que cumpliría siete semanas el próximo miércoles.

Todo indicaba que la misa había terminado y el restaurante se llenó de personas que querían café. Acercamos las sillas a la mesa y nos aproximamos tanto que su suave cabello castaño tocó mi frente; nuestras manos chocaban tratando de acabar con las papas fritas y los pepinillos encurtidos de las hamburguesas.

Un cuerpo gigante golpeó mi silla, arrojándose contra la mesa. Volteé y vi la cara de Charlie Benson.



—Hola, Charlie —murmuré—. Seguro conoces a Pam...  
—¿Te refieres a la señorita “doña perfecta”, la princesa de la carnicería Kelly? —dijo Charlie en voz alta.

Otra vez todos los que estaban en Dominion Grill se volvieron a vernos, pero en esta ocasión no nos quitaron la vista de encima.

—Vamos a la caja a pagar y salgamos de aquí —Pam alejó su silla de la mesa.

—Un momento, princesa Pam —Charlie puso la mano sobre su hombro. Tenía la cara roja y una mirada desagradable—. ¿No puedes pasar un rato con un viejo amigo? ¿Tanto tienes que contarle al chico de ciudad?

Sentí que algo se me hinchaba por dentro, presionando mi pecho, brazos y puños. Todo lo que había tenido que soportar desde la llamada de Lorena para que fuera al hospital; el odio de la señora Mitchell; que el pequeño Lucas casi acabara en manos extrañas como si no fuera importante; los policías husmeando en casa de la abuela; hasta esa egoísta mujer que no se quiso cambiar de asiento en el autobús para dársele a un chico que tenía el brazo roto, todo se juntó cuando me quedé viendo la cara abotagada de Charlie Benson.

—Quítale la mano de encima —le dije y me levanté.

—¿Quién dice? —dejó de ver a Pam y volteó hacia mí.

Pam, en tanto, salió disparada a la caja, sacando dinero del bolsillo.

—Afuera —dije, empujando mi rostro hacia el suyo.

Se enderezó y me preparé para esquivarlo, seguro de que en ese momento me iba a propinar el primer puñetazo. Pero lo que hizo fue sonreír y decir:

—Seguro. Cuando quieras, chico.

Y se hizo para atrás para dejarme salir primero.

Vi a Pam. Contó el cambio y salió corriendo, sin prestarnos atención a ninguno de los dos. Todos los ojos de Dominion Grill me miraron cuando salí atrás de ella. Charlie venía tan cerca que sentía su respiración sobre mi nuca.

Me di vuelta y lo enfrenté en la acera. Estiró la mano y me empujó en el hombro, tan fuerte que me hizo tambalear. Pero no iba acobardarme. Estaba tan feliz de tener la oportunidad de sacar todo ese coraje acumulado en semanas que mi rostro lucía una gran sonrisa cuando agarré vuelo y le di un puñetazo a Charlie con todas mis fuerzas. La sensación de mis huesos contra su áspera cara bien valió todo lo que después recibí.

Sacudió los hombros como si fuera un oso enorme y con su mano se aferró a mi hombro para lanzarme un puñetazo, justo debajo de la nariz, que hizo que mi cerebro temblara. Le solté una patada debajo de las rodillas y perdió un poco el equilibrio, pero no soltó mi hombro.

Vi cómo otro puñetazo venía directo a mi cara y traté de agachar la cabeza, pero mi cerebro no trabajó rápido y, antes de que pudiera esquivarlo me golpeó en un lado de la cabeza. Algo cálido y húmedo salió de mi nariz, y escuché a Pam que gritaba:

—Paren o voy por el oficial Fuller.

Fue entonces cuando Charlie dio un paso hacia atrás, sonriendo; ni siquiera su respiración estaba agitada.

—No te asustes, Pam. No quiero matarlo, sólo darle una lección, eso es todo —sacudió las manos y se fue caminado por la calle.

—Ha estado tras de mí desde que entramos a la preparatoria —dijo Pam mientras limpiaba la sangre de mi nariz con un pañuelo—. No lo soporto y él lo sabe. Vamos a mi casa para que te ponga hielo en la cara —me colocó más pañuelos en la mano para presionarlos contra mi nariz.

—No, estoy bien. Me iré a casa —le dije. ¿Cómo se le podía explicar a una chica que uno se sentía tan bien después de recibir una paliza?—. Mira, lamento lo que sucedió frente a todo el mundo —comenté al llegar a su casa.

—Estoy segura de que todo el pueblo ya sabe lo que pasó —se rió—. No tiene importancia. En unos meses, ni siquiera voy a recordar dónde está Midvale.

De regreso a la playa no dejé de darle vueltas a la idea de irnos. Era lo que había querido desde que mamá se casó, una vida nueva. Olvidarme de que mi papá me había abandonado, de que mi mamá sólo había esperado un poco más para huir y olvidarme del lío en el que metí a Lorena.

Al recordar a los niños que causaban problemas en el Dominion Grill, pensé cómo sería la vida solo con Pam. Los dos trabajando, un bonito departamento, dinero para comer fuera, toda la libertad para entrar y salir como quisiéramos; un aparato de música de mil dólares; un coche deportivo nuevécito. Sin compromisos, libres como los pájaros.

Pero yo había prometido no abandonar a Lucas, ¿cómo podría hacerlo? A lo mejor si Pam lo conocía, querría llevarlo con nosotros. Algunas chicas enloquecen con los besos, no dejan de darles de besos y hacerles cosquillas en los pies. Pero, por alguna razón, supuse que Pam no era una de ellas.

Lucas estaba cada vez más simpático. Cuando llegué a la cabaña la abuela lo había sentado en una silla y estaba recargado en un cojín frente a la chimenea. Miraba a su alrededor, haciendo sus ruiditos de felicidad. Me hubiera gustado que Lorena pudiera observarlo. Cuando me acerqué para levantarlo sonrió, hizo gorgoritos y estiró los brazos de un lado al otro.

—Sabe que llegó su papi —dijo la abuela, orgullosa.

Se sentía claramente que el invierno estaba en puerta: los pájaros llevaban rato formando bandadas, grandes manchas en el cielo. Una mañana aparecieron astillas de hielo en la orilla del agua. Cuando salí de noche con King a caminar por la playa tuve que agitar mis brazos para calentarme. El perro y yo todavía poníamos distancia, pero en el fondo éramos amigos.

La luna nos iluminaba, clara y fría. Cuando pasamos frente a la casa de los Morrison, King gruñó. Vi las ventanas de la cabaña y creí notar que algo se movía, una sombra

más oscura que otras sombras, una figura que iba de una ventana a otra.

—Quieto, King —también yo me quedé en silencio, observando.

La figura estaba cerca de la puerta y se escabulló por el cobertizo. Esperé un rato. Quien fuera, tenía que cruzar una franja de luz de luna para salir de la construcción y bajar a la playa. De pronto se iluminó una cabeza calva.

Era Jim Benson.

¿Acaso había ido a quejarse con la abuela sobre la pelea que tuve con Charlie? No. Me quedé quieto sosteniendo la correa de King. Vi que rodeó la cabaña y desapareció en la carretera. ¿Vino caminando desde la granja?, ¿me vio?, ¿por qué no le hablé?

Sentí que un sudor frío cubría mi cuerpo. Tenía la certeza de que Jim Benson sabía que Lucas y yo escondíamos algo, algo que él podría usar tarde o temprano. ¿Acaso nos había estado vigilando desde las ventanas de la vieja y vacía cabaña, esperando averiguar lo que ocultábamos?

## Siete

**C**REO que lo que me despertó fue el ruido, una clase de siseo o crujido. Ahora que llegaba el invierno, el sonido del agua se había transformado en un suave golpeteo en la playa, así que el fuego se escuchaba como disparos que rompían la quietud. Se oyeron tan cerca que creí que algo ocurría dentro de la casa de la abuela. Pensé que la estufa de madera de la cocina había arrojado una chispa y que las cortinas se estaban incendiando.

Salté de la cama y primero revisé a Lucas. Dormía profundamente en la cuna que la abuela dejaba en la sala, por que era el cuarto más caliente de la cabaña. En la cocina todo parecía en orden, pero vi a King temblando frente a la puerta principal.

—Huelo humo —dijo la abuela desde la puerta de su cuarto—. ¿Todo está bien?

Afuera se escuchó un tronido y un estrépito, y los dos corrimos hacia la puerta que daba a la playa. La cabaña de los Morrison se incendiaba, parecía una fogata enorme. Algo explotó dentro del viejo lugar. Una lluvia de chispas salió disparada al cielo y comenzó a caer. La pintura de la vieja madera se deshacía y desapareció frente a nuestros ojos.

Los dos corrimos hacia el incendio con la loca idea de que nada más por estar allí lograríamos apagarlo, pero apenas

nos acercamos, los ojos se nos irritaron con el humo, y el calor era como el de un horno enorme que aspiraba nuestro aliento. La abuela volteó la mirada hacia su cabaña.

—Sólo se necesita un mínimo de brisa para que también nos toque a nosotros. Tenemos que hablar de inmediato a Midvale.

Pero nos quedamos parados en la arena, mirando. Con un estrépito tremendo, el cobertizo cedió, lanzando ascuas que caían cerca de la cabaña de la abuela. Vaya que nos dimos prisa. Los dos gritamos:

—¡Lucas!

Y corrimos hacia nuestra puerta. King no quiso entrar. Se quedó junto al agua con una mirada de furia.

—¡Voy a llamar a los bomberos! —la abuela marcó el número mientras yo corrí por unas cobijas para sacar a Lucas.

—¿Empaco algunas de nuestras cosas? —le pregunté.

—No, está vacía —decía la abuela—. No hay nadie adentro, pero me preocupa nuestra casa que está a un lado.

Afuera se oyó un estruendo como de trueno afuera. Corrí a la puerta.

—Es el techo —grité—. Diles que todo se está cayendo a pedazos.

Volví a salir para asegurarme de que nada hubiera caído cerca de nosotros. La cabaña de los Morrison estaba envuelta en llamas, enormes columnas de fuego se alzaban hacia el cielo. Y además de los ruidos del incendio escuché otro: las olas que se juntaban en la playa. Soplaban el viento e inclinaba el incendio hacia nuestra casa.

Revisé ese lado de la cabaña y pisé los pedazos de madera ardientes que estaban peligrosamente cerca. Entré nuevamente.

—Mejor voy a sacar a Lucas —le dije a la abuela—. ¿En cuánto tiempo llegarán?

—Vienen en camino. Mete a Lucas a la camioneta, por si tenemos que salir de aquí.

Lo saqué de la cuna y cuando vi su pequeño y animoso rostro cubierto con esa pelusa amarilla, tuve una sensación que nunca había tenido. De alguna forma quería protegerlo de cualquier cosa mala que pudiera pasarle. Sí, sentí compasión por Lorena, aunque de alguna manera la había amado, y quizá todavía la amaba. Realmente lamenté todo lo que tuvo que sufrir. Y también amaba a mamá a pesar de su irresponsabilidad. Pero esto era diferente. Lucas abrió los ojos y sonrió, confiaba en mí para que lo cuidara.

Cuando terminé de amarrar el cinturón en su asiento para auto vi los faros encendidos de la primera camioneta de rescate. Estaba acostumbrado al departamento de bomberos de la ciudad, con el chillido de las sirenas y el ruido de las carretas para mangueras. En el viejo edificio todo el tiempo había incendios. Alguien siempre se quedaba dormido con un cigarro encendido o algunos niños, al preparar papas fritas, quemaban la cocina.

Pero éste era el departamento de bomberos voluntarios de Midvale. Eran dos camionetas pick-up grandes seguidas de varios autos. Llegaron rápido, a toda velocidad, por la curva de la calle que daba a la playa y derecho a la entrada de la casa de los Morrison.

Llevé la camioneta con la abuela y Lucas al otro lado de la cabaña, lo más lejos posible de las chispas que caían del cielo. Llamé a King para que se quedara con ellos y regresé rápidamente a ver en qué podía ayudar.

Eran unos diez hombres en total y trabajaban como si lo tuvieran todo planeado. Nada de confusión ni gritos. Por supuesto no había hidrantes, pero conectaron la manguera a la bomba de la cabaña de la abuela y rociaron la pared más cercana a la casa de los Morrison. Luego mojaron el suelo que separaba las dos construcciones. Esto fue lo primero que hicieron y me pareció algo bastante inteligente. Los ayudé con la bomba y a acomodar la manguera. El señor más grande, que parecía estar a cargo, dijo más tarde que no lo hubieran logrado sin mi ayuda.

Pero lo que hicieron después realmente me sorprendió. Pensé que organizarían una brigada de cubetas aprovechando el agua de la bahía; no obstante, sacaron hachas de las camionetas y se pusieron a partir en pedazos lo que quedaba de la cabaña de los Morrison. Tenían que hacerlo con cuidado, las flamas no dejaban de elevarse al cielo y el calor era impresionante. No se necesitaban más que unos segundos para hornear una papa dentro de esa cabaña.

El viento seguía golpeando el agua, pero era como si estuviera indeciso sobre la intensidad y dirección que quería seguir.

—Más vale que nos quedemos hasta que esté totalmente apagado —gritó un joven que estaba a mi lado. Después me dijo, tratándome como si yo fuera un bombero más—: usualmente dejamos que se consuma, pero me preocupa el viento.

—Tú dime qué hacer y yo lo hago —le contesté.

Agarramos unas palas y, caminando por la orilla del fuego hacia la casa, arrojamos arena sobre todo lo que tuviera tono rojizo. Los demás hombres organizaron la brigada con cubetas, pero iba a ser un trabajo largo, de toda la noche.

Si yo creía que trabajar con árboles era duro, nada se comparaba con lo de esa noche. Mi rompevientos y mis pantalones de mezclilla quedaron cubiertos de un hollín grasoso y, cuando me enjuagué las manos, dejé huellas negras en la arena.

Terminamos el trabajo justo al amanecer. Los primeros rayos revelaron una masa de madera carbonizada donde antes estaba la cabaña. La chimenea de ladrillo seguía en pie; una mesa de cocina, algunos platos totalmente negros y los marcos de unas viejas sillas para playa sobresalían entre las cenizas como muestra de que alguna vez alguien pasó sus veranos ahí.

Sudé, me enfrié y volví a sudar, así que sentía el cuerpo resbaloso debajo de la ropa. La abuela llamó a Bert inmedia-

tamente después de hablarles a los bomberos, y aquí estuvo casi toda la noche, cuidando a Lucas una vez que regresaron a la cabaña cuando los bomberos dijeron que ya era segura, ayudándola a preparar café y sándwiches. Me fijé que Bert no dejó de echarle un ojo a la abuela, asegurándose de que resistiera. Eso me gustó.

Finalmente, uno de los hombres más jóvenes le gritó al jefe: —No creo que se pueda hacer más, Pete. Sólo rezar para que hoy llueva.

Guardaron su equipo en las camionetas y entraron a la cabaña para tomar un té caliente antes de regresar a sus casas.

La abuela no conocía a los bomberos por sus nombres, así que Pete los presentó a todos.

—Y yo soy Pete Kelly, el carnicero del pueblo —dijo al último.

Me le quedé viendo fijamente. ¿Este era el tipo que según Pam le estaba haciendo la vida imposible? Trabajó como un caballo toda la noche y no por dinero, sino por ayudar a sus vecinos. Todos lo habían hecho.

Miré a mi alrededor: la cocina estaba llena de hombres agotados, con los ojos rojos y la ropa apesándoles a fuego y humo. Miré a la abuela, que muy alegre les servía un poco de té, aunque seguramente ya no podía más. También observé a Bert, que sacaba el azúcar, tostaba el pan, se escapaba a cada rato a echarle un ojo a Lucas, ayudaba a mi abuela a cargar la pesada tetera. Y en ese momento supe, en lo profundo de mi corazón, que esas eran las personas en las que podía confiar.

Pete vio que lo miraba fijamente y dijo:

—Su nieto ha sido de gran ayuda, señora Coulter. Debe sentirse orgulloso de él.

La abuela y Bert se vieron uno al otro y asintieron como si hubieran pensando lo mismo. Vaya, hace tiempo que nadie me alababa así. Lo mejor de todo era que sabía que eran palabras honestas.

Los más jóvenes empezaron a salir, tratando de evitar a la abuela que no dejaba de darles las gracias, y en ese momento otra camioneta se estacionó frente a la puerta. Jim y Charlie Benson se bajaron y entraron a la casa.

—Mi esposa escuchó las camionetas cuando pasaron en la noche —dijo Jim con su tono suave—. Pero no nos quiso despertar, de lo contrario, hubiéramos estado aquí, ayudando.

—Ajá, Jim, claro —murmuraron algunos de los hombres, pero esto no pareció importarle. Se sentó en la mesa de la cocina con Pete Kelly y Bert. Charlie se quedó atrás y me miró. A decir verdad, desde la pelea Charlie ya no me desagradaba tanto. Todavía recordaba ese buen puñetazo que le coloqué en la cara antes de que me golpeará.

—Entra, Charlie —le dije—. El té todavía está caliente.

—Las personas de los seguros llegarán como moscas —le decía Pete Kelly a la abuela—. Probablemente también la policía. Les preguntarán si ayer vieron algo fuera de lo común o a alguien merodeando por la casa de los Morrison, porque los incendios no empiezan solos.

Hasta ese instante me había olvidado completamente de que vi la calva de Jim Benson a la luz de la luna. Alcé la cabeza y miré fijamente sus ojos castaños. Abrí la boca, pero la volví a cerrar. Leí una advertencia en su rostro.

—¿Así que no viste a nadie, Clara? —le preguntó Jim sin parpadear.

—Ni un alma —dijo la abuela—. Estuve con Lucas aquí casi todo el día y Bert pasó a visitarnos un rato.

—¿Mateo, tú dónde estuviste? —me preguntó Pete Kelly.

—Un rato en el pueblo.

Charlie dijo entonces:

—Así es. Yo lo vi. Escuché ese tono de advertencia en su voz, igual al de su padre.

Miré a los dos Benson y tuve suficiente miedo como para permanecer callado. Supuse que de alguna manera sabían que yo había visto a Jim dentro de la cabaña de los Morrison. Esas

latas de líquido para encender parrillas que vi en la cocina pasaron por mi mente.

—Entonces, Mateo, ¿viste a alguien merodeando por aquí cuando regresaste? —insistió Bert.

—No, no vi a nadie —dije sin pensarlo—. Pero quien sea que comenzó el fuego, también pudo acabar con nosotros, con la abuela, conmigo y con Lucas —logré decir.

—Bueno, me voy a casa. Tengo que abrir la tienda en unas cuantas horas —Pete Kelly empujó la silla y se levantó—. Señora Coulter, debería descansar un rato, ha sido una larga noche. Gusto en conocerte, Mateo —y me estiró su mano sucia. Este hombre me caía bien, aunque no le pagara a Pam la universidad.

También los Benson se fueron y dijeron que ese día no irían a trabajar en la zona de reforestación para que yo pudiera descansar.

—En uno o dos días vamos a empezar con los árboles de navidad —gritó Jim desde la puerta—. Si te interesa trabajar, ven a la granja el miércoles.

Yo estaba agotado y todo lo que quería era lavarme y meterme a la cama. Pero estaba agotado no sólo por el cansancio, sino porque sabía que debí de haber dicho que vi a Jim Benson, y eso me molestaba.

Lucas, por su parte, también estaba inquieto, y no era de extrañar, considerando todo el ajetreo de la noche. Por lo general despertaba justo a esa hora, a tiempo para oír el graznido de los gansos en el agua. La abuela lo mecía junto a la ventana, tarareando una canción que le gustaba, así que me senté y hablé con Bert unos minutos.

—Estuvo cerca. Demasiado cerca —dijo—. Si yo supiera quién comenzó el fuego, le retorcería el cuello —me miró con agudeza y esperó un largo minuto antes de agregar—: pero supongo que debemos estar agradecidos porque desperdaste antes de que llegara hasta acá.

Bert sabía que yo ocultaba algo. ¿Debería contarles, a él y a la abuela lo de Jim Benson? Bert hablaría con la policía

antes de que yo tuviera tiempo para pensarlo; era la clase de persona que siempre hace lo correcto sin importar las consecuencias. Y todo habría terminado para mí si la policía regresaba. Seguro querrían saber más sobre mí y Lucas.

Noté la amenaza en el rostro de Jim Benson y estaba seguro de que tenía que ver con entregarnos a Lucas y a mí. Sentí miedo y eso no me gustó para nada. Los últimos días la vida me sonreía bastante, incluso en la pelea con Charlie en la que acabé golpeado; además ayudé a apagar el fuego. De manera que decidí hablar con Jim Benson el miércoles.

Para el martes la abuela y yo nos habíamos recuperado de la noche del incendio. Después de la cena los tres nos sentamos frente a la chimenea. Bueno, la abuela y yo nos sentamos; Lucas estaba recostado en la cobija soplando burbujas al fuego. Esas noches, después de cenar, colocábamos un leño grande en la chimenea, no para que calentara la cabaña, eso lo hacía el calentador de aceite y la estufa de madera, sino porque resultaba abrigador. La abuela tenía un televisor; sin embargo, no había mucho que ver, así que principalmente escuchábamos la radio. A ella no le molestaba el rock y siempre tenía un libro a la mano.

Pero esa noche dejó el libro y apagó la radio.

—Tenemos que hablar seriamente acerca de Lucas y tú, y lo que van a hacer —me dijo, acomodándose los anteojos.

A decir verdad, yo también había estado pensando que era hora de hacer algunos planes, ¿pero cuáles?, no tenía idea. ¿Írme con Pam? Era tentador. ¿Llevar a Lucas de regreso con Lorena y dejar que ella lo sacara de mi vida para siempre? Eso sería como abandonarlo. Así que todo lo que le contesté fue:

—Está bien. Dime.

—Antes que otra cosa, quiero llevar a Lucas al doctor para que lo revise.

—Está perfectamente sano —la interrumpí. Eso era lo último que esperaba que dijera.

—Ya lo sé, va maravillosamente bien. Pero hay vacunas que le tienen que poner pronto y es importante que lo revisen con regularidad para que esté lo mejor posible. Ahora —se me acercó y volvió a acomodar sus anteojos— podemos llevarlo a la clínica para bebés en Barrie. Harán menos preguntas sobre sus padres y todo eso que si lo llevo al doctor en Midvale. ¿Estás de acuerdo?

—Claro, abuela. No tienes que pedirme permiso para hacer eso —me reí.

—Es tu hijo —me espetó y borró la sonrisa de mi cara—. Y me temo que parece que lo estás olvidando.

—Vamos abuela, eso no es justo. Me he encargado de él. —Sí, así es. De cierta manera —dijo más cariñosa—. Pero no me siento bien de seguir así, de tener a Lucas aquí. Debemos de arreglarlo legalmente para estar seguros. La policía va a regresar, estoy segura, y si hacen preguntas, no me gustaría volver a mentirles sobre cosas que desconozco.

Hizo una pausa y después me preguntó directamente:

—¿Estás seguro de que Lorena estuvo de acuerdo con que te llevaras a Lucas? ¿Ella sabe que está aquí?

Tuve que decirle la verdad:

—Hasta donde yo sé, Lorena no tiene la menor idea de dónde está Lucas.

—Entonces, lo mejor sería buscar a un abogado y tratar de conseguir la custodia legal de Lucas. Yo puedo pagarlo —lo dijo con firmeza.

Pero, ¿qué tanto estaría dispuesta a apoyarme si supiera toda la verdad?

—No podemos —escupí las palabras—. Lorena quiere darlo en adopción. Nunca lo volveré a ver y así no puedo cumplir mi promesa de cuidarlo.

Respiró profundamente y se le quedó viendo. Dormía encima de la cobija con los brazos estirados a los lados. Su

respiración era profunda y pareja. Nunca parecía interesarse por nuestros problemas.

—No te voy a presionar, Mateo, pero tendrás que tomar una decisión, de una u otra manera —fue todo lo que me dijo. Y en ese momento sentí que me liberaba de algo, de esa frialdad hacia la abuela, ese resentimiento por amar a Lucas. Pero aun así no le conté sobre Jim Benson y el incendio.

La mañana siguiente me dejó en la granja cuando se dirigía con Lucas hacia Barrie. Sentí los latidos de mi corazón cuando toqué en la puerta de la cocina de los Benson, pero ellos actuaron como siempre, Jim sonriendo, Charlie furioso porque llegué y la señora Benson caminando de la estufa a la mesa sin decir nada. No iban a sacar el tema del incendio, eso era seguro. Yo tendría que hacerlo.

Esperé el momento adecuado. Lo hice mientras los tres caminábamos por el campo de árboles de navidad, todos pinos escoceses.

—Están en muy buen estado —dijo Jim. Era evidente que estaba orgulloso—. Ha sido muy difícil mantener alejadas a las plagas: puercos espines, ratones y pájaros. A los pepiteros les encanta picar los troncos.

Las filas de árboles con las agujas verde oscuro se veían bien. Era una pena cortarlos pero, de cualquier manera, pensé en decorar uno para Lucas y la abuela. Mamá y yo teníamos un árbol artificial que no pusimos los últimos años.

—Hoy les daremos forma —dijo Jim—. Espero que tengas buen ojo para eso, Mateo.

Me entregó unas tijeras para podar, resistentes y afiladas. Él y Charlie usaron hachas; cortaban las puntas para que tuvieran el tamaño normal. Despuntaban las ramas para que arriba quedaran puntiagudas y abajo más anchas. Resultó divertido; tanto, que casi se me olvida enfrentar a Jim.

—Tendrás mucho trabajo desde hoy hasta la Navidad, Mateo —me prometió—. Quiero cortar éstos antes de que

empeore el clima. La nieve rompe las ramas y el granizo puede arruinar toda la plantación. Después tenemos que embalarlos, amarrarlos y dejarlos listos para transportar.

Nunca lo había visto tan emocionado. No paraba de hablar de los árboles de navidad. También me fijé que no se separaba de Charlie y yo no quería enfrentarme a los dos si esto acababa en una pelea.

La oportunidad llegó cuando mandó a Charlie por la camioneta para cargar las ramas que habíamos cortado. Charlie regresaría pronto y Jim no dejaba de cortar con el hacha, pero no pude esperar más. Dejé mis tijeras en el suelo y me acerqué a él con el corazón latiendo como un tambor.

—Te vi en la cabaña de los Morrison antes del incendio —listo, se lo había dicho.

Giró hacia mí con el hacha aún en movimiento, así que cortó el aire frente a mi cara.

—Mateo, me agarraste por sorpresa, acercándote en silencio —dijo con una risa que hizo temblar mis piernas—. Suerte que no te rebané la nariz.

Pero cuando recordé el incendio y que Lucas, la abuela y yo dormíamos tan tranquilos, le grité enfurecido:

—Tú empezaste el fuego, pudiste habernos matado a todos. Entonces sí que dejó de sonreír. Sus ojos lanzaron chispas y su boca estaba rígida como una piedra.

—Es peligroso decir eso —las palabras escaparon entre sus dientes. ¿Qué te hace pensar que yo empecé el fuego?

“Mateo, ten cuidado”, me dije. “Tienes que decirlo de alguna forma que lo admita. Y luego puedes ir con los del seguro”.

—Esa noche yo estaba en la playa —fijé mi mirada en sus ojos—. A través de las ventanas vi que estabas dentro de la cabaña de los Morrison; te vi salir por el cobertizo e irte por la carretera. —Y añadí rápidamente—: ¿Por qué lo hiciste?

Funcionó.

—Fue idea de Morrison —me contestó antes de darse cuenta de lo que había dicho; luego, su calva comenzó a sudar. Tuvo que pasarse la mano por la cabeza y los ojos. Pero cuando bajó el brazo, sonreía—. Sólo ayudé a Morrison —dijo con ese tono empalagoso que tanto me desagradaba—. Recibirá una buena cantidad por ese terreno vacío donde alguien podrá construir. Nadie resultó herido.

—¿Y nosotros qué? —le grité—. También nuestra cabaña pudo incendiarse.

—¡Ajá!, sí, ¿y qué hay de ti, chamaco? —columpió el hacha tan cerca que salté—. No me vengas con ese cuento del señor honestidad. Ese bebé es tan hermano tuyo como yo. ¿Crees que todos por aquí somos unos brutos de rancho que nos tragamos todo lo que nos digan? Apuesto a que Ayuda Infantil y la policía estarán ansiosos por recibir información sobre ti y ese bebé.

Di un paso atrás.

—Eso es asunto mío —por más que me esforcé, no logré sonar desafiante.

—Pues resulta que sí lo es —dijo—. De la misma manera que el incendio es asunto mío. Así que cada uno se preocupe por lo suyo y nadie sale lastimado. ¿Es un trato?

Una rama crujió detrás de mí y me di la vuelta con los puños alzados. Allí estaba Charlie con una mirada sorprendida en su ancho rostro.

—No encontré las llaves de la camioneta —nos sonrió cautelosamente—. Seguramente las tienes tú, papá.

Jim buscó en su bolsillo y me arrojó las llaves.

—Mateo, ve tú por ella.

Me alejé de los dos hombres, preguntándome cuánto había logrado escuchar Charlie y si tendría que ir a la cárcel en caso de que Jim hablara con los de Ayuda Infantil. ¿Qué sería de Lucas si así fuera?

—Voy a vender yo mismo los árboles en lugar de darlos al mayoreo —dijo Jim cuando subíamos las ramas a la



## Ocho

camioneta. Estaba alegre otra vez, como si no hubiéramos hablado—. Mateo, tú conoces Toronto. Lo mejor será que me acompañes a buscar un terreno para venderlo —dijo con mirada aguda—. Iremos al lado este. ¡Ahí es de donde vienes, verdad?

—¿Cómo lo supo? Quizá la abuela le contó alguna vez dónde vivía su hija. Y lo recordó.

Sólo logré mascullar:

—Ajá.

EN la noche cuando regresé a casa había un auto desconocido estacionado en la entrada de la abuela. Lo primero que se me ocurrió fue dar la vuelta y esconderme en un arbusto hasta que se fuera. “Benson ya te puso paranoico”, me dije. “Entra con pie firme”.

El hombre sentado en la mecedora era toda una figura, parecía el encargado de una funeraria con ese traje azul oscuro y esos zapatos brillantes.

—Es el señor Grant, de la Compañía Central de Seguros —me lo presentó la abuela, quien parecía especialmente feliz de verme entrar—. Le contaba que nadie pasó por la casa de los Morrison el día anterior al incendio.

—¿Dónde está Lucas? —dije, con la esperanza de que el señor Grant no me preguntara si yo había visto a alguien.

—Sigue dormido —contestó la abuela—. Siéntate, Mateo, puedes platicar con el señor Grant mientras preparo la cena.

—¿Viste a alguien merodeando por aquí, Mateo? —justo lo que me temía no había manera de escapar de la mirada penetrante del señor Grant.

—No —respondí demasiado asustado como para decir más. Pero sabía perfectamente que Jim Benson me las pagaría por hacerme sentir como un cobarde.

El señor Grant no se quedó mucho tiempo; después de la cena quise huir de la cabaña por un rato. Ya no me aguantaba a mí mismo.

—Abuela, ¿qué tal si vamos al pueblo? —le pregunté—. O ¿qué tal si me dejas en algún lado y vas a visitar a Bert? Yo me encargaré de Lucas, así pueden estar solos un rato —se sonrojó con un rosa intenso hasta donde comenzaban sus cabellos grises.

Lucas traía puesto algo similar a una bolsa azul con peluche alrededor del gorro. Estaba bien despierto.

—Vamos de visita, viejo amigo —le dije, y sopló algunas burbujas ruidosas en mi dirección. Últimamente hacía muchas burbujas. La abuela decía que sólo babeaba.

Nos dejó frente a la casa de Pam. Toqué la puerta y fue su papá el que abrió.

—¡Vaya! ¡Hola, Mateo! —exclamó sorprendido cuando le pregunté por Pam. Supuse que ella no le había dicho que nos conocíamos.

De repente me sentí como un tonto parado frente a su puerta, con el que se suponía que era mi hermano menor. Kelly alzó las cejas y como que sonrió, pero Pam ya estaba allí.

—¿Por qué no vamos a dar una vuelta? —dijo. Se veía muy bien, en su estilo limpio y ordenado—. ¿Trajiste a la familia? Puedo pedirle a mamá que me preste el auto. Tiene asiento de bebé.

—¿Podemos ir a algún sitio para hablar?

—Hay un callejón de enamorados saliendo del pueblo donde nos podemos estacionar sin que nadie nos moleste —con una sonrisa, agregó—: Lucas será el chaperón.

El lugar estaba solo. A mí me pareció un poco tenebroso: un callejón sin salida al que se llegaba por una carretera tan accidentada que el auto saltaba como un bronco. Al fondo había un claro, con espacio para cinco o seis autos, lúgubre, cubierto por grandes y viejos árboles y rodeado de esqueletos de arbus-tos muertos, totalmente deshojados, que rayaban el auto.

Daba la impresión de que Pam estaba como en su casa, lo que hizo que me preguntara si ya antes había estado ahí con otros tipos de Midvale, de esos que ella pensaba que no la merecían.

—¿Cuál es el gran misterio? —dijo después de que saqué a Lucas de su asiento y lo puse en sus brazos. Ya podía sostener la cabeza y se acurrucó en la chamarra de ante, como si la conociera de toda la vida.

—¿No te parece adorable? —le dije orgulloso.

—Sí, claro. Te gustan los bebés, a mí realmente no. No quiero que babe encima de mi chamarra.

Sobre el tablero del auto había una caja de pañuelos desechables. Pam tomó uno para proteger su chamarra. Entonces se meció con movimientos de cintura que parecían gustarle a Lucas.

—¿Ya decidiste si vas a venir conmigo? —me preguntó de golpe.

—¿Cuándo te vas?

—En dos semanas. No voy a esperar hasta Navidad. De hecho, nos podemos ir cuando tú digas, ¿qué tal mañana? —y puso una enorme sonrisa.

La mitad de mí quería decir “claro” y huir de todo. Dejar a Lucas con la abuela para que ella lo entregara a Ayuda Infantil, que es donde seguramente iba a acabar de cualquier manera. Respiré hondo.

—De eso quiero hablar. Quiero que Lucas venga con nosotros; no causará problemas, es muy sano —hablé rápidamente y me acordé de que no le pregunté nada a la abuela acerca de lo que dijeron en la clínica. Traté de suavizar la frialdad que cubrió el rostro de Pam.

—Estás loco. No es tu responsabilidad —dijo enojada.

—Sí la es. ¡Es mi hijo! No es mi hermano, es mi hijo —realmente me sentí orgulloso al decirselo.

Al principio no me creyó, pero cuando lo hizo, alejó a Lucas y lo puso en mis piernas tan rápido que él comenzó a llorar.

—Más vale que me lo cuentes —dijo cubriéndose con los brazos.

Prendí la calefacción del auto, acerqué a Lucas y le acaricié la espalda para calmarlo. Le conté todo, todo excepto lo del incendio y Jim Benson.

—Así que, como ves, pronto tendré que irme de aquí. Todo saldrá bien. Contigo, la gente pensará que somos una familia —dije para terminar.

—Pensé que era yo la que te gustaba, chico de ciudad. Y todo este tiempo sólo has pensado usarme para hacerles la vida más fácil a ti y a tu hijo.

Me percaté de mi error demasiado tarde.

—Sí me gustas, Pam. Si no fuera así, no pensaría en irme contigo.

—¿Por qué tu novia tuvo al bebé? ¿Por qué no abortó?

Apreté a Lucas y recordé lo que había pasado. Lorena no creyó que estuviera embarazada sino hasta que pasaron dos meses. No es que me lo ocultara, nada más no lo creía. Y cuando pasaron dos meses sin que menstruara, nos aterrarnos. Por el solo hecho de recordarlo mi estómago se hacía nudos.

Alguna vez en la escuela nos hablaron de una clínica de planeación familiar que estaba en el hospital, así que decidimos ir ahí y no con el doctor de la familia de Lorena. Llegamos a creer que tenía gripe o algo mal en su organismo. Fuimos los dos, no creo que ella hubiera podido ir sola.

Me sentí como un criminal en ese lugar. Lo dirigían varias mujeres; no mujeres como mi mamá o la abuela, sino mujeres grandes y mandonas que se acercaron preocupadas a Lorena y me lanzaban miradas desafiantes, diciéndome que esperara en un lugar y en otro, en sillas duras colocadas en sitios donde le estorbaba a todo mundo.

—Tendrás que decidir inmediatamente si quieres abortar —le dijeron a Lorena cuando acabaron—. Esperaste demasiado, hace seis semanas que debiste haber venido.

Ella me buscó, con la boca apretada, a punto de llorar y lo único que se me ocurrió fue tomarla de la mano y sacarla de ese lugar antes de que yo también comenzara a llorar. Al día siguiente le conté a su mamá, pero iba contra la religión de la señora Mitchell, o algo así, que Lorena abortara, de manera que lo descartamos. En el fondo yo me sentí mejor y creo que también Lorena.

Pero eso era un secreto de Lorena y mío. Levanté a Lucas y contemplé su pequeño rostro, su fuerte quijada, su nariz recta y sus ojos azules de un matiz ahumado, húmedos por las lágrimas. Lo abracé fuerte.

—Esperamos demasiado —fue todo lo que le dije a Pam, pero entendió que no era asunto suyo.

—Mateo, deja a Lucas y ven conmigo. Puedo pagar una parte de tu pasaje. Conseguiremos trabajo los dos.

El rostro de Pam, sólo por un instante, perdió la mirada altiva que traía siempre, la misma que hacía pensar que ella era demasiado para Midvale. Me necesitaba. Y de cierta forma, yo quería ir con ella. Pensé que a lo mejor podía dejar a Lucas con la abuela y regresar por él una vez que estuviera instalado. Pero sabía que era un sueño, como el de la vida desprecupada con el aparato de música y el auto deportivo. Si acompañaba a Pam, nunca vería de nuevo a Lucas.

Se lo dije sin titubear:

—Aquí me quedo, con Lucas.

—Entonces no veo qué más podamos decirnos —desdobló los brazos y colocó las manos en el regazo—. Regrésalo a su asiento y te llevaré a casa.

Creí que me daría un beso de despedida cuando llegamos a casa de la abuela, pero no fue así. Sólo dijo adiós con la mano.

La mañana siguiente le pregunté a la abuela cómo le había ido a Lucas con los doctores.

—Me dijeron que está bien, ya puede comer cereal. Tampoco hicieron preguntas; les dije que era su abuela —bueno, al menos algo salió bien.

Regresé a trabajar con los Benson. No sabía qué hacer. Jim puso su mirada empalagosa apenas me vio.

—Mateo y yo hemos llegamos a un acuerdo —le repitió a Charlie mil veces ese día.

Cortamos algunos árboles de navidad.

—Aguantarán hasta Navidad siempre y cuando estén al aire libre —me dijo Jim. Y entonces repetía lo del acuerdo, soltaba una carcajada y me daba un golpe en el hombro.

—Mateo, el sábado iremos a Toronto a buscar un terreno para exhibir los árboles y venderlos —dijo, mientras amarrábamos los que habíamos cortado para que cupieran acostados en la parte trasera de la camioneta—. Hasta nos podríamos llevar algunos árboles. Hay personas que los compran anticipadamente para las fiestas de Navidad. Confío en que encontrarás un terreno, dado que conoces la ciudad —no dejó de sonreír, pero apretó con el puño el cuchillo que usaba para romper la cuerda con la que amarraba los árboles, y supe que era un recordatorio de que él sabía tanto de mí como yo de él.

Así que el sábado por la mañana, antes de las ocho, me recogí en la cabaña de la abuela y nos fuimos a Toronto. Tan pronto entramos en la ciudad, reconocí la nube amarilla y grisácea que colgaba sobre los edificios del centro. La ciudad me pareció desconocida, todo tan apretujado: personas, autos, camiones; ruido y confusión. Me había acostumbrado al campo.

Llevé a Jim a la zona del viejo edificio de departamentos y recorrimos las calles. Recordaba que en una esquina de mucho tráfico había una plaza, y estaba seguro de que el encargado del bazar también era dueño de la plaza.

Nos estacionamos y Jim fue a hablar con el dueño.

—Todo perfecto —dijo cuando regresó—. Podemos usar un extremo del estacionamiento. Voy a rentar un tráiler durante unas semanas antes de Navidad, tú y Charlie pueden turnarse para acampar acá.

Se frotó las manos sobre la calva como si quisiera solucionar algo. Entonces dijo:

—Vamos a bajar estos árboles y te quedas un rato con ellos. Si alguien los quiere comprar, cuestan veinte dólares. Tengo asuntos que arreglar. Regreso por ti más o menos dentro de una hora.

—¿Vas a ver a Morrison?

Me golpeó con la mirada como si sus ojos fueran martillos.

—Si sabes lo que te conviene —gritó furioso— te olvidarás de eso.

Trató de conservar la calma.

—Tenemos un acuerdo, Mateo. ¿Lo recuerdas?

Capté suficiente maldad en su rostro y preferí guardar silencio, al menos por ahora.

Era un día frío, húmedo y casi me congelé mirando esos árboles de navidad. No vendí ni uno. Las personas sólo miraban sorprendidas, pero no se detenían. Nadie quería un árbol de navidad en noviembre. No dejé de caminar de un lado al otro, tratando de calentarme, pateando el pavimento o frotándome las manos, cuando no me tapaba las orejas.

Me dio hambre. No había comido desde el desayuno con la abuela. Estaba ansioso; no sabía si por Jim o por otra cosa.

Lo supe cuando un carro entró al estacionamiento y se detuvo justo a un lado de los árboles de navidad. Creo que intuía que esto iba a suceder.

Lorena y la señora Mitchell bajaron del carro y caminaron hacia donde yo estaba. Rápidamente les di la espalda. Escuché a la señora Mitchell:

—¡Mira, árboles de navidad! ¡En esta fecha! ¿No te parece ridículo? —su voz chirrió en mis oídos.

Lo siguiente que escuché fue a Lorena:

—Mamá, ¿por qué no te adelantas a la lavandería? Necesito algunas cosas de la tienda.

Torcí el cuello tras unos minutos para ver si había moros en la costa y entonces oí a Lorena, justo detrás de mí.

—¿Acaso crees que no reconozco ese cabello? —me dijo con voz susurrante. Todavía era la niña más bonita del mundo, como las rosas color rosa. Su cabello corto enmarcaba dulcemente su rostro mientras que, por atrás, le caía hasta los hombros.

—Te ves bien —le dije—. ¿Todo normal después del bebé y lo demás? —estaba más delgada de lo que recordaba y daba la impresión de tener más edad. Traía tacones altos y una chamarra de algún tipo raro de piel—. ¿Regresaste a la escuela?

—No. Conseguí trabajo este año. Quizá regrese el año que entra o como estudiante adulto más adelante.

—¿Dónde trabajas?

—Soy mesera en el Swiss Chalet. Pero no tiene importancia, no tenemos mucho tiempo antes de que regrese mamá. ¿Cómo está Lucas?

—¡Bien! ¡Es grandioso! La abuela lo llevó hace poco al... —me quedé callado. Se supone que ella no debía saber nada de la abuela.

—Pensé que irías allí —dijo muy tranquila—. Pero no dije nada. Nadie se acordó de tu abuela —sacó la barbilla—. La policía me dio la nota que dejaste en la pensión. Les dije que por mí no había problema que estuviera contigo, eso fue todo lo que me sacaron. Hicieron muchas preguntas, pero mantuve la boca cerrada.

Al principio no le creí. Miré a mi alrededor por si era una trampa y la policía estaba cerca.

—¿Qué tan grande está? —preguntó. Ante mi mirada de incompreensión, algo molesta, apuntó—: me refiero a Lucas.

—Es adorable —le dije—. Se ríe y me reconoce. Se pone muy contento al verme.

Fue entonces que sonrió, pero sus párpados se esforzaban por controlar las lágrimas. Agregué:

—Pudo ser de los dos. ¿Por qué estabas tan decidida a darlo en adopción?

—Pensé que era lo mejor para Lucas —dijo de forma honesta y solemne.

—Has cambiado. Te ves mayor —la voz me tembló. Quería aparentar tranquilidad, pero en realidad deseaba abrazarla y besar esos ojos de color violeta que tanto se parecían a los de Lucas.

—Eso suele suceder cuando tienes un hijo y sales a trabajar —contestó con el viejo tono—. Mejor escóndete, ahí viene mamá.

Y se fue, tropezándose por sus tacones altos.

Atolondrado, comprendí que Lorena me respaldaba. Tenía ganas de dar de alaridos, como Lucas.

Me volteé. Jim y yo habíamos puesto unos árboles de pie que fijamos con bases de madera; me escondí detrás de ellos. La señora Mitchell ni siquiera notó algo raro. Le pasó la ropa a Lorena, subió al carro y se marcharon.

Ya era tarde cuando regresó Jim. Aunque compré unos chocolates en la tienda, estaba hambriento y con mucho frío. Además de Lorena, sólo hablé con unos chicos que se acercaron a preguntarme si necesitaba ayuda durante las vacaciones de Navidad. Eran más jóvenes que yo e iban a Eastern. Me dio curiosidad saber de los maestros y de los estudiantes que ahora asistían a la escuela. Pero todo era muy lejano, como si ya nada de allá tuviera que ver conmigo. A lo mejor Lorena no era la única que había madurado.

Cuando Jim por fin entró al estacionamiento tuvimos que cargar los árboles y cruzar la ciudad para llegar a la carretera. Estaba convencido de que había ido con Morrison por su dinero. Lo más seguro es que eso de traer árboles de navidad sólo fue una excusa para justificar su visita a la ciudad. Pero que no creyera que podía engañarme.

—¿Cuánto te dio Morrison? —le pregunté.

Apretó el volante y dijo:

—Creí que habíamos hecho un trato y que ese tema estaba olvidado.

—Es posible que tengamos un trato, pero también es posible que no. Sólo me preguntaba cuánto dinero valía la posibilidad de matar a tres personas en un incendio.

—Pero no pasó nada. Mira, cuando escuché a las camionetas de los bomberos que pasaban por la casa supe que estarían bien...

Oscurecía y los dos contemplamos durante unos minutos el gris de los campos marcados con cercas irregulares.

—Ya tienes suficientes problemas con el bebé como para entrometerte en mis asuntos —fue él quien sacó el tema, pero no sonaba tan seguro de sí mismo.

Supe que lo estaba poniendo nervioso, así que decidí ir un poco más lejos.

—Si digo algo, seguro vas a la cárcel —le dije.

El camión viró bruscamente y cruzó al carril de alta velocidad. Levantó las manos del volante, se dio vuelta y tuvo su obeso rostro casi pegado al mío.

—Mira, idiota —me insultó—. ¿Crees que me importa un carajo si tú o tu abuela acaban incinerados?

Escuchamos la bocina de un carro; tuvo que agarrar el volante y regresamos a la vía lenta.

—Mejor mantén la boca cerrada —murmuró tan suave que tuve que acercarme para escucharlo—. O ya no andarás por aquí más tiempo.

Me acerqué a la puerta y guardé silencio. No quería pasar mis últimos momentos en la Carretera 400. Y tenía otras cosas en qué pensar: eso que dijo Lorena de que quería lo mejor para Lucas.

Jim cruzó Midvale como si siguiéramos en la carretera y frenó antes de llegar a su casa.

—Aquí te quedas —escupió. La puerta de la camioneta no había cerrado del todo cuando arrancó arrojando tierra y grava por todas partes.

Para cuando llegué a la playa estaba totalmente agotado y con escalofríos. La abuela me preparó un ponche caliente.

Ella no acostumbraba beber, pero le gustaba guardar una botella de whisky de centeno como "remedio medicinal". Después de la cena puse una cobija en el suelo frente a la chimenea y recosté ahí a Lucas para que hiciera unas flexiones. Ya podía acostarse boca abajo y levantar la cabeza durante unos segundos. Entonces, la cabeza le pesaba y se recostaba en la cobija. Pero lo intentaba otra vez, subía la cabeza y la sostenía un poco más.

Sacudí su sonaja, alzó la cara y sonrió mostrando las encías. Me recosté a su lado y lo siguiente que recuerdo fue que la abuela me despertó para que me fuera a mi cama.

Al despertar el domingo en la mañana, una capa de nieve cubría el suelo. El silencio y la tranquilidad eran tales que, cuando azoté la puerta al salir, sonó como si se tratara de un disparo. King ladró y se escuchó un eco en la bahía. La nieve tapaba por completo la negrura de la cabaña de los Morri-son. Nadie había venido a limpiar los restos del fuego.

En la tarde apareció Bert y sacó a la abuela a dar un paseo.

—¿Cuándo te vas a Florida? —le pregunté.

—Después de Navidad —dijo sin dejar de balancearse sobre sus pequeños pies—. Voy a pasar la Navidad en Toronto con mi hija y luego me voy —no me quitó la vista de encima y alzó la voz—. Sigo pensando que sería agradable tener compañía.

La abuela fingió no escucharlo. Tenía puesta una chamarra para la nieve, nueva y azul, que combinaba con el color de sus ojos. Y el gorro, como el de Lucas, estaba bordeado con piel. Se veía tan bien que me dieron ganas de abrazarla, pero me contuve por Bert. Decidieron llevar a Lucas al paseo y Bert convirtió el asunto del asiento de bebé en todo un acontecimiento.

Cuando finalmente se fueron yo estaba decidido. Busqué en la lista de números que la abuela guardaba junto al teléfono hasta que encontré el que quería. Y lo marqué.

—Policía de la provincia, destacamento de Midvale. Habla el oficial Graham —contestó un hombre.

—Tengo información acerca del incendio de la semana pasada en Sandy Beach —mi voz no dejaba de temblar, pero no colgué. ¿Acaso delatar a Benson significaba perder a Lucas? No era la manera correcta de ver las cosas. ¿Qué clase de padre sería para Lucas si Jim Benson era capaz de obligarme a hacer algo que yo sabía que era incorrecto?

—¿Cuál es su nombre? —me preguntó el policía con tono severo.

—Mi nombre es Mateo Wilson —le dije—. Estoy de visita en la cabaña de mi abuela, que está junto a la que se quemó.

—¿Y qué información nos puede proporcionar, señor Wilson?

—Me parece que lo mejor es no andar con rodeos. ¿Podrían venir a la playa hoy en la tarde para hablar conmigo?

—Será hasta mañana a primera hora, ¿estará usted allí?

—¿No es posible esta tarde? —dije, algo decepcionado. Me moría por contar mi versión de los hechos.

—A menos que sea absolutamente urgente, señor Wilson, tendrá que ser mañana. Dado que hoy es domingo, soy el oficial encargado y sólo puedo abandonar la oficina en caso de emergencia —dijo con voz de sospecha.

—No, está bien. No hay problema, mañana aquí estaré —tendría que hablar hoy en la noche con la abuela, que de cualquier manera se enteraría.

Al colgar me di cuenta de que estaba inquieto. Cuando finalmente cumplí con mi deber me dijeron que esperara hasta mañana. Así que me puse unas botas gruesas, llamé a King y salí a caminar por la playa. El olor era intenso, penetrante. El movimiento del agua casi imperceptible, lo suficiente para ver que aún no estaba congelada; tenía el mismo color gris lodoso que el cielo. Montones de nieve y arena en la orilla evitaban que el agua hiciera ruido al chocar. Todo se sentía en calma.

Caminé un buen trecho por la playa; había cinco o seis casas que parecían habitadas. Unos perros me ladraron,

pero apenas vieron a King decidieron retirarse. El aire no podía ser más limpio. Si no es por el viaje a la ciudad, casi olvido la diferencia.

Cuando me volteé en dirección a la cabaña reconocí mis huellas en la nieve, extendiéndose al infinito. De regreso caminé sobre mis pisadas. Me detuve en la casa de los Morrison y contemplé el desastre mientras King volvía a la playa.

Una parte del techo todavía colgaba de las vigas, y los cielos señalaban el contorno de la cabaña. Todo lo demás era sólo madera carbonizada y tejas que se asomaban entre la nieve.

Me pregunté si el señor Grant buscó señales de cómo empezó el fuego. No me lo podía imaginar entre los escombros vestido con su traje azul y zapatos relucientes. Pero ahora, con toda seguridad, la policía investigaría.

Se me ocurrió entonces dar un vistazo; a lo mejor me topaba con evidencia para respaldar mi versión. Levanté una vara que descansaba en el sitio donde antes colgaban las cortinas y me dirigí a la chimenea, pisando con cautela, como esos hombres que aparecen en la televisión buscando minas en el suelo.

Pasaron unos cinco minutos cuando me percaté de que ya no estaba solo. Sentí cómo, atrás del cuello, los pelos se me paraban de punta. Me encontraba en la cocina, debajo de un trozo de techo, buscando entre la nieve latas vacías de líquido para encender parrillas. Bajé la vara de la cortina y di una vuelta completa. Nada ni nadie estaba allí, pero escuché claramente una voz:

—¡Insistes en meterte en lo que no te importa!

Era Jim Benson. Su tono de voz era casi triste, como si lo hubiera decepcionado.

## Nueve

**B**ENSON salió de atrás de la chimenea. En la mano derecha sostenía un pedazo de marco de madera con el extremo completamente quemado. Lo movía de un lado al otro, a medida que se acercaba a mí. Busqué algo para defenderme, pero lo único que logré encontrar fue esa ridícula vara retorcida de cortina.

—Tú solo caíste en la trampa, Mateo. Creí que eras más inteligente —dijo—. Todos creerán que entraste a curiosear y que el trozo de techo te cayó encima. Hasta tus huellas están en la nieve; claramente llegaste por voluntad propia. No se puede pedir más —puso esa sonrisa empalagosa mostrando las encías.

No perdí más tiempo. Salí disparado a la cabaña de la abuela. No es que supiera que eso me iba a servir, pero tampoco me iba a quedar ahí parado como un pato de tiro al blanco. Los ojos de Benson brillaban con una luz peculiar, la misma de esa ocasión en la que le dije que lo había visto en la noche del incendio.

Llegué hasta los cimientos de concreto. Para tomar impulso, puse el pie en el agujero de uno de los bloques y, al saltar, éste cedió. Benson estaba atrás de mí, me agarró del hombro y jaló fuerte, tanto que caí de espaldas sobre la nieve.

Levantó el brazo con el palo en su mano. Tenía mirada de loco. Supe que me iba a matar.

—Ya le dije a la policía —grité lo más fuerte que pude.

Eso detuvo su brazo por un instante.

—Mayor razón para deshacerme de ti —espetó—. Los testigos muertos no hablan.

Enfoqué la vista en el palo de madera y, cuando lanzó el golpe, rodé. A partir de ese instante todo pasó muy rápido. Escuché que una voz gritó:

—¡Papá!

En ese instante el palo golpeó, a escasos milímetros de mi cabeza. Benson cayó de rodillas a mi lado debido al impulso de su golpe fallido.

Un par de manos enormes tomaron a Benson de los brazos para levantarlo y, cuando miré, tenía enfrente la cara de Charlie, le gritaba a su padre, no a mí.

—¡Papá, estás loco! ¿Qué diablos haces?

Jim se lo quitó de encima y me pateó con fuerza en la espalda. Rodé rápidamente y logré ponerme de pie. Cuando intentaba decidir si lo mejor era correr o enfrentarlos, se escuchó un ladrido y apareció King saltando entre la nieve. Ya estábamos parejos y decidí no moverme.

Durante un momento, los cuatro —Jim y Charlie frente a King y yo— no hicimos más que mirarnos. Era casi cómico. Nadie dijo nada.

Primero le hablé a Charlie.

—Mejor llévate a tu papá. Trató de matarme —no sé por qué, pero supe que podía confiar en Charlie.

No soltó el brazo de su padre.

—Vino a buscarte para hablar del incendio, pero estaba tan alterado que lo seguí —me dijo.

Alcancé a ver que su camioneta estaba estacionada al final de la entrada.

—Lo mejor es que te lo lleves a casa. Ya está metido en suficientes problemas por empezar el fuego —le dije.

—¿Vas a llamar a la policía? —me preguntó Charlie.

—Ya lo hice... Les dije del incendio —y tomé a King del collar—. Anda, King, vamos —pasé junto a los Benson,



cruce los cimientos y no paré de caminar hasta la casa de la abuela. No miré atrás y ninguno dijo una sola palabra. Cuando King y yo entramos a la casa escuché el ruido del motor de la camioneta.

Alcancé a ver por la ventana la luz de los faros traseros que se alejaban. Me limpié y cuando Bert y la abuela regresaron, decidí que lo mejor era no decir nada de lo que había sucedido entre Charlie, Jim y yo. Lo hice por Charlie, a nadie le gusta que todo el mundo sepa que su padre es un tonto.

Pero aún no le había avisado a la abuela que la policía llegaría al día siguiente y lo hice cuando terminamos de cenar. Bert, que ya era parte de la familia, dijo que también vendría cuando estuviera aquí la policía.

Así que al otro día los cuatro —Lucas estaba acostado en la cobija, tratando de alcanzar los dedos de sus pies— escuchamos la sirena de la patrulla. Ni la abuela ni yo pensamos en esconder a Lucas. Ya no era momento para eso.

La idea de que la policía no me creyera cruzó por mi mente. Podrían creer que estaba molesto con Benson por algo del trabajo y que sólo quería causarle problemas. Lo mismo se me ocurrió la noche anterior, cuando les conté a la abuela y a Bert, pero no dudaron de mí ni por un segundo. Confieso que eso me hizo sentir bien.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y conté todo sobre la noche en que vi a Jim Benson justo antes del incendio.

—Puedes estar equivocado —dijo el policía más viejo—. Era de noche. No dudo que viste a alguien. Pero, ¿cómo puedes estar tan seguro de quién era?

—Reconocería su calva en cualquier parte del mundo —les dije—. Llevo dos meses trabajando con él casi a diario. ¿Green que no lo reconocería? También alcancé a ver su camisa a cuadros. El brillo de la luna era muy intenso esa noche.

—Está bien, está bien —el policía alzó la mano—. Tengo que asegurarme de que tu testimonio no se desbarate en

el juicio. Todo el caso depende de ti, porque el abogado de Benson no se andará por las ramas.

—¿Juicio? —tuve que jalar aire.

—Mira, Mateo —dijo el policía encargado de la conversación; el más joven estuvo sentado todo el tiempo, escuchando—, sabemos que se trata de un incendio premeditado y estamos casi seguros de quién es el culpable, pero no había pruebas para presentar cargos en su contra. Faltaba un testigo. Ahora ya tenemos uno: tú. Y, a menos que quieras que este tipo quede libre y vuelva a hacer lo mismo, debes ir a la Corte y dar tu versión de los hechos.

—¿Qué edad tienes? —por fin dijo algo el otro policía.

—Cumpló dieciocho años la semana que viene —le contesté.

—Eso es más que suficiente. Aceptarán tu testimonio sin ningún problema. Lo único que tienes que decirnos es si estás dispuesto a presentarte en la Corte.

Los cuatro se me quedaron viendo: la abuela y Bert con plena confianza, los policías absolutamente inexpresivos. En ese momento supe que si declaraba en contra de Benson, también tendría que ir a juicio y luchar por Lucas. Jim Benson se encargaría de eso. Y, ¿cuáles eran las posibilidades de quedarme con Lucas cuando el juez lo supiera todo? ¿Después de haberlo robado del hospital? La versión de Lorena de que me lo dio pronto se vendría abajo una vez en la Corte.

Pero respiré hondo y dije:

—Seguro.

—Ahora mismo vamos a la granja a arrestar a Benson —nuevamente tomó el cargo el policía más viejo—. Recibirás un citatorio indicando cuándo debes presentarte en la Corte para la audiencia. ¿Estarás allí?

—Eso espero —dije—. Les haré saber dónde ando —rogaba para no acabar en la cárcel.

—Abuela ¿crees que podemos sacar una cita con el abogado del que me hablaste? —le pregunté cuando la patrulla arrancó rumbo a la granja de los Benson.

—Sí, me parece que es lo mejor —dijo la abuela. Y aun- que sus brazos estaban tensos cuando levantó a Lucas, man- tuvo la voz firme.

Bert me dio unas palmadas en la espalda.

—Bien hecho —fue todo lo que dijo.

Decidí ir a ver al abogado yo solo, para que la abuela no tuviera que contestar preguntas para explicar por qué nos había dejado quedarnos con ella. Así, al cinco para la tres de la tarde, entré en la oficina de la calle Main para poner- me en manos de la ley. Creo que fue el momento más difícil de mi vida.

El abogado se llamaba Steve Jennings y se trataba de un joven que ahora estaba a cargo de la oficina de su padre. Era evidente que tenía muchos casos; aunque el teléfono nunca dejó de sonar estuvo varias horas conmigo. Me hizo miles de preguntas, sobre todo le interesaba saber las razones por las que me llevé a Lucas del hospital.

Después de tres tazas de café, finalmente me dijo:

—Mañana me pondré en contacto con las autoridades correspondientes en Toronto. Es probable que tengas que presentarte en la Corte, pero estoy seguro de que podrás salir bajo fianza si te quedas con tu abuela.

—¿Y Lucas?

—En cuanto sepa algo te aviso —fue todo lo que dijo, pero el tono de su voz no me dio muchas esperanzas.

Bueno, era demasiado tarde para arrepentirse. Sólo estaba seguro de que lucharía hasta el final por conservar a Lucas. Jennings se comunicó a la mañana siguiente.

—Mateo, parece que andas con suerte —fue lo primero que dijo—. Todo indica que Lorena no firmó la custodia para entregar al niño a Ayuda Infantil. Así que, a menos que ella presente una demanda por secuestro, no estás en tantos problemas. Ésa es la razón por la que la policía no hizo mayor esfuerzo por encontrarte. Lorena les dijo que tú te estabas haciendo cargo del bebé por el momento y,

como ella es la mamá, fue más un asunto para los de Ayuda Infantil que para la policía. Ayuda Infantil solicitó que te buscaran y por eso llegó la policía hasta casa de tu abuela.

Cuando escuché eso sentí que me quitaba un peso enor- me de encima. No estaba en tantos problemas como pensé. Y todo gracias a Lorena.

Jennings agregó:

—Sí hay un cargo que tendrás que enfrentar debido a los problemas que causaste. Lo que ahora me interesa es que comiences el procedimiento para solicitar la custodia total de Lucas como padre legal. Es la única manera de que las cosas queden arregladas. ¿Qué piensas?

—¿Hay posibilidades de que me quede con él?

—Lo más que podemos hacer es intentarlo —no quiso prometer nada—. Ahora bien, puedes solicitar ayuda legal, pero me interesa el caso y si tu abuela acepta, podríamos lle- gar a un acuerdo para que los costos no sean muy elevados.

—Voy a hablar con ella y me comunico de inmediato —le dije.

Cuando terminé de contarle, la abuela dijo:

—Mateo, todo lo que tengo es tuyo.

En ese instante comprendí que me amaba tanto como a Lucas. Decidimos seguir con el asunto y juré que le pagaría hasta el último centavo.

Cuando llamé a Jennings para decirle que siguiera ade- lante, me dijo:

—Se me olvidó decirte que como tienes un cargo en tu contra, Ayuda Infantil del distrito se va a hacer cargo de Lucas durante un tiempo.

—¿Por qué no se puede quedar con la abuela? Ella no es un criminal.

—Eso les pregunté, pero no estuvieron de acuerdo, así que me temo que tendrás que aceptarlo por el momento.

A mitad de semana llegaron dos trabajadoras sociales a la cabaña. Y no perdieron el tiempo, traían todos los papeles

necesarios para demostrar que contaban con la autorización para llevarse a Lucas y colocarlo temporalmente en un hogar sustituto cerca de Midvale. La abuela ya había empacado todas sus cosas y yo le di un beso cuando se lo llevaron vestido de azul con un gorro peludo. Él no se quejó. Nada le daba más gusto que ir a pasear en auto.

Yo estaba muerto de miedo ante la posibilidad de no verlo a ver.

La vida en la cabaña no era la misma sin Lucas. La única razón por la que pude soportarlo fue que era igual de difícil para la abuela. Debido al cargo que me imputaron no podía visitarlo. La abuela sí tenía autorización. Pero decidió que sería peor para Lucas si lo iba a ver y luego lo dejaba allí. Pensé que probablemente quería prepararse por si tenía que entregarlo para siempre.

Como delaté ante la policía al que era mi jefe, me quedé sin trabajo. Los primeros días después de que se llevaron a Lucas, la abuela y yo caminábamos por la cabaña como dos zombis.

—Hasta ahora me doy cuenta de lo ocupada que me tenía —dijo la abuela. Se la pasaba sentada en la mecedora abrazando una almohada.

Estreché mi amistad con King y nos dedicamos a explorar el terreno entre la playa y las tierras cultivadas. La zona era fría y húmeda. Los robles y abedules estaban totalmente desnudos; los pinos flacos. La nieve cubría la capa de hojas que se pudrían en el suelo. King olfateaba los rastros de conejos, pero nunca me perdía de vista.

Un día nos topamos con un zorro. Nunca antes había visto uno, pero lo reconocí de inmediato. Era hermoso, elegante con su natural abrigo rojo. Me observó y se alejó con toda tranquilidad.

Me acordaba entonces de la abuela y volvíamos a la cabaña a toda prisa. Ya la consideraba mi hogar. Ahora la abuela cocinaba y horneaba todo el tiempo, así que tanto yo como

Bert, que nos visitaba a cada rato, debíamos comer todo lo que preparaba. Nadie tenía que levantarse a las tres de la mañana, pero con tanta comida y preocupación sobre lo que nos esperaba a Lucas y a mí, soñé varias veces con esa pelea de box. Sólo que ahora las ventanas del lugar donde peleábamos tenían barras de hierro.

Antes de Navidad fui a Toronto con la abuela y Steve Jennings para presentarme en la Corte. Steve me explicó que era un crimen de justicia sumaria y que, por lo mismo, se resolvería lo más pronto posible. Me dijo que el castigo máximo era de quinientos dólares y seis meses en prisión.

¡Lo bueno es que me lo dijo cuando ya estábamos en el auto! Me puse a temblar tan fuerte que con dificultad entré al recinto. ¡Y yo que le había hecho caso a Jennings, al darme culpable!

Esperaba encontrarme con Lorena, pero éramos sólo un policía, un juez y nosotros. El juez realmente se esforzó por dejarme las cosas claras.

—Hiciste algo estúpido y peligroso —no dejaba de repetir y, a decir verdad, casi estaba de acuerdo con él. Pero si no lo hubiera hecho Lucas habría desaparecido para siempre de mi vida. Y ahora siquiera tenía otra oportunidad para mantenerlo conmigo.

Steve le explicó que iba a testificar en contra de Jim Benson y yo le dejé bien claro que nunca volvería a robarme un bebé, lo que era totalmente cierto. El juez me multó con doscientos dólares. La abuela suspiró y pagó en efectivo. Fue un gran alivio para los dos saber que no iría a prisión.

Supongo que uno de los peores días fue Navidad. Nada parecido a lo que había planeado para Lucas cuando cortaba los pinos escoceses. Compramos un árbol en el pueblo y un pavo en la carnicería de Kelly. Nada más éramos la abuela, King y yo. Bert fue a pasarla con su hija y Pam ya no estaba en la ciudad. Jim Benson salió libre bajo fianza con el dinero que Charlie logró juntar por el valor total de los árboles de

navidad, pero seguramente no querrían pasar la Navidad con la abuela y conmigo.

Ayuda Infantil nos autorizó visitar a Lucas. Y nada nos impediría que pasáramos un rato con él en Navidad, aunque luego nos extrañara más. En el pueblo le compré un oso de peluche más bonito que el perro de la tienda del hospital donde nació, y también más barato. Lo compré con una parte del dinero que había ganado cuando trabajé con Benson.

Cuando la madre sustituta nos abrió la puerta sentí que el corazón se me salía del pecho. Era como de la edad de mamá y tenía su propia familia. La sala estaba arreglada para Navidad: un árbol enorme, iluminado, aunque todavía era de día. Logramos sentarnos en un hueco, entre envolturas y listones.

—Voy por Lucas —dijo, y subió por las escaleras.

Se escuchaban voces en la cocina y el aroma en la casa era como todas las mejores comidas de la vida reunidas en una.

—Le encantan las personas —grité—. Podrían tenerlo aquí abajo o en la cocina.

Me acerqué al pie de las escaleras listo para recibirlo cuando lo bajaran. Traía puesto uno de esos trajes azules para dormir que la abuela le compró, y apenas iba a despertar.

Me reconoció. Fue como esa vez en el hospital cuando se me quedó viendo y supo que yo era su papá.

—Estaré en la cocina —comentó la mujer—; la trabajadora social dijo que estarían aquí media hora.

La abuela lo tomó y revisó por todas partes para asegurarse de que estaba bien cuidado. Cuando quedó satisfecha y mientras lo sostenía, le di a Lucas el oso de peluche que le había comprado. De inmediato escondió su cara en el muñeco y le mordió una de las orejas.

—Tiene hambre —dije—, quizá no está comiendo bien.

—Ay, Mateo. Se ve bien. Creo que está un poco más gordo. Cárgalo tú para que pueda verlo.

Sentí que sólo estuvimos con él como dos minutos y la señora estaba de regreso. Cargaba un asiento de bebé.

—Está bien acompañado —dijo, un poco brusca—. Aquí lo siento cuando está despierto y lo acomodo en la cocina con nosotros.

—¿Y con qué frecuencia le dan de comer? —le pregunté directamente—. Porque está acostumbrado a una buena alimentación.

—¡Mateo! —se quejó la abuela.

—Desde hace muchos años me dedico a cuidar a niños que están en espera de un hogar. No tienen de qué preocuparse, lo estoy cuidando bien. Ven Luquitas —y se lo quitó a la abuela para sentarlo en la silla.

—Lo mejor será que se lo lleve a la cocina mientras nosotros vamos, así no se dará cuenta de que lo estamos dejando —antes de cerrar la puerta le grité:

—¡Se llama Lucas!

La abuela y yo regresamos a la cabaña con nuestro pavo. Supongo que nos sentíamos mejor respecto a Lucas porque la cena estuvo bastante bien. Solos: esta amable señora y yo.

Después de comer todo lo que pudimos, nos sentamos frente a la chimenea a escuchar la radio. ¡La vida en Sandy Beach! Mamá le envió a la abuela una tarjeta de navidad y un billete de veinte dólares. Seguro me mandó lo mismo a la pensión. Cuando el asunto de la custodia de Lucas se arreglara, le escribiría para contarle la historia. ¡Vaya! Ella ni siquiera sabía si había tenido un nieto o una nieta.

Las cosas mejoraron después de Navidad. Un día apareció Pete Kelly. Después de hablar del clima durante un rato, dijo lo que había venido a decir:

—Supongo que saben que Pam se fue del pueblo —comentó—. Así que necesito a alguien que me ayude en el mostrador de la carnicería. Me preguntaba si no estarías interesado, Mateo. No pago mucho, pero te enseñaré el oficio de carnicero.

Empecé al día siguiente. Me sentí ridículo con la bata blanca, envolviendo chuletas para las señoras, pero estaba tan contento de tener un trabajo que no le di importancia. Pete se portó realmente bien conmigo y fue grandioso conocer a casi el pueblo entero. Además, la abuela y yo comíamos como reyes, filete y rosbif todos los días. Y aunque todavía me daban ganas de trabajar al aire libre, pensé que mientras algo aparecía por lo menos le estaba pagando a la abuela una mínima parte de todo lo que le debía.

En Midvale decían que en comparación con otros inviernos éste había estado agradable, pero hubo unas nevadas que, para un chico de ciudad, fueron como si el mundo se cayera a pedazos. Lo que más me molestaba era que cuando nevaba no había viento, y eso era muy distinto a las tormentas otoñales. El aire todavía era gris y todo estaba en silencio cubierto por enormes copos de nieve que descendían del cielo como plumas. No dejaba de sorprenderme lo lentos que caían los copos. En la ciudad ya encontraba la nieve en el suelo. Así fue que un día acabamos atrapados por la nieve en la cabaña hasta que llegó una máquina a limpiar el camino. Sentía que, o enloquecíamos totalmente o lo tomábamos con calma. La abuela y yo, incluso King, decidimos que lo mejor era relajarnos y disfrutar del hogar.

Aquella vez fue una buena oportunidad para preguntarle a la abuela por mamá y papá. Se sorprendió. Sus anteojos se deslizaron por la nariz y ni siquiera intentó acomodarlos. Levantó su almohada, la abrazó y comenzó a mecerse en la silla.

—Conoció a tu papá en un bar al que iba los viernes por la noche con las chicas de su oficina. Él era nuevo en la ciudad, estaba solo y quería compañía. Ella me contó que bailaba como una tortuga, pero no le importó. Se enamoró de él de tal manera que era en todo lo que pensaba mañana, tarde y noche.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Acaso él no la quería?

—Eran demasiado distintos para que duraran juntos, Mateo. Sí, sí la amaba, pero creo que perdió piso al conocer a tu madre, una niña bonita y lista de ciudad, enloquecida por carse con él. Le dije que eran muy diferentes, pero ella no me escuchó. Él era muy guapo y a todo mundo le caía bien.

—¿Por qué nos abandonó?

—Estoy convencida de que no se debió a una sola cosa. De acuerdo, Mateo, ¡no fue correcto de su parte! Sé que eso es lo que estás pensando. Si se quedó tanto tiempo fue por ti —arrojó la almohada en el sillón y se levantó—. Simplemente eran demasiado distintos. Espero que tu mamá sea más feliz con su nuevo esposo.

Pero no iba a dejar que la abuela se fuera tan fácilmente. —Me dijiste por qué dejó a mamá. Pero, ¿por qué también se alejó de mí? Ni siquiera me ha mandado una tarjeta en Navidad o un saludo en mis cumpleaños.

La abuela se asomó por la ventana. La nieve cubría las ventanas por fuera a medida que el viento tomaba algo de fuerza.

—Mira la nieve. Nunca me hubiera quedado aquí si no fuera por ti, Mateo. No sé por qué tu papá no te buscó. Probablemente pensó que eras muy joven y no lo recordaría. Probablemente pensó que si desaparecía totalmente de tu vida, sería más fácil para ti. Así como yo decidí que no quería visitar a Lucas. A veces, las personas hacen cosas malas por razones equivocadas. Pero, Mateo, eso ya pasó. Tenemos que vivir el presente. Vamos a jugar damas. La máquina quitánieves acabará en unas horas.

Tenía que presentarme a la audiencia preliminar de Benson, así que me quedé en el pueblo con Steve Jennings, para no correr el riesgo de que la nieve me impidiera llegar a Barrie. El señor Grant, el hombre de los seguros, estaba en la audiencia, y por fin conocí a Morrison. Parecía un clon de Jim Benson. Era fácil entender que se pusieran de acuerdo para planear el incendio.

Su abogado era bastante astuto.

—Ya noche, sin luces, ¿y tú dices que puedes identificar a mi cliente sin la menor duda? —insistió en esto cuando presenté mi versión.

—Estoy seguro de que era Jim Benson y él mismo me dijo después que Morrison lo había contratado para que lo hiciera.

Entendí que la policía tenía razón. Todo dependía de mi palabra, y estaba realmente orgulloso de que me hubieran creído. Charlie estuvo presente, pero no hablamos. ¿Qué podía decir si lo que tenía era evidencia para enviar a su padre a la cárcel? Pero nunca le conté a nadie que Jim quiso matarme, y siempre he creído que Charlie lo agradeció porque después de eso mejoró su comportamiento conmigo. No es que nos hiciéramos amigos, pero de vez en cuando pasaba a la carnicería a contarme cómo iban las cosas. Vendió los árboles al mayoreo y ganó una buena cantidad de dinero.

Hice amigos en Midvale: Steve Jennings y los chicos más jóvenes que trabajaban como voluntarios en el departamento de bomberos, y Pete Kelly y su familia. Por alguna razón estaba seguro de que podía confiar en ellos. O quizá había adquirido confianza en mí mismo.

Pete insistía en que, cuando llegara la primavera, cerraríamos la carnicería y fuéramos a pescar.

—Belugas casi tan grandes como ballenas, Mateo —me decía.

Pam le escribió a su mamá contándole que ya estaba en el oeste, tenía un trabajo y no pensaba regresar. Hasta donde yo sé, no me mencionó.

Las pesadillas desaparecieron, pero de vez en cuando despertaba a mitad de la noche esperando escuchar el grito de Lucas. Tachaba en el calendario los días que faltaban para la audiencia. A las señoras que entraban a la carnicería con un bebé, les preguntaba:

—¿Qué edad tiene? Tratando de imaginarme lo grande que ahora estaría Lucas.

Le envié una tarjeta a Lorena en Navidad, de parte mía y de Lucas. La sentía parte de mí y del bebé. Me preguntaba si también estaba ansiosa de que llegara el día de la audiencia.

LA audiencia para la custodia fue el 10 de febrero en el edificio de la Corte del distrito de Barrie. Todos aparecimos como si fuéramos actores que representan una obra. Lorena, la señora Mitchell, su abogado, la abuela, Steve Jennings, el abogado de Ayuda Infantil y yo.

La semana anterior había venido a Barrie con Bert a comprarme un saco y una corbata. Lorena y su mamá estaban en la corte cuando llegamos; quería observar la cara de Lorena cuando me viera. Tuvo que mirarme dos veces para asegurarse de que era yo. Entonces alzó las cejas y sonrió. Pero en un intento por evitar que alguien se diera cuenta de lo que pensaba, echó la cabeza para atrás y se volteó.

Lorena lucía muy bien: traía suéter y falda azules, casi del color de sus ojos, aunque no me gustó lo que se había untado alrededor de los ojos. Su mamá la tomó del brazo y le dijo algo, así que no me acerqué a saludarla. No provocaría una escena que hiciera que me sacaran de la Corte, de manera que me fui a sentar con la abuela y Steve del lado opuesto al corredor. Durante un buen rato nadie dijo nada, como si estuviéramos en misa.

En eso, el juez salió por una puerta del fondo y comenzó la audiencia. Era viejo y tenía una calva brillante con manchas marrones. Parecía que estaba furioso de tener que estar allí, porque ni saludó ni nada. Se puso a leer un documento.

Todo se reducía a mi solicitud para obtener la custodia de Lucas, a la observación de que la abuela estaba dispuesta a ayudarme a cuidarlo, y a que Lorena podría verlo siempre que quisiera. La señora Mitchell, por su parte, solicitaba la custodia de la Corona para que alguien ajeno a nuestras familias lo adoptara. El juez debía decidir.

Primero llamó a Lorena, justamente supongo, porque era la mamá de Lucas. Vi cómo ella se acercó al escritorio del juez, pequeña a pesar de que traía unos enormes tacones de aguja; su voz aún era tan suave que me incliné para oír lo que decía.

—No presenté cargos contra Mateo cuando se llevó a Lucas del hospital, porque tenía plena confianza de que cuidaría bien a nuestro bebé —le dijo al juez. Realmente me sentí orgulloso cuando la escuché—. Y tuve razón. La trabajadora de Ayuda Infantil dice que Lucas está bien cuidado, gracias también a la ayuda de la abuela de Mateo. Pero yo no quiero quedarme con Lucas. No puedo encargarme de él y creo honestamente que lo mejor es que se vaya con una buena familia para que tenga una mamá, un papá y quizá, hermanas y hermanas.

El juez alzó la mano.

—A pesar de lo que has dicho, el hecho de que no hayas firmado la custodia de Lucas para ponerlo en manos de Ayuda Infantil, me hace pensar que no estás del todo convencida de que la adopción es lo mejor para tu hijo. ¿Tienes otra razón, además de que esté en manos de dos padres, hermanos y hermanas, para preferir la adopción en vez de darle la custodia a su padre?

Lorena apretó los labios. Lo que acababa de decir parecía ensayado. Pero supe que lo que iba a decir en ese momento saldría del fondo de su corazón y lo que le dolía era tener que decirlo frente a tanta gente. Sus palabras iban dirigidas a mí.

—Quiero que todo esto acabe para seguir con mi vida. Sé que Mateo lo cuidaría bien, pero mientras Lucas viva con él,

esto no acabará nunca. Seguiremos... —su voz se convirtió en un susurro— involucrados.

Tuve que controlarme para no saltar y gritarle ahí mismo en la Corte. Le quería decir que estaba totalmente equivocada, que Lucas nos pertenecía, era una parte de los dos y no podía desaparecer como si nunca hubiera existido.

Pero me calmé y decidí escuchar la versión de la señora Mitchell, lo que demuestra que algo había aprendido sobre cómo conservar la calma en los últimos meses. Porque realmente se necesitaba mucho control para escuchar a esa mujer.

Tan pronto como tomó su lugar junto al juez, se soltó a hablar:

—Mientras tenga algo de fuerza en mi cuerpo jamás dejaré que ponga otra vez sus manos en ese niño —me miraba con rabia, como si quisiera comerme vivo—. Es un bueno para nada. Se llevó al bebé del hospital sin pedirle permiso a nadie. No es más que un ladrón, un secuestrador cualquiera.

—Sin embargo, su hija no mostró objeción. Incluso dijo que creía que Mateo estaba cuidando bien al bebé —la interrumpió el juez.

—Mi pobre hija no estaba en posibilidades de enfrentarse a un monstruo en ese momento —gritó. Después sí que se echó a andar—: ¿cómo pueden decir que es su hijo? Él no le dio nueve meses de su vida; él no tuvo que soportar los chicheos de los vecinos. Su madre no tuvo que pasar la vergüenza de todo esto. Y, por cierto, ¿dónde está su madre?

Se puso tan roja y empezó a aspirar aire de una manera tan chistosa que el juez ordenó un receso de unos minutos. Pidió que alguien le llevara un vaso de agua.

Se tranquilizó un poco.

—Ningún bebé debe dejarse en manos de una anciana y un adolescente para que lo cuiden. Es lo más ridículo que he escuchado. La abuela de Mateo es demasiado vieja para encargarse de una persona. Pronto alguien tendrá que cuidarla a ella —masticó cada palabra que dijo.

Tomé la mano de la abuela y la apreté. ¿Cómo pude suponer que la mamá de Lorena, esa mujer amargada, pudiera hacerse cargo de Lucas?

—Suerte que esa mujer nunca tuvo a Lucas cerca —me susurró la abuela al tiempo que presionaba mi mano. Me pregunté qué estaría pensando Lorena de todo eso. Volteé hacia donde ella estaba: miraba al frente, con los ojos fijos en su madre; escuchaba atentamente cada palabra. Sentí que algo me congelaba el pecho.

—¿Tiene algo más que agregar, señora Mitchell? —preguntó el juez.

—Sólo que Ayuda Infantil dice que Mateo tiene un trabajo. Pues no lo creo. Y si eso es verdad, quien lo haya contratado ya tendrá tiempo de lamentarlo. No acabó la escuela, no sabe ningún oficio y jamás ha movido un dedo en su vida. ¿Cómo va a mantener a ese niño? No entiendo siquiera cómo puede estar sentado ahí haciéndonos pasar por esta locura. El niño debe ser adoptado de tal manera que él nunca pueda volver a verlo, y punto.

Se marchó por el corredor y abrazó a su hija antes de sentarse. Lorena alzó la mirada cuando la abuela se acercó al escritorio del juez. Los ojos color violeta se veían cansados, como los de un cachorro que no sabe si lo vas a patear o a acariciar.

La sensación cálida que tuve cuando vi a la abuela ahí enfrente, dispuesta a todo por mí, derritió un poco el hielo que traía dentro. Nunca nadie había dicho en público todo lo bueno que ella dijo de mí. Realmente sentí que era responsable de Lucas. Y que sacarlo del hospital fue una manera de mostrar que yo me encargaría de él.

—Quizá Mateo no hizo lo correcto, pero su corazón sí —dijo, como si desafiara al juez a decir algo malo de mí—. Después de todo, Lucas es su hijo.

Me sentí muy orgulloso cuando dijo eso y volteé a ver a Lorena. Pero había sacado una lima de su bolsa y estaba ocupada limándose las uñas.



—Ayudaré a Mateo a cuidar a Lucas todo el tiempo que él quiera que lo haga. Eso es algo a lo que me puedo comprometer —finalizó la abuela.

La trabajadora de Ayuda Infantil, entonces, contó que Lucas estaba sano y bien adaptado a su entorno. Que vivía conmigo y con la abuela en un ambiente familiar estable. Steve Jennings dijo que presenté testimonio en contra de Jim Benson, a pesar de que él había amenazado con causarnos problemas a mí y a Lucas. Dijo que, no obstante mi juventud, me comporté como un ciudadano responsable.

Mientras escuchaba lo que decían, sentí cómo el estómago se me hacía un nudo. Yo era el que seguía y, por tanto, mi declaración provocaría finalmente que Lucas se quedara conmigo o se fuera a vivir con unos extraños. Entonces, el juez gritó:

—Mateo Wilson.

Me levanté tan rápido que me dio un mareo. No busqué a Lorena ni a nadie más cuando me senté junto al escritorio del juez. Miré fijamente el piso y recé.

Lo primero que me preguntó fue por qué me había llevado a Lucas del hospital. Le contesté:

—Ahora sé que lo hice fue incorrecto. Son demasiadas las cosas que le pueden suceder a un bebé tan pequeño —hasta ahí iba a dejar mi respuesta, pero tenía que decir la verdad, aunque fuera en mi contra. El juez tenía que saber cómo me sentía—. Pero nunca lo he lamentado. No existiría esta oportunidad si no me lo hubiera llevado con la abuela —la miré directamente—; si no fuera por ella, nunca habría sabido cómo cuidarlo.

El juez no quiso saber mucho más, sólo si le había pagado a la abuela los doscientos dólares que tuvo que dar como fianza por el cargo que me imputaron, y eso sí que lo había hecho. El juez, entonces, se recargó en el respaldo de la silla y se me quedó viendo.

—¿Qué es un padre? —me preguntó de repente.

—Un padre cuida a su hijo, eso es lo que hace. Y supongo que lo que es, es una persona a quien su hijo respeta, en quien confía.

—¿Hay algo más que quisieras añadir?

Tenía pensado decir algo, si me daban la oportunidad, a Lorena, a la abuela, y a todos los que habían conocido a Lucas. Pero más bien era algo para mí, como un juramento a mí mismo, algo importante. Tenía que explicar que era una nueva vida, incluso mejor que haberme ido con Pam.

—Sé que soy una persona normal. Quizá lo único importante que haga en mi vida sea encargarme de Lucas. En cuanto a todo lo demás, he descubierto que necesito el apoyo de otras personas, y estoy agradecido por toda la ayuda que pueda recibir para cuidar a Lucas. Siempre haré lo que sea mejor para él.

Sentí que el rostro me ardía cuando acabó todo. Pasé mi mano por la boca y casi corro por el pasillo hasta mi silla. El silencio en la Corte era tal que empecé a creer que había dicho algo malo, pero entonces Lorena metió la lima a su bolsa y las monedas que traía se cayeron con tal escándalo que el juez juntó sus papeles y dijo que regresaría en diez minutos para dar a conocer su veredicto.

Me acerqué a Lorena.

—Gracias por no enviar a la policía para que me quitaran a Lucas, aunque todo el tiempo supieras que estábamos con la abuela.

Se me quedó viendo, esbozó una sonrisa, pero cambió de parecer.

—No creo que esté bien que hablemos, dado que estamos en bandos opuestos —dijo con frialdad.

—¡Vamos, Lorena! ¿Qué quieres decir con eso? ¿Bandos opuestos? Tú eres la mamá de Lucas y yo soy su padre, ¡por Dios!

Se hizo para atrás y se sonrojó. Me di cuenta de que era una buena respuesta a todas las tonterías que, con seguridad, había

escuchado de su madre. Pero justo en ese momento la señora Mitchell tomó a Lorena del hombro.

—Vamos a esperar en el pasillo, Lorena —como si yo fuera invisible.

Me quedé atento a lo que iba a hacer Lorena. Volteó a verme, encogió los hombros, se levantó y siguió a su mamá.

Regresé a mi lugar con la abuela y Steve. Hablamos de otras cosas, de quién ganaría el partido de hockey juvenil el próximo sábado por la tarde en la arena de Midvale. Cuando regresó el juez yo ya tenía decidido que acataría su veredicto, fuera el que fuera.

Primero nos agradeció a todos por hablar con honestidad y sin ocultar nada.

—Estoy convencido de que cada uno de ustedes, a su manera, tiene como interés principal lo mejor para Lucas. O, por lo menos, en lo que se refiere a la abuela materna, lo que más le conviene a la mamá de Lucas.

Sentí un nudo en el corazón. Sabía que si el juez pensaba por un momento que la señora Mitchell tenía la razón, todo acababa para mí.

Prosiguió:

—La Corte considera tres factores para tomar una decisión respecto a la custodia de un niño. Los lazos emocionales que se han establecido entre el niño y los que piden su custodia, la relación consanguínea y el tiempo que el niño ha vivido en un ambiente estable. La custodia por parte del padre tiene precedencia sobre la custodia de cualquier adopción posterior en los tres puntos enumerados. Además, de acuerdo con la ley de Bienestar Infantil de Canadá, los miembros de la familia también son considerados. La abuela de Lucas ha sido muy importante en su vida. Por lo tanto, considero que lo mejor para el niño Lucas es que sea criado por su padre, un joven que ha demostrado que tiene fuertes lazos emocionales con su hijo desde el día en que éste nació.

Y sentenció:

—Mi veredicto es que el niño debe quedar bajo custodia del padre, recibiendo ayuda de la señora Coulter y bajo supervisión de Ayuda Infantil del distrito de Barrie durante seis meses. Se revisará el caso el 12 de agosto próximo. Les agradezco a todos.

¡Lucas era mío! Llevaba dos meses viviendo en automático en la cabaña con la abuela, trabajando en Midvale con los Kelly y en todo ese tiempo no me hice muchas esperanzas de quedarme con él. Di un paso para darle la mano al juez. En realidad quería abrazarlo, pero Steve me detuvo. Todos nos pusimos de pie respetuosamente mientras el juez abandonaba la sala.

Antes de que la puerta se cerrara completamente tras él, la señora Mitchell gritó:

—¡Apelaremos!

—¡No, no lo haremos! —esta vez la voz de Lorena se escuchó fuerte y clara. Se acerco a mí y me dio un beso en la mejilla—: Buena suerte, Mateo.

Entonces salió de la sala con su mamá, quien, por primera vez, iba detrás de ella. Me le quedé viendo un minuto. Jamás como en ese momento deseé tanto que, por lo menos, hubiéramos intentado formar una familia con Lucas.

Abracé a la abuela que comenzó a llorar; abracé a Steve y casi le arranco el brazo. Pero me tomé un tiempo comprender que Lucas era mío, que lo acompañaría en los años de escuela, en los deportes, y hasta algún día con las niñas. La idea de tal responsabilidad me calmó un poco, pero el corazón se me salía de felicidad.

La abuela y yo fuimos al hogar sustituto al día siguiente para recoger a Lucas. La mujer nos abrió la puerta.

—Sus cosas están empacadas; las voy a bajar. Entren, está en la sala.

Estaba acostado en un corral para niños, golpeando un pato de plástico contra la almohadilla que cubría la cerca.

Cada vez que el pato chocaba con la almohadilla, chillaba, y Lucas se reía. Me di cuenta de cómo esperaba escuchar el chillido antes de dejar caer su brazo. Estaba totalmente concentrado. Como cuando Lorena resolvía problemas de matemáticas.

La abuela se detuvo un momento y yo dije:

—¡Hola, amigo!

Pues bien, giró la cara y se me quedó mirando fijamente. Abrió los dedos dejando caer el pato y arqueó la espalda esforzándose realmente por levantarse. Me agaché para levantarlo y abrazarlo.

—Lo he cuidado bien —dijo la mujer—. Le he estado enseñando a decir pa-pá —tenía todas sus pertenencias bien acomodadas junto a la puerta—. Voy por su canguera mientras suben las cosas al auto —nos ofreció.

Cuando regresé por él, me lo entregó y dijo:

—Adiós Luquitas.

Había estado tanto tiempo con ella como con nosotros.

—Si quieres puedes venir a verlo —le dije—. Vivimos en Sandy Beach.

—No. Mejor no. Los de Ayuda me darán otro pequeño pronto. Pero, gracias. Es adorable.

A los dos días todo era como si nada hubiera pasado, excepto que ahora hacía más cosas, como rodar y darse vueltas más rápido que un parpadeo. La primera vez que lo hizo, la abuela y yo nos quedamos con la boca abierta. Bueno, no fuimos los primeros en ver que hacía eso, pero no importaba. Estaba de regreso en casa para siempre.

Casi un mes después, la abuela y Bert anunciaron que se iban a casar. Nunca fueron a Florida, así que viajaron a Quebec a pasar su luna de miel. Lucas y yo nos quedamos con los Kelly. La señora Kelly cuidaba a Lucas y a King mientras yo trabajaba.

Sé que a Lucas le va a ir bien aquí en Midvale. Hay muchos niños, un equipo juvenil de hockey, mucha pesca y actividades

al aire libre. Quiero llevarlo a acampar al norte. Dicen que oír cantar a los somorgujos al amanecer en el lago es todo un espectáculo. Juegan béisbol en el patio de la escuela en la que lo cambié la noche que me lo robé. Se ve que puede ser beisbolista. Los veranos los pasará con la abuela en la playa.

Pero a veces, cuando lo veo gatear por la cabaña, sujetándose fuerte de King, o tratando de caminar de una silla a otra, con una sonrisa como si fuera el primer hombre en pisar la luna, me pasan serias dudas por la cabeza. Me pregunto si un chico como Lucas no necesita un padre y una madre. Yo prometí encargarme de Lucas pero, quizá, ¿también le quité algo?...

Todavía trabajo con Pete Kelly, estoy pagando poco a poco los gastos de Steve Jennings. Él averiguó que Jim Benson se declaró culpable de incendio premeditado y, debido a la petición por clemencia, dado que era su primer delito, la sentencia fue de cinco años con posibilidad de libertad bajo palabra. Benson testificó en contra de Morrison, quien fue castigado con tres años de cárcel por fraude contra una compañía de seguros.

El otro día Charlie Benson pasó por la carnicería y, después de regatear por un kilo de carne para hamburguesas, me preguntó si en el otoño lo ayudaría con los árboles de navidad.

—Como socios, por supuesto —dijo al final. No lo rechacé en ese momento.

Cuando la abuela y Bert se fueron de luna de miel, King se la pasaba triste todo el día y casi no probaba la comida.

—Extraña a tu abuela —dijo la señora Kelly.

Así me sentía yo cuando pensaba en Lorena. Cierta día, ella habló por teléfono y me preguntó si podía visitar a Lucas.

—Claro, todas las veces que quieras —le contesté.

Un domingo llegó en un Camaro negro que se estacionó en la entrada. Un tipo mayor que yo, quizá de veinticinco, venía manejando.

—Quiero que conozcas a Johnny —me dijo echándose el cabello negro hacia atrás como solía hacerlo.

—Me da gusto conocerte, Johnny —dije, muy en control de la situación.

Lorena trajo unos juguetes para Lucas.

—Son educativos, para su edad —dijo.

Lo llevó a dar un paseo por la playa, caminando lentamente, agarrándolo de los dedos, mientras él caminaba rebotando y usando el otro brazo como hélice. Los observé desde la ventana. Se inclinó y lo levantó señalando el agua. Seguramente estaba contándole algo, porque Lucas tenía su cara cerca a la de ella.

Johnny se había quedado en el auto, más aburrido que una ostra, especialmente luego de descubrir que no tenía cervezas.

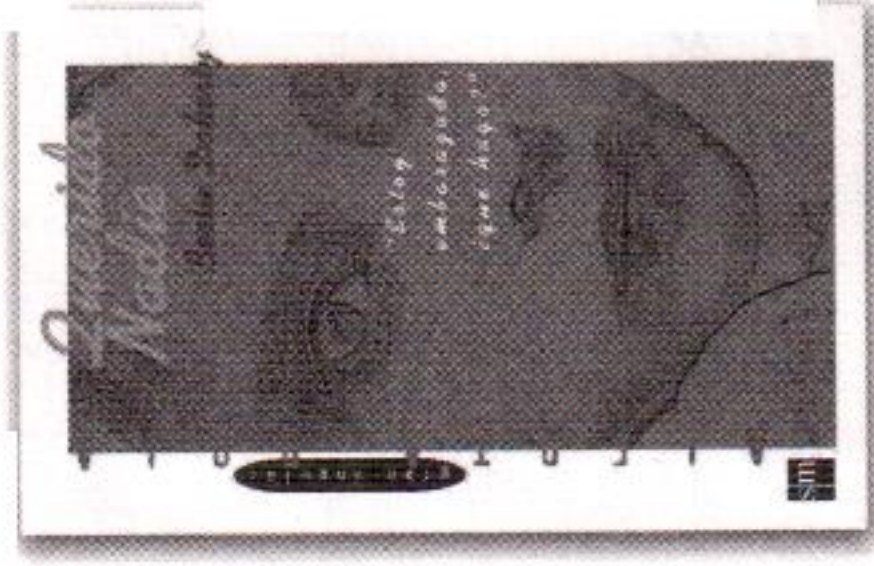
Fue un poco incómodo cuando Lorena regresó con Lucas de la playa.

—Está muy bien —dijo, acarició los rizos amarillos de Lucas. Después, corrió de regreso hacia Johnny. Prometió volver, pero no estoy convencido de que lo hará. Creo que todo depende de que ella se interese en que no termine todo entre nosotros.

Sin embargo, siempre tendré una parte de ella en Lucas.

# A L E R T A R O J A

g r a n a n g u l a r

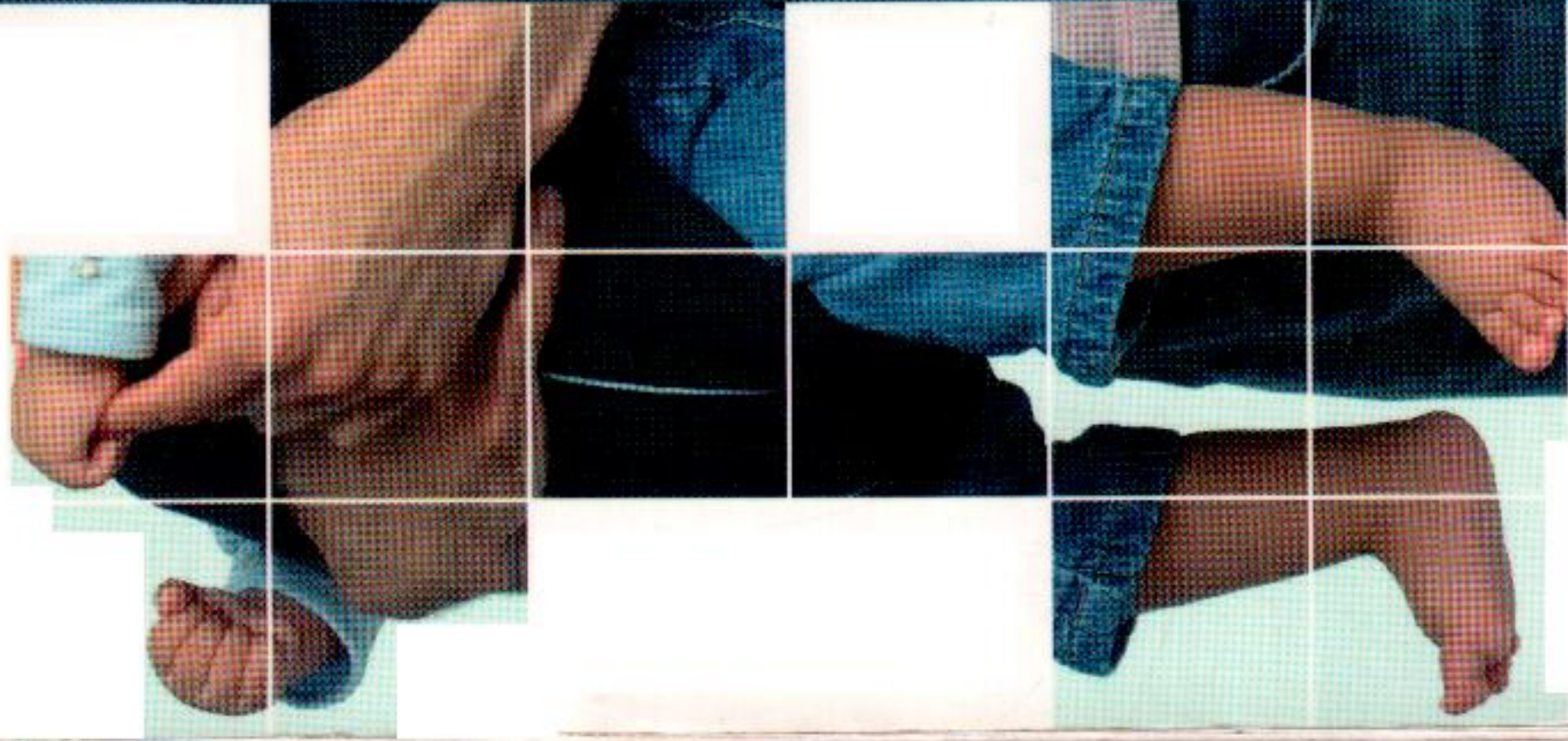


Helen es una estudiante de dieciocho años que se enfrenta a un embarazo no deseado. Para encarar la soledad con la que vive su problema, escribe cartas a *Querido Nadie*. Tras sopesar varias alternativas, Helen tiene que elegir. Ninguna opción es fácil. *Querido Nadie* es una novela realista sobre el embarazo adolescente, que narra con gran sensibilidad la experiencia de una joven que vive esta difícil situación.

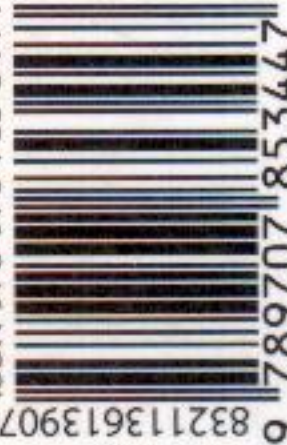
*Lucas y yo*  
se terminó de imprimir en marzo de 2012  
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno núm. 162-1,  
col. Granjas Esmeralda, C. P. 09810, México, D. F.  
En su composición se emplearon las fuentes  
Eureka Mono y Celeste

*Mateo y su novia van a tener un bebé. Ella piensa que lo mejor es darlo en adopción. Mateo deja la escuela, no puede encontrar un trabajo, y además de que su mamá se ha mudado a California, parece que sus amigos lo han olvidado. Entonces, nace Lucas; y cuando Mateo ve a su hijo recién nacido el mundo cambia para siempre...*

AUDREY O'HEARN (Toronto, Canadá, 1925) estudió en St. Michael's College, en la Universidad de Toronto. Comenzó a escribir libros para jóvenes después de triunfar contra el cáncer. Ha publicado las novelas *The Two of Them and Me*, *Rob Loves Stell* y *Future Thaw*. *Lucas y yo* ha sido traducida al francés y alemán, y fue adaptada para la televisión.



ISBN 978-970-785-344-7



8321136139078